



Los buscadores de oro

James Oliver Curwood



Lectulandia

En *Los buscadores de oro* encontramos a tres hombres en busca de un tesoro de oro escondido en las partes altas del desierto canadiense. Uno, un joven blanco, otro su amigo de raza, y el tercero, un viejo y sabio indio que se comunica con el desierto como solo su pueblo lo ha hecho a lo largo de las generaciones. Los tres hombres saben que el oro está allí, pues encontraron un mapa que los conduce a él. Sin embargo, parece que el mapa los está llevando a lugares que no existen, y cada día encuentra una nueva aventura y nuevos peligros que deben sortear si quieren obtener su recompensa.

Lectulandia

James Oliver Curwood

Los buscadores de oro

ePub r1.0
mandius 06.12.17

Título original: *the gold hunters*
James Oliver Curwood, 1909
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

El correo de la bahía de Hudson

En la vasta soledad de los bosques canadienses reinaba la profunda calma de un mediodía esplendoroso.

El anta y el reno, que pacieron muy de mañana, descansaban al suave calor del sol de febrero; el lince, escondido entre las rocas, esperaba la caída de la tarde para volver a emprender sus aventuras de rapiña; el zorro seesteaba tranquilamente, y los inquietos grajos mullíanse con indolencia el plumaje, gozando de la irradiación solar que empezaba a derretir lentamente la nieve de aquel invierno tardío.

Era aquélla la hora en que el cazador inveterado suele hacer un alto en el camino, recoge en silencio leña para encender el fuego, ingiere su frugal comida y fuma un rato en pipa, permaneciendo siempre muy alerta; la hora en que si un compañero de caza elevara un poco la voz se le diría:

—¡Pst! ¡Silencio! Podemos estar muy cerca de la codiciada caza. Todos los animales están descansando y falta un par de horas para que se pongan en movimiento. Es posible que haya por aquí algún anta o algún reno, aunque su quietud nos impida oírlos.

Sin embargo, aquel día, en la inanimada y vasta soledad, algo adquirió realce. Al principio no pasó de ser una mancha que se destacó en la parte soleada de una cima cubierta de nieve. Más tarde la mancha se animó y adquirió la apariencia de un perro que se desperezaba alargando las patas delanteras y arqueando hacia abajo el lomo hasta tocar con el vientre la blanca nieve. No era un perro, era un lobo.

Los lobos suelen dormir profundamente después de sus festines, y aquél, según las apariencias, se había dado un atracón la noche pasada. Pero algo atrajo su atención. Vagamente, descubrió el proscrito de las selvas la pista de un hombre, cosa verdaderamente terrible para los moradores de tales parajes.

La fiera descendió de la cima con la indiferencia del animal bien comido que no siente la necesidad de desplegar su astucia; atravesó la blanca nieve que tapizaba un claro del bosque y se detuvo donde el olor que le atraía era tan fuerte, que alzó la cabeza y envió a sus camaradas ese aullido con que los lobos anuncian la proximidad del hombre.

Si de noche, en casos semejantes, este animal suele emprender la persecución recogiendo otros lobos en el camino, de día no es frecuente que hagan otra cosa que lanzar el aullido de anuncio y alejarse de la pista descubierta.

Mas, en el presente caso, el lobo no se marchó. Había algo misterioso en el ambiente que le retuvo. Frente a él percibió la amplia pista de un trineo y las huellas de muchos perros. Por allí había pasado una hora antes el correo de la factoría Wabinosh en dirección al Sur. Sin embargo, no fue el paso de los hombres y de los perros lo que motivó la inmovilidad del lobo, el cual no se decidía a huir. Este algo que le retuvo venía de la dirección opuesta, del Norte, que era de donde soplaba el viento. Primero fue un sonido, luego el para ellos característico olor del hombre. Cuando ambas cosas se acentuaron, el lobo huyó velozmente por la cima soleada.

En la parte de donde procedía la alarma había un pequeño lago, en cuya orilla opuesta apareció de pronto, saliendo resueltamente de la espesa linde del bosque de bálsamos, una multitud de perros, un trineo y un hombre. Durante algunos instantes pareció que se trataba de una de las frecuentes riñas entre los perros semisalvajes del Norte. Mas pronto se oyó el chasquido del látigo, la voz de mando de un hombre y los aullidos de los canes castigados, y el tiro del trineo se enderezó y avanzó velozmente por la suave superficie helada del lago. Junto al trineo corría un hombre, en cuyo porte y aspecto se reconocía a un indio indígena. Apenas había recorrido una tercera parte del lago, cuando se oyó a su espalda un grito, y un segundo trineo salió del intrincado bosque.

Junto a él había también un hombre que corría con desesperada velocidad.

El conductor del segundo trineo manejaba furiosamente el látigo para obligar a los perros a avanzar con mayor rapidez, gritábales de una manera desaforada y cuando, por fin, los dos trineos se unieron en la orilla opuesta del lago, desde donde el lobo advirtiera a sus semejantes la presencia del enemigo, los doce perros de los dos tiros hallábanse punto menos que agotados.

Los perros refrenaron rápidamente su carrera y en menos de medio minuto se detuvieron los trineos. Los animales se dejaron caer exhaustos, jadeantes, y, bajo sus cuerpos, sus patas heridas enrojecieron la nieve. Los dos hombres daban también muestras de haber realizado un terrible esfuerzo. El más viejo de los dos era un indio, de pura y rancia cepa, de las grandes selvas del Norte. Su compañero era un joven que aún no tenía veinte años y que a pesar de su delgadez era fuerte y ágil. El rostro, de facciones correctas, estaba fuertemente bronceado por la vida al aire libre, y en sus venas corría también la sangre india que le igualaba a su compañero y que había heredado de su madre.

El más viejo, el indio de pura cepa, era Mukoki, el incomparable cazador y buscador de sendas, y el joven, Wabi, el hijo del factor de Wabinosh. Ambos sentían en aquel momento una gran emoción. Mirábanse en silencio mientras tomaban aliento.

—Temo... que no podamos... alcanzarlos... Mukoki... —dijo con voz

entrecortada el más joven—. ¿Qué te parece...?

Se detuvo al ver la actitud de Mukoki. Éste se había arrodillado sobre la nieve y estaba examinando la pista que dejaran los perros del correo. Estuvo un minuto contemplando las huellas de los animales del trineo y por fin se puso en pie a la vez que dejó oír sus característicos gruñidos.

Luego dijo:

—Los cogeremos... Seguro... ¿Ves? Trineo huella profunda... Mucho peso dos hombres... Pobres perros... avanzan poco... ¡Los cogeremos!

—Pero nuestros perros —exclamó Wabi, dudando aún— están completamente despeados. El mejor de ellos se ha quedado cojo. ¡Fíjate cómo sangran!

Los pobres canes, fuertes y fieros como todos los del Norte, se hallaban, en efecto, en estado lastimoso. El sol había reblandecido la nieve aquel día y las patas de los animales ya no reposaban en una superficie lisa y llana, sino desigual y recia. La cara de Mukoki se ensombreció cuando examinó los perros.

—Muy mal —gruñó—. Hemos sido tontos.

—¿Por no haber traído los zapatos de los perros? —preguntó Wabi—. Tengo una docena en mi trineo; hay, pues, para tres de ellos. ¡Por San...!

Y el joven saltó al trineo, del que cogió los mocasines de los animales, y volvió al lado del viejo indio, muy excitado.

—Nos queda una esperanza, Mukoki —exclamó—. Escoger los perros más fuertes y que vaya uno solo de nosotros.

Las voces de mando y el látigo de los dos aventureros obligaron a los perros cansados a levantarse, y pronto eligieron de entre ellos los más fuertes. De éstos calzaron a tres con mocasines y luego los engancharon, junto con los otros seis que parecían menos agotados que los demás, al trineo de Wabi. Pocos minutos después el tiro avanzaba velozmente sobre las huellas del correo de Hudson Bay, y junto al trineo corría Wabi.

En tal persecución se hallaba el joven ocupado desde la madrugada de aquel día y, salvo muy contados y breves momentos, ni hombres ni perros se dieron punto de reposo. Subiendo montes, atravesando lagos helados, densos bosques y estepas, habían avanzado sin detenerse para comer, sin apagar la sed de otro modo que llevándose de vez en cuando un puñado de nieve a la boca y siempre pendientes de la prisa del correo que pretendían alcanzar. Hasta los perros semisalvajes parecían haber comprendido que era cuestión de vida o muerte dar alcance a los que iban delante y que era preciso seguirlos sin descanso hasta que sus amos hubiesen llegado a la meta.

Poco a poco, las huellas iban haciéndose más recientes.

Aun en la última etapa de la carrera, cansados y sangrantes como estaban, la excitación hacíales olvidar su fatiga. Mitad lobos, mitad perros, con las fauces llenas de espuma, movíanse animados por la fiera desesperación de su juventud. El instinto seguro de su raza les señalaba el camino, no necesitaban la dirección del hombre. Fieles hasta el agotamiento, corrían veloces, arrastrando el pesado trineo, con la

lengua fuera, el corazón agitado y los ojos distendidos e inyectados de sangre. De cuando en cuando, al sentir agotadas sus fuerzas, Wabi saltaba, jadeante, al trineo, para recobrarlas, a pesar de lo cual, los perros apenas si disminuían su velocidad. Durante la loca carrera, apareció de pronto ante ellos un anta, mas los perros no repararon en ella; un poco más lejos rodó por la senda un lince, despertado súbitamente por la voz de Wabi, y sólo un momento se detuvieron los canes a la vista de su mortal enemigo, continuando su camino en seguida.

Mas al fin, la velocidad de la carrera iba decreciendo lentamente. El último perro del tiro se hallaba en tan lamentable estado, que no servía más que de estorbo, y de un tajo cortó Wabi las ligaduras que le sujetaban. El animal, agotado, rodó sobre la nieve, donde quedó exánime. Otros dos perros, apenas si ayudaban a los demás, y un tercero iba cojo. La senda quedaba salpicada de sangre al paso del trineo. De minuto en minuto, se acentuaba la expresión de terrible ansiedad en el rostro del joven. Sus ojos, al igual que los de sus fieles perros, advertíanse inyectados, debido al tremendo esfuerzo que realizaba. Sus piernas, tan fuertes como las de los renos, comenzaban a flaquear bajo el peso del cuerpo. Montaba con más frecuencia al trineo, jadeante, incapaz de sostenerse. La persecución tocaba a su fin. No les era posible dar alcance al correo de Hudson Bay.

Después de un nuevo descanso, salió Wabi del trineo y, colocándose al frente de los perros, comenzó a dar gritos para animarles. Tenían enfrente la linde del bosque que atravesaban, y más allá veíase la enorme superficie blanca del lago Nipigon. En ella, a gran distancia, columbrábase algo movedizo, algo que para los ojos inyectados de Wabi no era más que un punto negro. Sin embargo, él sabía que se trataba del correo que viajaba hacia el Sur. El joven trató de gritar, pero el sonido que partió de su ronca garganta no podía ser oído a tan larga distancia. El último esfuerzo realizado le hizo perder el equilibrio.

Dobláronse sus piernas y pesadamente cayó encima del lago, rodeado de los fieles canes, que le lamían las manos y la cara. Durante un instante, el joven indio tuvo la impresión de que el día se había cambiado en noche. Tenía los ojos cansados y era tal su estado de debilidad, que el resuello angustioso de los perros sonaba cada vez más débil en sus oídos, como si se alejase de él. Sintió como si cayera a una profunda hondonada.

Luchó desesperadamente para vencer la debilidad. Comprendió instintivamente que si dejaba pasar la única ocasión que la suerte le deparaba, no podría ya dar alcance al correo. Le bastó representarse mentalmente las consecuencias para lograr de nuevo ponerse sobre las rodillas primero, de pie después. A pocos pasos estaba el trineo, y muy lejos, el correo de la Hudson Bay.

Tambaleándose, se fue hacia el trineo y sacó de él su fúsil, cuyo frío acero asió fuertemente. ¡Era necesario aprovechar aquella única ocasión! Repitiéndolo constantemente, apuntó con el fusil al cielo a fin de no herir a los perros. Disparó una, dos, tres, hasta cinco veces, al aire, y luego sacó más cartuchos del cinto y volvió a

disparar una y otra vez, hasta que aquella línea negra que se destacaba en el blanco desierto dejó de avanzar y dio la vuelta. Otra vez sonaron los disparos en rápida sucesión, hasta que el cañón del fusil ardía y la cartuchera se vació.

Lentamente, volvió a desvanecerse la luz de sus ojos. Oyó un grito y abrió los brazos, al mismo tiempo que el trineo del correo se detenía a pocos metros del suyo.

Con una exclamación de alegría y de sorpresa saltó del segundo trineo un joven de la misma edad que Wabi y corrió hacia él, cogiéndolo en sus brazos en el preciso instante en que el joven indio iba a caer desvanecido por segunda vez.

—¡Wabi! ¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Estás herido? ¡Dime!...

Wabi luchó desesperadamente para vencer su debilidad.

—Roderick —murmuró con voz entrecortada—. Roderick... Minetaki...

No pudo continuar. Pesadamente se desplomó en los brazos de su amigo.

—¿Qué, Wabi? ¡Pronto! ¡Dime! —interrogó con ansia Roderick—. ¿Qué le pasa a Minetaki? ¡Habla!

Y al decirlo, mortal palidez invadió el rostro del joven.

De nuevo luchó el indio por animarse, y, por fin, pudo articular:

—Minetaki... robada... por los... Woongas...

El esfuerzo había sido demasiado grande y se desplomó, quedando como muerto.

Capítulo II

Minetaki en poder de los indios

Roderick temió durante mucho rato que su amigo hubiera muerto. Tan inmóvil yacía en el suelo, y era tal la palidez de su rostro, que el joven llamó desesperadamente a su compañero de viaje. El conductor del correo se arrodilló junto a Wabi y, desabrochándole la gruesa camisa, le puso la mano sobre el corazón.

—¡Vive! —dijo, al cabo de un rato.

Después sacó de su bolsillo un frasco, que aplicó a los labios del indio, obligándole a tragar parte de su contenido. El efecto fue casi instantáneo; Wabi abrió los ojos, miró el curtido rostro del conductor y volvió a cerrarlos.

El conductor señaló a los perros de Wabi, los cuales, exhaustos, se hallaban echados en la nieve con la cabeza entre las patas delanteras. Ni la presencia de otros perros pudo sacarles del sopor en que les sumergiera el terrible cansancio. Diríase que habían muerto, a no ser por sus flancos que se agitaban convulsivamente.

Mas la seguridad de que su amigo viviría no animó a Roderick. Claramente vio el temblor de la vida en el cuerpo de Wabi, pero la vista de los pobres perros y el recuerdo de las últimas palabras de su amigo llenaron su alma de nuevos y terribles temores. ¿Qué había sucedido a Minetaki? ¿Por qué recorrió el hijo del factor tan enorme distancia para alcanzarle? ¿Por qué forzó la persecución hasta el extremo de poner en peligro su vida y la de los perros? ¿Acaso Minetaki estaba muerta? ¿Acaso los Woongas habían asesinado a la hermosa hermana de Wabi?

Una y otra vez suplicó a su amigo que hablase, que le explicara todo lo que había ocurrido, hasta que el conductor del correo lo apartó, y cogiendo a Wabi con sus fuertes brazos lo llevó al trineo.

—Mire, ¡váyase usted a aquel abeto y haga una hoguera! —ordenó a Roderick—. Hemos de darle algo caliente y envolverlo en pieles. ¡Hay que reanimarle!

Roderick no esperó oír más. Rápidamente corrió hacia el abeto, detrás del cual encontró algunos abedules con cuyas cortezas encendió pronto un buen fuego, mientras llegaba el trineo con el cuerpo del indio.

En tanto que el conductor envolvía a Wabi en pesadas pieles de oso, Roderick iba echando leña al fuego, hasta que las llamas fueron suficientes para calentar en un

radio de cuatro metros alrededor de la hoguera. Después puso al fuego un recipiente con nieve y una vez derretida ésta vertieron un bote de sopa condensada.

La palidez mortal había desaparecido del rostro de Wabi. Roderick, arrodillado junto a él, notó con alegría que su amigo respiraba también con más regularidad. Sin embargo, no pudo desechar los pensamientos funestos y se preguntó de nuevo qué era lo que podía haber pasado a Minetaki. Una y otra vez se dirigió la misma pregunta, mientras observaba cómo se reanimaba Wabi poco a poco. Mentalmente vivió de nuevo los incidentes de los últimos años. Vio a su madre en Detroit; recordó el día en que por primera vez encontró a Wabi, hijo de un factor inglés y de una hermosa princesa india, el cual había ido a las regiones civilizadas para educarse; pensó en la amistad que unió a los dos, en el tiempo que pasaron juntos en la escuela y en aquellas maravillosas noches en que, junto al hogar, hicieron proyectos fantásticos acerca de las grandes aventuras que iban a correr en la región norteña, donde vivían los padres de Wabi.

Recordó vivamente cómo las aventuras habían sobrepasado a sus proyectos, cuando, para cazar lobos, arrojaron él, Wabi y Mukoki los peligros de las soledades heladas. A medida que iba viendo cómo se reanimaba su amigo, pensó también en el maravilloso viaje en canoa que hizo por los ríos y lagos de las regiones selváticas hasta llegar a la factoría del padre de Wabi; en su primer encuentro con un anta, en el primer oso que logró matar y en su amistad con Minetaki.

Nubláronse sus ojos y se heló el corazón en su pecho al pensar en lo que pudiera haber ocurrido a Minetaki. Entre él y Wabi se elevó de pronto la visión de la hermosa muchacha, mitad india, mitad europea, tal como la había visto cuando la conoció, remando en una frágil canoa por el lago para recibir a Roderick Drew, el joven amigo de su hermano. Recordó cómo se le escapó la gorra y cómo ella la recogió del agua. Fugazmente, pasó por su cerebro lo que pasó después: los días en que él y Minetaki pasaron en los bosques, la lucha desesperada que tuvo que sostener con dos Woongas que intentaron raptar a la joven, las brillantes aventuras de que él, Wabi y Mukoki habían sido protagonistas en las selvas solitarias, muy lejos de la factoría, los meses que pasaron cazando, los ataques de los Woongas, el descubrimiento de la vieja cabaña, los esqueletos y cómo hallaron entre los huesos un plano, casi borrado por la acción del tiempo, que señalaba la ruta hacia una comarca de yacimientos de oro.

Al pensar en el plano, se llevó Roderick instintivamente la mano al bolsillo, donde guardó copia fiel del mismo, a causa del cual había decidido volver semanas más tarde a la factoría, para ir, junto con sus camaradas, en busca del oro que había causado la terrible tragedia entre los ocupantes de la vieja cabaña.

La visión de los recuerdos se desvaneció cuando vio que Wabi se estremecía con más fuerza. Poco después, el joven indio abrió los ojos y sonrió débilmente al ver a su fiel amigo. Quiso hablar, mas fue en vano, y de nuevo se cerraron sus ojos. Roderick se volvió aterrado hacia el conductor, quien acudió presto para inquirir la causa del terror del joven.

Veinticuatro horas hacía tan sólo que Roderick se despidiera de Wabi, el cual se hallaba entonces en la plenitud de sus fuerzas, pareciendo un joven atleta, pues su vigor habíase desarrollado durante los días de continuas aventuras; estaba entonces lleno de vida, ansiando la llegada de la primavera para explorar, junto con Roderick, nuevos e ignorados derroteros del misterioso Norte.

¡Qué cambio en tan pocas horas! En aquel momento, Wabi yacía inerte sobre el trineo, inmovilizado por la tremenda fatiga, pálido el rostro y frías las manos. ¿Era posible que en tan pocas horas se hubiera realizado tal transformación? ¿Y dónde estaba Mukoki, el indio fiel que jamás se separaba de Wabi y Minetaki?

Parecióle a Roderick que Wabi había tardado una hora en abrir los ojos. Sin esperar más, lo incorporó suavemente, sosteniéndolo con sus brazos mientras el conductor le obligó a beber la sopa caliente. El líquido reconfortante levantó las fuerzas decaídas del indio. Bebió despacio al principio, ávidamente después, y, cuando hubo terminado, trató de hablar.

—Quiero otra taza —dijo con voz débil aún—. Me siento muy bien.

Bebió una segunda taza con mayor avidez aún y acabó de incorporarse. Ayudado por su amigo, se puso de pie. Roderick vio brillar en sus ojos un extraño fuego.

—Temí... no poder alcanzarte.

—Cuenta, Wabi. ¿Qué ha pasado? Dices que Minetaki...

—Ha sido raptada por los Woongas. El jefe de ellos en persona llevó a cabo la fechoría. La llevan al Norte, y sólo tú puedes salvarla.

—¿Sólo... yo puedo... salvarla? —preguntó Roderick, asombrado—. ¿Qué quieres decir?

—¡Escúchame! —exclamó el hermano de Minetaki, asiendo a su amigo por un brazo—. Debes recordar que, después de la lucha que sostuvimos con los Woongas y después de nuestra huida del precipicio, nos dirigimos al Sur, y que un día, buscando algún animal de carne grasosa que pudiera servir para curar a Mukoki, descubriste una pista. Nos dijiste que habías seguido las huellas de los trineos y que, según pudiste deducir, a los ocupantes del trineo se unió una partida de personas que calzaban patines y que entre las huellas creíste reconocer las del pie de Minetaki. Cuando más tarde llegamos a la factoría, nos dijeron que Minetaki, acompañada de varios indios, había ido, en dos trineos, a Kenegami y supusimos que las personas de los patines procedían de allí y que habrían sido enviadas a proteger a mi hermana. Pero supusimos mal. ¡Fueron los Woongas los que sorprendieron a Minetaki!

”Uno de los guías que, malherido, pudo escapar, nos trajo anoche la triste noticia. El médico de la factoría dice que las heridas del guía son mortales de necesidad, y que no le queda un día de vida. Todo depende de ti. Tú y el guía sois las únicas personas que conocéis el sitio donde se efectuó el ataque. Verdad es que desde hace dos días la nieve se ha ido derritiendo un poco y que las huellas pueden estar borradas, pero de todos modos, tú viste las huellas de Minetaki y las de los Woongas, y sólo tú puedes saber en qué dirección han huido con ella.

Wabi hablaba con rapidez, y cuando hubo concluido se dejó caer de nuevo sobre el trineo, rendido por el esfuerzo realizado.

—Desde la madrugada estamos siguiéndote con dos trineos —añadió—, y por poco matamos a los perros. Como último recurso doblamos el tiro de uno de los trineos y me lancé solo en tu persecución. Mukoki quedó a más de doce millas de aquí.

La sangre se le heló a Roderick en las venas al saber que Minetaki estaba en poder del temible Woonga.

Ya no extrañó la terrible transformación de Wabi. Tanto éste como su hermana le habían contado más de una vez el duelo que existía entre la casa Wabinosh y los sanguinarios Woongas, a los que aquel invierno conoció Roderick muy de cerca. Éste había luchado, había visto morir a varios y poco había faltado para que muriera también él, víctima de la venganza de los Woongas.

Mas sus pensamientos se detuvieron poco en los incidentes pasados. Lo que le preocupaba era el motivo de la venganza, cuyo recuerdo le hizo temblar. Veinte años antes había llegado a la factoría Wabinosh un joven inglés, Jorge Newsome, y se enamoró locamente de una hermosa princesa india, la que correspondió a su amor y se casó con él. Woonga, el jefe de una tribu guerrera, fue rival del inglés, y cuando éste se llevó a la mujer codiciada, aquél juró tomar terrible venganza contra Jorge Newsome y los suyos. De cazadores y tramperos, las gentes de Woonga se convirtieron en asesinos y proscritos y se les conoció en todo el país por el nombre de su jefe. La lucha duraba aún. Como un halcón, estuvo el indio siempre en acecho, robando y matando a la gente de la factoría, esperando siempre la ocasión para quitarle al odiado inglés la mujer o los hijos. No hacía mucho tiempo que Roderick había salvado milagrosamente a Minetaki en una lucha terrible en el bosque. Y resultaba que, a pesar de todas las precauciones, los Woongas habían preparado una nueva celada y habían raptado a la joven, para, llevaría a las inexploradas y misteriosas regiones del Norte, de las que seguramente no volvería jamás.

Roderick se volvió hacia Wabi, las manos crispadas y el fuego de la decisión en los ojos.

—Yo encontraré sus huellas, Wabi... Y los seguiremos aunque sea hasta el Polo Norte. Hemos podido con los Woongas una vez y volveremos a vencerlos, arrancando a Minetaki de sus garras.

Desde lejos se oían chasquidos de látigo y una ronca voz humana.

Todos permanecieron en silencio.

Volvió a oírse la voz.

—Es Mukoki —exclamó Wabi—. Mukoki, que me ha seguido con los demás perros.

Capítulo III

La persecución de los Woongas

Poco a poco iban acercándose los ruidos de los gritos y los chasquidos del látigo de Mukoki, quien obligaba a los perros a realizar su último esfuerzo. Momentos después vieron la alta figura del jefe indio, y los dos amigos se apresuraron a ir a su encuentro. Una mirada le bastó a Roderick para convencerse de que Mukoki no hubiera podido continuar corriendo por mucho tiempo sin caer exhausto como Wabi. Lleváronlo solícitos al trineo cubierto de pieles y le obligaron a descansar mientras le preparaban una bebida caliente.

—Tú llegaste —gruñó Mukoki, sonriendo y dirigiéndose a Wabi—. Llegaste pronto.

—Sí, pero por poco no lo cuenta —dijo Roderick, y mirando en torno, añadió—: ¿Qué es lo que hemos de hacer primero?

—Hemos de partir sin pérdida de tiempo hacia el sitio donde Roderick vio las huellas de los Woongas —declaró Wabi—. Una hora perdida puede causar irreparable daño.

—Pero... ¿y los perros?

—Puedo cederles los míos —interrumpió el conductor del correo de la Hudson Bay—. Tengo seis, y todos están sanos y fuertes. De los suyos pueden ustedes escoger también algunos, los que se conserven mejor, y el resto lo utilizaré yo para llevar el correo. Yo les aconsejaría que demorasen la salida aún por una hora, durante la cual pueden dar de comer a los perros. Ustedes mismos necesitan también prepararse para una persecución que puede ser muy larga. El tiempo que ahora pierdan, lo ganarán luego con creces.

Mukoki asintió con su gruñido habitual a las palabras del conductor y Roderick se puso inmediatamente a buscar más leña para el fuego. Pronto el campamento improvisado fue escenario de gran actividad. El conductor sacó sus provisiones; Mukoki y Wabi escogieron los tres mejores perros de entre los suyos y formaron con ellos y los seis que les fueron ofrecidos un buen tronco para su trineo. Los animales tenían hambre, y al ver el enorme trozo de carne que el conductor iba cortando para ellos, empezaron, a mostrar los dientes y a reñir entre sí con agudos alaridos que

ahogaron la voz humana. A cada perro le tocó una libra de carne, y el resto se colocó en trozos encima de ascuas retiradas de la hoguera. Roderick tomaba en el lago el agua que necesitaban.

Un poco después, Wabi se puso a ayudar a su amigo en su trabajo.

—Nuestro trineo está listo —dijo, mientras Roderick descansaba un momento—. Estamos un poco faltos de comida para nueve perros y tres personas, pero tenemos suficientes municiones. Seguramente encontraremos caza en el camino.

—Supongo que, cuando menos, hallaremos conejos —contestó Roderick prosiguiendo el trabajo.

Pronto rompieron el hielo y pudieron llenar las vasijas, que llevaron al campamento.

Cuando concluyeron de comer, el sol estaba declinando con la rapidez propia de los países del Norte. Los tres cazadores se aprestaron a salir; no eran más que las tres, pero ya se hacía sentir el frío que el sol poniente no podía vencer. Media hora más y sería de noche. Despidiéronse afectuosamente del conductor de Hudson Bay, quien les dijo aún:

—En cuatro horas podrán ustedes atravesar el lago y llegar a la orilla opuesta. Allí será preciso que acampen otra vez. ¡Buen viaje!

—¡Buen viaje! —exclamaron los tres amigos.

Mukoki se puso a la cabeza del convoy para indicar el camino. A Wabi, débil aún, le tocó el primer turno para descansar en el trineo, y Roderick, menos cansado que sus dos compañeros, corría detrás al principio y luego junto al trineo, para hablar con su amigo.

—¿Llegaremos mañana al sitio donde acampamos en el llano? —preguntó.

—Sí, mañana llegaremos —afirmó Wabi—. Mukoki nos llevará por el camino más corto hasta el campamento. Luego todo depende de ti.

Roderick volvió a colocarse detrás del trineo, que éste era su sitio, y reflexionó profundamente. Le preocupaba mucho si después de llegar al sitio del campamento donde descansarían para atender a la herida de Mukoki, sería capaz de hallar el lugar donde había descubierto, impresas en la nieve, las huellas de Minetaki. Tenía casi la seguridad de que sí, mas al observar aquí y allá los efectos disolventes que producía el sol en la nieve, sintió una vaga nerviosidad que casi parecía temor. Hubiera preferido que, en vez de él, fueran Mukoki o Wabi quien descubriera aquellas huellas, porque cualquiera de los dos, con los instintos y experiencias propios de la gente nacida en aquellas selvas, las volvería a hallar con la seguridad del zorro que persigue una pista en el bosque. Si él, Roderick, fracasara...

Se estremeció al pensar en la suerte que en tal caso correría Minetaki. Pocas horas antes, él se creyó el más afortunado de los mortales. Había estado seguro de que la encantadora hermana de Wabi se hallaba bien en la factoría Kenegami; habíase despedido de sus buenos amigos de Wabinosh y marchaba velozmente hacia el Sur para ver a su madre. Y de pronto se vio metido, sin saber cómo, en lo que al parecer

había de ser la aventura más peligrosa y más emocionante de su vida. Transcurridas unas semanas, en primavera, hubiese regresado con su amada madre a la factoría, y los tres —Wabi, Mukoki y él— hubiesen comenzado la romántica expedición en busca de la perdida mina de oro, cuyo secreto les fue revelado por el descubrimiento que hicieron en la cabaña de los esqueletos. Cuando más encariñado estaba en esta idea, llegaron a sus oídos disparos desesperados de Wabi en demanda de socorro, y con ellos la infausta noticia del rapto de Minetaki, que le obligaba a desandar lo andado, y a renunciar a sus proyectos para acudir en auxilio de la dulce hermana de Wabi.

Tanto le apuraba la suerte de la pobre niña, que aceleró el paso, para unirse a Mukoki y obligarle a aumentar la velocidad de la marcha.

Cada diez minutos, el que descansaba en el trineo, cambiaba con uno de los que corrían. Así, en el espacio de una hora había dos leguas de descanso para cada uno, lo que les permitía avanzar con rapidez sin fatigarse demasiado. La poca luz que les guiara al principio, pronto cedió ante las tinieblas de la noche ártica. Delante de ellos no había ningún árbol, ninguna roca que les pudiera guiar en la inmensa superficie del lago Nipigon; sin embargo, ni Mukoki ni Wabi tuvieron la menor vacilación. Poco a poco iban apareciendo las estrellas en el firmamento; más tarde salió la luna, iluminando con su débil resplandor aquel mundo de hielo y de nieve.

Milla tras milla, hora tras hora, avanzaron infatigablemente los tres cazadores por encima del inmenso lago helado. La luna iba ascendiendo en el firmamento, trocando su luz rojiza en destellos de plata, hasta que la infinita soledad nevada perdió su aspecto siniestro y se convirtió bajo los claros resplandores en inmenso palacio encantado. No se oía más ruido que el del trineo, el que producía el jadeo de los canes y, de cuando en cuando, el de las voces de los viajeros, que cruzaban algunas palabras. Ya cerca de las ocho de la noche notaron, a juzgar por las sombras a las que se acercaban, que la travesía del lago tocaba a su fin. Wabi, que iba echado sobre el trineo, fue el primero en darse cuenta de ello.

—¡El bosque! —exclamó con júbilo, y Mukoki y Roderick participaron de la alegría del joven indio.

Los perros, parecían cobrar nuevos alientos cuando olfatearon el aroma de los pinos y bálsamos cercanos, porque el instinto les decía que allí terminarían sus fatigas. Pronto alcanzaron los altos árboles que había a la linde del lago, y cinco minutos más tarde el trineo se detuvo, después de recorrer aquel día sesenta millas en infatigable carrera.

—Aquí acamparemos —declaró Wabi cuando se echó sobre el trineo—. Aquí descansaremos todos, a no ser que queráis dejarme solo, porque... no puedo más.

Mukoki, sin demostrar fatiga, había cogido ya un hacha.

—¡Ahora no! —dijo—. ¡Demasiado rendidos! Si descansar ahora... nunca hacer campo... primero hacer campo, luego descansar.

—Tiene razón Mukoki —afirmó Wabi, poniéndose de un salto en pie con nuevos

bríos—. Si me quedo cinco minutos aquí, me dormiré. Roderick, tú enciende una buena hoguera, y Mukoki y yo montaremos el refugio.

En menos de media hora estuvo arreglado el refugio, hecho de ramas de abeto y bálsamos, y frente a él ardió un buen fuego, cuyas llamas daban luz y calor en torno suyo. Del bosque sacaron aún unos troncos que añadieron a la hoguera para mantenerla viva durante muchas horas. Wabi y Mukoki se acostaron inmediatamente, envueltos en pesadas pieles, acurrucándose entre las blancas ramitas de oloroso bálsamo que les sirvió de lecho. Roderick, que no había pasado las terribles fatigas de sus amigos, se sentó al lado del fuego y, mientras los otros dormían, divagó sobre la fragilidad de la suerte. Estuvo mirando fijamente la vacilante luz del fuego, que jugueteaba con las sombras del bosque, trazando y dando vida a mil figuras caprichosas. Los perros se habían echado muy cerca de la hoguera y sus inmóviles cuerpos parecían desprovistos de vida. Desde lejos se oyó el aullido de un lobo solitario. Un búho pasó volando cerca del campamento y dejó oír su graznido, que semejaba una voz humana; los árboles crujían bajo la acción del frío, mas ni éste ni el aullido del lobo, ni el siniestro grito del ave nocturna despertó a los durmientes.

Pasó una hora. Roderick continuaba al lado del fuego. Tenía el rifle encima de las rodillas. Por su imagen habían pasado mil escenas diversas; ni por un instante dejó de trabajar su mente. Sabía que en algún punto de aquellos inmensos y desolados territorios existía otro campamento y que en él se hallaba cautiva Minetaki. Un vago presentimiento le movió a creer que también la muchacha estaba despierta y que pensaba en ellos. De pronto, cuando más abstraído estaba, apareció la imagen de la joven al lado del fuego. Su hermosa cabellera, que despedía negras irradiaciones al proyectarse en ella la luz de la hoguera, colgaba, dividida en dos trenzas, sobre sus hombros; sus ojos estaban fijos en las llamas; detrás de ella, tan cerca que parecía tocarla, se hallaba una persona cuyo aspecto hizo que Roderick se estremeciera de horror. ¡Era Woonga, el jefe de los bandidos! Al hablar, su rostro tenía una expresión de terrible dureza, y alargaba el brazo, como tratando de asir a la joven.

Con un grito que sobrecogió a los perros, se puso Roderick en pie. Estaba aterido, temblaba. ¿Había soñado? ¿O aquella visión era algo más que un sueño? Pensó en lo que soñara muchas semanas antes en el misterioso precipicio... aquella desarticulada danza de los esqueletos que le reveló el secreto de la vieja cabaña y el oro perdido. En vano quiso sobreponerse al miedo y dominar su nerviosidad. ¿Por qué alargó Woonga el brazo hacia Minetaki? Roderick luchó por librarse del peso de la angustia que le oprimía. Removió el fuego y añadió más leña.

Volvió a sentarse Roderick junto a la hoguera, y por vigésima vez desde su salida de la factoría, sacó de un bolsillo el mapa que había cíe servirles de guía para buscar el oro cuando hubiese regresado con su madre. Había sido un sueño el que le facilitara el descubrimiento de aquel mapa precioso, y, al recordarlo, aumentó su nerviosidad. Acababa de ver a Minetaki como si hubiese estado a su lado. Tan clara fue la visión, que había tenido la impresión de poder atravesar con una bala al indio

cuando vio que éste alargó la mano hacia la joven.

Nuevamente removi6 el fuego, despu6s oblig6 a uno de los perros a levantarse para que le hiciera compa6a y se ech6 junto a sus compa6eros, tratando de dormirse. Fue el suyo un sue6o intranquilo, lleno de pesadillas y sobresaltos. Tan pronto vio a Minetaki, como antes, junto a una hoguera, como luchando con el terrible indio. Por fin so6o que en la lucha entre ella y Woonga, Minetaki perdi6 el conocimiento, despu6s de defenderse fieramente, y que el indio, ech6ndosela auestas, desapareci6 en la negrura del bosque.

Roderick se despert6 una vez m6s, lleno de angustia, y se levant6. No quiso seguir durmiendo. Era un poco m6s de las doce; sus compa6eros hab6an descansado ya cuatro horas; los dejar6a dormir una hora m6s y los despertar6a. Empez6 a preparar el almuerzo y dio de comer a los perros. A la una y media despert6 a Wabi.

—¡Lev6ntate! —le dijo, cuando el joven se incorpor6—. Es hora de continuar la marcha.

Roderick hizo enormes esfuerzos para dominar su nerviosidad cuando Mukoki y Wabi se sentaron a su lado, junto al fuego. Hab6a decidido no decirles nada de sus sue6os, porque comprend6a que sobradas preocupaciones ten6an sus amigos, mas no por eso dejaba de darles prisa.

Fue el primero en acabar de almorzar y preparar el arreo de los perros, y cuando el tiro se puso en marcha, 6l se coloc6 junto a Mukoki para animarle a que avanzara con la mayor velocidad posible.

—¿Qu6 distancia nos separa del lugar a donde vamos, Mukoki? —pregunt6 Roderick.

—Cuatro horas, veinte millas.

—Veinte millas. Hemos de hacerlas antes de amanecer.

Mukoki no contest6, mas aceler6 el paso cuando salieron del bosque de cedros y b6lsamos y entraron en un llano de dos millas de extensi6n. La luna les ilumin6 a6n durante una hora. Cuando 6sta desapareci6, en las negruras de aquellos pasajes selv6ticos, no qued6 m6s luz que el d6bil destello de las estrellas. Ya empezaba a desvanecerse la luz, cuando Mukoki hizo un alto en la cima de una cordillera y se6al6 hacia el Norte.

—¡Los llanos!

Durante algunos minutos estuvieron los tres viajeros contemplando en silencio la vasta soledad del llano que se extend6a sin interrupci6n hacia la Bah6a de Hudson. Roderick se estremeci6 de nuevo ante la perspectiva que se presentaba a sus ojos: una inmensidad selv6tica llena de misterio, testigo seguramente de inenarrables aventuras y cuyos solitarios parajes eran a6n casi una inc6gnita para los hombres blancos.

Envueltos en las densas sombras de la noche, hall6banse ante un vasto mundo inexplorado; ante un pa6s cuya historia dej6 sin revelar el paso de las edades. Medio siglo atr6s, los hombres cuyos restos se encontraron en la vieja caba6a hab6an afrontado los terribles peligros de aquellas soledades sin caminos y hab6an

encontrado una mina de oro, el oro que ahora pertenecía como por herencia a los tres cazadores merced al descubrimiento del plano grabado en un trozo de corteza de abedul. ¡Y también hallábase en algún punto de aquel ilimitado llano Minetaki, la hermana de Wabi!

Apenas si hacía una semana que los cazadores habían recorrido parte de aquellos parajes perseguidos por los sanguinarios Woongas. Y de nuevo aprestábanse a recorrerlos, esta vez con mayor velocidad aún, porque disponían de perros que en la primera ocasión no tuvieron.

Al cabo de pocos minutos de silenciosa contemplación, pusiéronse en camino, y antes de transcurrir una hora redujo Mukoki la velocidad del trineo, mirando alerta a derecha e izquierda. De cuando en cuando abandonaba a sus amigos por pocos minutos para examinar los alrededores. No dijo una palabra a sus camaradas, ni Roderick ni Wabi le dirigían ninguna pregunta. Ambos sabían, sin necesidad de preguntarlo, que estaban acercándose al sitio donde habían acampado antes y, del mismo modo que el cazador experto no hace seña ni ruido alguno mientras su perro sigue olfateando una pista casi borrada, permanecieron silenciosos mientras Mukoki, famoso buscador de rastros en aquellas regiones, avanzaba cauteloso.

No se veía ya ninguna estrella en el firmamento; desde hacía buen rato, la obscuridad era absoluta; luego surgió en el Sudeste una débil franja de luz, el alba, a lo cual siguió la rápida aparición del día que en aquellas regiones es tan súbita como el tránsito del día a la noche.

Mukoki, pudo continuar la marcha con mayor velocidad a la luz del nuevo día. Pocos minutos más tarde apareció en lontananza la silueta de un bosque de abetos y bálsamos. Ni Roderick ni Wabi lo reconocieron hasta que el viejo cazador detuvo la marcha de los perros en las sombras del bosque y un destello de triunfo iluminó sus ojos.

—¡El campamento! —exclamó Wabi—. ¡El campamento!

Temblando, lleno de emoción, el joven indio se volvió hacia Roderick Drew.

—Roderick... ¡todo depende de ti ahora!

Mukoki se acercó también.

—¡Campo aquí! —murmuró—. Ahora... ¿dónde estar huellas Minetaki?

Los ojos del viejo guerrero despidieron fuego.

—¿Dónde?

A doce pasos del sitio en que se hallaban estaba el refugio que construyeron con ramas de bálsamo. Mas aquello era todo. Ninguna huella quedaba en la nieve. El suave calor del sol había borrado todo vestigio de la presencia de los tres en aquellos lugares.

Y si las huellas de ellos no existían ya, ¿cómo era posible que encontraran las débiles impresiones del menudo pie de Minetaki?

Desde lo más hondo de su corazón elevó Roderick una súplica al Creador para que le guiara en aquel instante de terrible duda.

Capítulo IV

Roderick descubre las huellas de un oso

He de esperar a que sea más de día —respondió Roderick.

El joven trataba de serenarse, de sentir otra vez la seguridad en el éxito que antes le animara.

—Almorzaremos mientras tanto —contestó Wabi—. Tenemos fiambres y no hay necesidad de encender fuego.

Así lo hicieron. Roderick fue el primero en terminar y se levantó, cogió el fusil y salió al bosque. Wabi hizo un movimiento como para seguirle, pero Mukoki le retuvo. Una luz extraña brillaba en los ojos del viejo guerrero.

El rojo resplandor del sol elevábase por encima del bosque, y la vista de Roderick alcanzaba una gran extensión del llano. Aquella memorable tarde en que, yendo de caza, hallara las huellas de Minetaki, había salido de igual modo del cedral. A la distancia de una milla vio cubierto de nieve el lomo de la montaña que cruzó aquel día en busca de la caza de un anta. Aquel lomo le sirvió de guía y hacia él encaminó sus pasos, mientras que Mukoki y Wabi le siguieron sin prisas con el trineo y los perros.

Cuando llegó a la cima, estaba sin aliento. Ávidamente miró hacia el Norte, porque en aquella dirección había encontrado la extraña pista. Mas no halló nada que le fuera familiar, ninguna señal ni árbol ni arbusto que pudiera servirle para reconocer el camino que recorriera antes. En vano buscó en la cima algún indicio de su anterior presencia en aquellos lugares.

Alegróse de que Mukoki y Wabi estuvieran al pie de la colina, lejos de él, porque sintió que la desesperación haría que lágrimas de amargura asomasen a sus ojos. En sus manos estaba la suerte de Minetaki... y había fracasado. No se atrevía a contar a sus amigos lo que ocurría, temía que ellos viesan su rostro angustioso. Por primera vez en su vida, y a pesar de ser un joven muy valeroso, sintió ganas de morir.

Mas, de pronto, al buscar en la inmensa llanura cubierta de nieve alguna huella conocida, vio muy lejos un objeto que brillaba al sol mañanero como un trozo de cristal y de sus labios brotó un grito de alegría. Recordó haber visto días atrás aquel objeto brillante y haberse dirigido hacia él en línea recta desde la cima, hallando que

se trataba de un trozo de hielo cristalino. Sin aguardar la llegada de sus compañeros, corrió vertiente abajo y cruzó el llano con la velocidad de un ciervo. Llegó en cinco minutos a la roca sobre la que se hallaba el trozo de hielo y se detuvo jadeante; el corazón le latía fuertemente, por la emoción que le embargaba. Un poco más allá había encontrado la pista. Y aunque no halló ya señales en la nieve, vio otras cosas que le permitieron avanzar con seguridad. En medio del blanco caos sobresalía una enorme roca, un álamo muerto y, a la distancia de media milla, veíase un espeso bosque.

Roderick se volvió y agitó desesperadamente los brazos para llamar la atención de Mukoki y Wabi, que le seguían a bastante distancia. Luego echó a correr, y cuando llegó al bosque volvió a agitar los brazos y expresó la alegría que su descubrimiento le causaba con un grito estentóreo. Había en aquel sitio un tronco donde Minetaki se vio obligada a esperar a algunos de sus raptos salvajes; Roderick vio en la nieve, cerca de un tocón saliente, las huellas de los zapatos de Minetaki. Los salvajes y sus cautivos debieron descansar allí por breve espacio. Habían encendido fuego, y como las huellas en la nieve habían sido tan abundantes, aún quedaban sus trazos.

Cuando Mukoki y Wabi se reunieron con él, el afortunado investigador les mostró las huellas.

Durante algunos minutos, ninguno de los tres habló. El viejo guerrero, inclinándose hasta casi tocar el suelo, examinó pulgada por pulgada el claro del bosque donde los Woongas hicieron la hoguera, y cuando por fin se incorporó, su rostro expresaba el mayor asombro.

Los dos jóvenes se dieron cuenta de que el viejo había descubierto en la nieve algo de inusitada importancia.

—¿Qué es, Mukoki? —preguntó Wabi.

Mukoki no contestó. Se dirigió hacia los rescoldos del fuego y, andando a gatas, comenzó de nuevo a escudriñar la nieve con más atención que lo hiciera antes. Cuando se levantó por segunda vez, su asombro era aún más profundo.

—¡Sólo seis! —exclamó—. ¡Dos guías nuestros... y cuatro Woongas!

—¡Pero si el guía herido nos contó que les atacó cuando menos una docena de Woongas! —dijo Wabi, sorprendido.

El viejo guerrero gruñó y, por un momento, su rostro se contrajo en un gesto de risa.

—¡Guía mentir! —afirmó—. Huyó al empezar el ataque. Recibir un tiro en la espalda mientras corría.

Luego señaló hacia las blancas y heladas profundidades del bosque.

—¡Sol no llegar allí! Poder seguir huellas.

Mukoki no mostraba ninguna intranquilidad. Sus ojos seguían brillando, mas no de emoción, sino de fuego en la decisión y en la lucha. Roderick ya había visto este destello en la mirada del viejo guerrero, cuando los dos tuvieron que aprestarse a la lucha para salvar a Wabi, lo mismo que se aprestaban en aquel momento a salvar a

Minetaki. Y él sabía lo que significaba tal mirada.

Adentráronse en el bosque con precaución, ojos y oídos alerta, y, tal como había previsto Mukoki, las huellas de los indios se destacaban claramente. Los Woongas se habían llevado los dos trineos y Roderick supuso que en uno de ellos iría Minetaki. Apenas habían recorrido cien pasos, cuando Mukoki, que iba delante, se detuvo, dando un alarido. A través de la senda yacía un cadáver. Le bastó una mirada para darse cuenta de que se trataba de uno de los dos guías de la factoría.

—Cabeza partida —dijo Mukoki—. Tal vez herido por un tiro... luego rematado con hacha.

Los perros husmearon al pasar junto al muerto. Roderick se estremeció. Involuntariamente pensó en lo que pudiera haberle sucedido a Minetaki. Observó que, después de pasar por el lugar siniestro, Mukoki avanzó con mayor velocidad. La persecución continuó ininterrumpida durante una hora. Las huellas de los Woongas revelaban que caminaban en fila por el estrecho sendero. Al cabo de una hora llegaron los tres amigos a un sitio donde los raptores habían encendido otra hoguera entre dos cedros. En aquel lugar, las huellas eran mucho más frescas; algunas daban la impresión de ser recientes. Mas no había señal alguna del paso de la joven capturada. Wabi y Roderick observaron que, como ellos, Mukoki no se explicaba que las huellas fuesen tan recientes y entre ellas no hubiese ninguna de Minetaki. Una y otra vez examinó el viejo indio aquel campamento. Nada, ningún detalle escapó a sus ojos. Roderick sabía que la captura de Minetaki debió ocurrir cuando menos tres días antes; sin embargo, aquellas huellas no podían tener más de un día, si llegaba. El joven se preguntaba qué significaba aquello.

El impenetrable misterio le llenó de indecible terror. ¿Por qué se habían detenido a tan poca distancia del lugar del crimen? Miró a Wabi, mas éste se hallaba tan confundido como él. También los ojos de Wabi revelaron un temor que no hubiese podido explicar.

Mukoki estaba arrodillado junto a los rescoldos de la hoguera, en los que metió la mano. Cuando se levantó, hizo señas para que Roderick mirase la hora en su reloj.

—Las ocho, Mukoki.

—Woongas aquí anoche —afirmó el viejo indio, hablando despacio—. Hace cuatro horas se han marchado.

¿Qué significación podía tener el extraño proceder de los Woongas?

¿Acaso Minetaki estaba herida de tanta gravedad que los raptores no se habían atrevido a transportarla?

Roderick no quiso hacerse más preguntas. Estaba temblando. Y Mukoki y Wabi continuaron la marcha con una expresión extraña, poco natural, en el rostro, y no se atrevieron a hablar. El misterio era indescifrable para ellos.

Una sola cosa comprendieron: cualquiera que fuese el misterio, ellos se hallaban muy cerca de los salvajes. Y a cada paso que daban se acercaban más a ellos, porque de milla en milla las huellas eran más recientes.

De pronto recibieron otra sorpresa.

¡Las huellas se dividieron en dos pistas!

En el límite de un claro de bosque, los indios habían formado dos columnas, cada una de las cuales llevaba un trineo. Las huellas de uno de los trineos iban hacia el Nordeste y las otras hacia el Noroeste.

¿En cuál de los dos trineos estaba Minetaki? Los amigos se miraron sin saber qué responder.

Mukoki señaló la senda del Nordeste.

—Preciso encontrar huellas de Minetaki... Tú coger aquél... yo este camino.

Roderick echó a correr siguiendo la pista que se extendía hacia el Nordeste. Cuando llegó a la linde del claro, se detuvo de pronto, y por segunda vez brotó de sus labios un grito estentóreo. En una rama espinosa, brillando al sol, flotaba un sedoso mechón de cabellos. Quiso cogerlos, mas Wabi, que al oírle gritar había acudido a su lado velozmente, lo hizo antes que él. Un instante después estuvo Mukoki a su lado. Palpó suavemente el mechón de pelo; sus ojos ardían como si fueran dos ascuas. Pertenece a la hermosa cabellera de Minetaki; ninguno de ellos lo puso en duda. Lo que les angustiaba, lo que aumentaba su terror, era la abundancia de los cabellos. De un suave tirón los desprendió Mukoki de la rama a que estaban sujetos, y seguidamente emitió la única expresión de disgusto que existía en su lenguaje: un sonido silbante que no emitía sino cuando su escaso dominio del inglés no le permitía expresarse con la vehemencia que la situación requería.

—Minetaki estar en otro trineo —dijo después.

Y mostró el mechón a sus camaradas.

—¡Fijaos! Pelo cortado, no arrancado por la rama. Woonga colocar cabellos aquí para despistarnos.

No esperó ninguna contestación, sino que se dirigió velozmente hacia la segunda pista, seguido de cerca por Wabi y Roderick. Después de recorrer un cuarto de milla, se detuvo y señaló con muda alegría las finas impresiones, aunque de un solo pie, que se distinguían en la nieve, junto a las del trineo. A intervalos casi regulares aparecieron las huellas de Minetaki, las cuales eran inconfundibles, porque sus mocasines tenían tacones, cosa poco común. Los dos indios que escoltaban a la prisionera corrían delante del trineo y era evidente para los perseguidores que la hermana de Wabi aprovechaba tal circunstancia para marcar su pie en la nieve, con lo que facilitaría la persecución a los que a buen seguro la emprenderían. Sin embargo, cuanto más se alejaban los tres amigos de la senda del Nordeste, mayor era el inexplicable sentimiento de intranquilidad que iba invadiendo a Roderick. ¿Y si Mukoki se hubiera equivocado? Roderick había tenido siempre una fe absoluta en el juicio y en la sagacidad del viejo indio, mas se le ocurrió pensar, y esta ocurrencia acrecentaba sus temores, que si los Woongas habían cortado un mechón de cabellos de Minetaki, también podían haberle quitado uno de los mocasines. Estuvo varias veces a punto de revelar sus sospechas, pero vaciló al ver la seguridad con que Wabi

y Mukoki seguían la pista.

Por fin, un temor se impuso a todos los demás sentimientos.

—Wabi, me vuelvo atrás —exclamó, acercándose a su amigo—; me vuelvo atrás para seguir la otra pista. Si no hallo nada de particular después de recorrer una o dos millas, regresaré y os daré alcance.

Fueron inútiles los esfuerzos de Wabi para disuadirle. Roderick emprendió en seguida la dirección opuesta y tardó poco en hallarse otra vez en el claro del bosque. ¿Qué presentimientos aceleraron los latidos de su corazón cuando, muy emocionado, se deslizó por entre los árboles donde había encontrado el mechón de sedosos cabellos? ¿Qué fue lo que desde lo más profundo de su alma le incitaba a aumentar la velocidad, aun después de recorrer una y otra milla en infructuosa investigación? Roderick no hubiera podido contestar si se le hubiesen hecho tales preguntas. No era supersticioso. No creía en sueños. Y, no obstante, aumentaba por momentos su convicción de que Mukoki se había equivocado y de que Minetaki se hallaba en el trineo cuya pista seguía.

La región en que se adentraba hacía cada vez más selvática. A su paso surgían grandes rocas, partidas por largas hendiduras. En vista de lo agreste del terreno, Roderick avanzaba con cautela, alerta siempre; la semejanza de la situación le recordó la emocionante exploración del principio que hiciera pocas semanas antes, y lo que, durmiendo en el solitario campamento, soñara de los dos esqueletos. Lo recordaba cuando dio un rodeo a una enorme roca que se interponía en su camino. Casi a sus pies vio en la nieve algo que le heló la sangre en las venas. Por segunda vez en aquel día tenía ante sí las retorcidas facciones de un hombre muerto. Atravesado en el camino, como el otro, hallábase el cadáver de un indio, con los brazos abiertos y el rostro hacia arriba, como si mirara al cielo despejado. Alrededor de su cabeza, un charco de sangre teñía la nieve de un rojo que la luz del sol avivaba. Durante un minuto estuvo Roderick como paralizado por el horroroso espectáculo. No se veía señal alguna de lucha; no había huellas en la nieve que la revelasen. Aquel hombre había sido muerto estando en el trineo del que cayó, y no había más señal en la nieve que la de su cuerpo al chocar con ella.

¿Quién sería el asesino?

¿Acaso se había salvado Minetaki quitando la vida a su raptor?

Durante un instante, Roderick estuvo convencido de ello. Examinó la sangre y advirtió que aún no estaba congelada, lo que le dio la seguridad de que la tragedia debió de suceder hacía una hora o tal vez menos. Con más cautela y mayor celeridad prosiguió la marcha sobre las huellas del trineo y el fusil preparado para disparar en un momento dado. El camino iba haciéndose más intrincado, y en algunos momentos parecía casi inaccesible. Mas el trineo había pasado por entre los montones de rocas; el que lo guiaba no pareció haber vacilado en ningún instante acerca del camino que debía seguir. Éste ascendía gradualmente, hasta alcanzar la cima de una alta colina. Apenas había llegado Roderick a ella, cuando descubrió que la pista del trineo que él

seguía estaba cruzada por otras huellas.

Roderick vio en la blanca nieve las profundas impresiones de las patas de un enorme oso.

Se le ocurrió pensar que el suave calor de aquel día debió despertar al oso de su sueño invernal, moviéndole a salir de su madriguera para tomar el sol. Desde el punto en que el oso llegara a la pista del trineo, éste siguió inopinadamente la dirección en que viniera el temible animal.

Sin reflexionar, se lanzó Roderick vertiente abajo siguiendo las huellas del oso, mas no por eso perdiendo de vista la pista del trineo y el lejano bosque. Al pie de la colina halló el tronco de un enorme árbol que cruzaba el camino, y cuando el joven se detuvo para saltarlo, brotó de sus labios un grito de sorpresa. El oso había pasado por encima del tronco, y junto al sitio donde sus patas habían arrastrado la nieve advertíanse las huellas de una mano.

Roderick permaneció durante un minuto como paralizado por la emoción que le produjera la sorpresa del descubrimiento. La impresión era clarísima, y tratábase de una mano fina, de largos dedos y estrecha palma, que en modo alguno podía ser de hombre.

El joven dominó su emoción y miró a su alrededor. No había más huellas en la nieve que las del oso. ¿Era posible que estuviese equivocado? Volvió a examinar la misteriosa marca de la mano. Al mirarla le invadió un extraño sentimiento, y cuando volvió a incorporarse notó que estaba temblando y que no podía sobreponerse a su inquietud. Con súbita decisión, escaló de nuevo la cima de la colina, cruzó otra vez la senda del trineo y se adentró en el terreno abrupto de la pendiente opuesta. No había avanzado veinte pasos, cuando se dejó caer, sin hacer ruido, detrás de una roca. Nada había visto, nada había oído. Sin embargo, experimentaba la mayor emoción de su vida.

Las huellas del oso no continuaban el camino emprendido. Sin embargo, la pista continuaba trazada por las impresiones de unos pies humanos.

Capítulo V

Lucha mortal

Roderick tardó algún tiempo en salir de detrás de la roca. No fue el miedo lo que le retuvo, sino la necesidad de reflexionar. La rápida sucesión de los sorprendentes acontecimientos le había emocionado y comprendió que, como nunca, le era preciso dominarse. No trató de resolver el misterio del cambio de las huellas. Bastábale el hecho de que las nuevas no fuesen de oso, sino de un hombre. Estaba, además, seguro de otra cosa: Minetaki se hallaba en cierto modo relacionada con ellas.

Cuando prosiguió la marcha, lo hizo extremando las precauciones. A cada recodo de la senda, se escondía detrás de una roca o de un arbusto y escudriñaba el camino a tanta distancia como alcanzaba su vista. Pero a cada recodo los trozos rectos de senda eran más cortos. La montaña que había a su izquierda se convirtió casi en una muralla; a la derecha surgió otra elevada colina; la garganta por la que caminaba siguiendo la pista se estrechaba cada vez más, hasta el punto de que no presentó sino una anchura de cien pies; además, algún terremoto ocurrido en épocas lejanas había precipitado en ella multitud de enormes rocas. Roderick no tardó en darse cuenta de que la persona a quien él perseguía caminaba por aquel terreno abrupto con la seguridad del que recorre un paraje conocido. Sus huellas eran rectas y firmes. Por fin pareció que la pista acababa frente a una ancha roca, mas el joven descubrió en ella una hendidura, aunque ésta difícilmente dejaría paso al cuerpo de una persona. Se deslizó por ella como pudo, y al otro lado, donde continuaba el precipicio, advirtió que el fugitivo había descansado de nuevo durante breves instantes, dejando en el suelo, a su lado, algo que por las señales debía de ser un fardo. Examinadas las huellas más de cerca, comprendió en seguida lo que aquello era en realidad, pues en la blanca nieve se destacaba claramente la marca de una mano.

Roderick no dudaba ya. Se hallaba sobre la pista del raptor de Minetaki, quien llevaba a su víctima a cuestras. Minetaki debía de estar herida, tal vez muerta. La inquietud le roía el corazón, mas volvió a examinar las huellas y advirtió en su firmeza y en otras particularidades que sólo podían haber sido impresas por la mano de una persona viva.

Como aquel día del otoño anterior en que salvara la vida a Minetaki, dejó de vacilar y perdió en el acto hasta el último resto de temor. Ardíale la sangre más a causa de la esperanza que de la emoción; anhelaba la llegada del momento en que pudiese nuevamente exponer su vida para salvar a la hermana de Wabi. Hallábase el joven decidido a seguir las reglas de combate de los Woongas, las cuales consistían en disparar sobre el enemigo desde un escondite, si se le ofrecía tal oportunidad, mas no porque le atemorizara la idea de llegar a una lucha cuerpo a cuerpo. Examinó una vez más su fusil, abrió la pistolera para poder sacar fácilmente el revólver en un momento dado y comprobó si también su cuchillo de caza se podía sacar sin dificultad de la vaina.

A una distancia relativamente corta de la roca agrietada, el fugitivo había hecho otro alto para descansar, y cuando reanudó la marcha, Minetaki andaba ya a su lado.

En la nueva pista notó el joven algo que le llamó la atención y que de momento no logró comprender. Uno de los delicados pies de la muchacha había dejado una huella clarísima del mocasín con tacón que calzaba, pero las impresiones del otro pie no eran más que marcas disformes. No tardó Roderick en recordar las huellas que seguían sus amigos, Mukoki y Wabi, y a pesar de la situación desesperada en que se hallaba no pudo reprimir una sonrisa. Había acertado al sospechar que los Woongas, descalzando a Minetaki de un pie, usaban el mocasín para marcar una pista falsa en dirección al Norte. Y aquellas marcas disformes significaba que el pie descalzo de la joven estaba envuelto en un trozo de tela o de piel para protegerla del frío.

Roderick se dio cuenta de que la marcha del fugitivo y de su prisionera era más rápida, y aceleró también sus pasos. El precipicio mostrábase cada vez más abrupto y selvático; a ratos parecía intransitable, mas siempre descubría el joven las grietas ocultas por las que pasó el Woonga, y reteniendo el aliento en espera de lo que pudiera suceder a cada instante, se deslizó por las mismas angostas hendiduras que atravesara aquél con su víctima.

De pronto se detuvo Roderick alarmado por un ruido. Contuvo la respiración y permaneció atento, mas el ruido no se repitió. Tal vez fue que un zorro o un lobo, a su paso, precipitara alguna piedra por las abruptas paredes del barranco. El joven siguió avanzando lentamente, escuchando siempre, ojo avizor.

Unos pasos más y volvió a detenerse. Percibía en el aire un sospechoso olor. Roderick dio la vuelta a una enorme roca que le interceptaba el camino, y entonces a su olfato llegó con más fuerza el olor característico, penetrante, del humo de una hoguera de cedros.

No lejos de él había, pues, una enorme hoguera.

El joven permaneció inmóvil largamente, procurando preparar sus nervios para poner luego en práctica la resolución que había tomado. Se acercaría arrastrándose al indio y le mataría. No daría ningún toque de atención, ni cuartel, ni se entretendría en parlamentar.

Paso a paso, avanzó con la cautela de un zorro. Poco a poco iba percibiendo con

más intensidad el olor del humo, hasta que vio flotar sobre el barranco sus tenues nubes, que al parecer procedían del lado opuesto de otra enorme roca que se interponía en su camino. Con el fusil al hombro, se deslizó Roderick por la grieta, y al llegar a la abertura opuesta sacó poco a poco la cabeza, mirando con cuidado. La extensión del campo que abarcaba su vista iba agrandándose paulatinamente. No vio senda ni huella alguna. ¡El indio y su víctima debían de estar precisamente detrás de la roca!

Apercibido el fusil, salió Roderick con osadía de su escondite y se echó hacia la izquierda. A veinte pasos, casi oculta entre las peñas, hallábase una pequeña cabaña. No se veía cerca de ella más señal de vida que una delgada columna de humo, que se elevaba en espiral junto a la pared del barranco.

El dedo índice del joven temblaba sobre el gatillo del fusil. ¿Esperaría... hasta que el indio se presentase? Pasó un minuto, dos, y todo siguió en silencio. El joven no distinguió nada. Dio un paso, otro en seguida, otro después, y entonces vio la puerta de la cabaña, la cual se hallaba abierta. Tenía el fusil preparado para disparar. De pronto, a sus oídos llegó un débil sollozo, que le impelió a colocarse de un salto ante la puerta.

Dentro de la cabaña aparecía Minetaki y estaba sola. Hallábase acurrucada en el suelo, su hermosa cabellera caía enmarañada sobre sus hombros y su regazo; estaba pálida como la muerte y miraba con ojos de loca al joven, que había surgido ante ella como una aparición.

Rápidamente, Roderick corrió hacia Minetaki y se puso de rodillas a su lado. La honda emoción le hizo olvidar por un instante la cautela. Un grito agudo de la muchacha le obligó a volverse y mirar hacia la puerta. En ella estaba, a punto de saltar sobre él, uno de los seres de más terrorífico aspecto que viera en su vida. Como en un relámpago, vio el enorme cuerpo de un indio de rostro empavorecedor y el brillo de una navaja. En circunstancias semejantes, el hombre obra instintivamente, y Roderick, sin saber por qué, sin pensarlo, se echó al suelo. Este movimiento le salvó. El Woonga, que habíase precipitado sobre él para asestarle una cuchillada, tropezó con su cuerpo y cayó.

Los meses de áspera vida de constantes aventuras en los parajes selváticos habían hecho de Roderick un hombre tan ágil como un gato montés, y sus músculos eran del temple del acero. Sin incorporarse siquiera, saltó sobre el enemigo. El cuchillo del Woonga brillaba mortalmente sobre su propio pecho. Mas el indio no fue menos rápido, y antes de que Roderick cayera sobre él había colocado el brazo de forma que el cuchillo diera contra el suelo.

Con el brazo libre cogió rápidamente a Roderick por el cuello y durante breves instantes estuvo estrechamente abrazado con él, de modo que ni uno ni otro podían hacer uso de las armas sin exponerse a herirse a sí mismo.

En aquel instante de tragedia, al que sólo podía seguir la muerte, el pensamiento de Roderick trabajó con la celeridad del rayo. Hallábase sobre su adversario, a la

cabeza del cual acercaba su mano armada del cuchillo, mientras él procuraba sujetarla.

Para que cualquiera de los dos pudiese herir al otro, era preciso que Roderick soltara la mano de su enemigo, y si esto sucedía, el salvaje, que tenía el brazo ya extendido, podía dar el golpe con más rapidez que su adversario, pues éste, antes de poder herir, tenía que alzar el brazo. En otras palabras, cuando el cuchillo de Roderick estuviese dispuesto para herir, el del indio ya estaría clavado en el pecho del joven. Con extraña emoción se dio Roderick cuenta de lo comprometido de su situación. Si continuaba sujetando la mano, llegaría un momento en que su brazo flaquearía, y entonces sólo podía haber un final. Moriría, y Minetaki estaría como nunca en las garras de su raptor.

No existía más que una probabilidad de éxito. Era preciso libertarse del brazo amenazador, por lo menos durante el tiempo suficiente para poder sacar el revólver. Ya estaba preparándose para realizar la operación, cuando, al volver un poco la cabeza, vio que Minetaki, que llevaba las manos atadas a la espalda, se había levantado. La joven, dándose también cuenta de la desventajosa posición de Roderick, dio un grito y se colocó de un salto sobre el brazo del indio, de modo que sus pies sujetaban la mano armada contra el suelo.

—¡Pronto, Roderick, pronto! —exclamó—. ¡Hiere! ¡Hiere!

Con un grito terrible se libró el salvaje del peso del cuerpo de la muchacha, y con un último y sobrehumano esfuerzo alzó su cuchillo, mientras que el de Roderick se hundía en su pecho hasta el mango. El golpe del indio dio al joven debajo del brazo. Roderick se puso en pie con una exclamación de angustia. El cuchillo del indio cayó, ensangrentado, del pecho de Roderick, quien haciendo un último esfuerzo lo recogió y cortó las ligaduras de Minetaki.

Después le invadió una sensación extraña; flaqueáronle las piernas. Diose cuenta de que iba a caer y notó también que unos brazos le sostenían y que, como desde muy lejos, una voz le llamaba, pronunciando su nombre. Luego le pareció que se hundía en profundo y apacible sueño.

Cuando volvió en sí, estaba mirando hacia la puerta aún abierta, y a través de ella vio la blancura de la nieve. Una mano se apoyó suavemente en su rostro.

—Roderick.

Minetaki habló en voz baja, en un murmullo que temblaba de alegría y de alivio. Roderick sonrió. Débil aún, levantó la mano y acarició el suave rostro de la joven.

—¡Qué alegría volverte a ver..., Minetaki! —dijo débilmente.

La joven acercó un vaso de agua fría a sus labios para que bebiera.

—No debes moverte —dijo con dulzura y con los ojos brillantes—. No es una herida muy grave y la vendé bien. Pero no debes moverte... ni hablar... porque se te puede abrir.

—Sin embargo, ¡qué alegría siento al volverte a ver, Minetaki! —insistió el joven—. No sabes cuánto sentí que hubieses marchado cuando, regresando de nuestra

excursión, volvimos a la factoría Wabi y Mukoki...

—¡Chitón!

Minetaki le tapó la boca con la mano.

—Es necesario que estés quieto, Roderick. No sabes la curiosidad que siento por saber cómo llegaste hasta aquí. Pero no me lo cuentes ahora. Déjame hablar a mí, ¿quieres?

Desviáronse los ojos de la muchacha, y Roderick, siguiendo su mirada, vio que había en el centro de la cabaña una manta extendida sobre una masa informe que yacía en el suelo.

El joven se estremeció, y al sentir el temblor de sus manos, Minetaki se volvió rápidamente hacia él, pálido el rostro, pero los ojos brillantes como estrellas.

—Es el Woonga —murmuré, y en su voz había un trémolo de emoción—. ¡Es el Woonga, y está muerto!

Roderick comprendió entonces la mirada de la muchacha. Woonga, la Némesis de su familia, el bandido que había jurado vengarse de los de la casa de Wabinosh, y cuya mano asesina pendiera durante años como una nube amenazadora sobre las cabezas del factor, de su esposa y de sus hijos, estaba muerto por fin. Y había sido él, Roderick Drew, quien, habiendo ya en otra ocasión salvado a Minetaki, había acabado con él.

—Me alegro, Mine...

No terminó la frase. Pasos cautelosos, furtivos, se habían acercado a la puerta, y pronto se hallaron dentro de la cabaña Mukoki y Wabi.

Capítulo VI

La sombra de la muerte

Roderick apenas pudo darse cuenta de lo que pasó durante la media hora que siguió a la repentina entrada en la cabaña del hermano de Minetaki y del viejo indio. La emoción le hizo caer otra vez sobre las mantas, después de haberse incorporado parcialmente. Una gran debilidad le poseía. Lo último que oyó fue la voz de Minetaki, luego sintió algo fresco en su rostro y le pareció que hasta transcurrido largo rato no volvió a percibir los sonidos. Cuando se esforzó por volver en sí, oyó una voz muy suave cerca de sus oídos, que le instaba a permanecer quieto. Era Minetaki quien le dirigía este ruego y él obedeció.

Al cabo de un rato oyó hablar en voz baja. Luego percibió un movimiento y abrió los ojos. Sintió que la suave mano de Minetaki le acariciaba el rostro y el cabello como para ayudarle a conciliar el sueño. Vio a los pies del improvisado lecho a Mukoki, el viejo guerrero, el cual se hallaba en cuclillas, como un lince, fijando en él sus ojos chispeantes. La mirada del viejo fascinó a Roderick. Ya había advertido este relampagueo en los ojos de Mukoki en otras ocasiones en que el viejo piel roja creyó que algún daño había sucedido a las personas que amaba. Al observar su mirada en aquel momento, Roderick supo que también él había llegado finalmente a ser algo más que un amigo para aquel viejo buscador de sendas. Emocionaron al joven las caricias de la mano de Minetaki y la ansiedad que se notaba en los ojos del viejo cazador, y sus labios pronunciaron dos palabras antes de que los que le rodeaban pudieran darse cuenta de que el herido había vuelto en sí.

—¡Hola, Mukoki!

Al oír el saludo, el piel roja se puso rápidamente de rodillas a su lado, temblando de emoción, mientras en sus ojos y en todo su rostro resplandecía la alegría. Wabi se colocó a los pies del lecho, sonriendo a Roderick para expresarle la inmensa felicidad que le embargaba, y no atreviéndose a dar otras muestras más patentes de su gozo porque Minetaki le apretaba la mano, susurrando un “cállate” apenas perceptible en su oído.

—Tú tener razón; yo no —dijo Mukoki a Roderick—. Tú salvar Minetaki... matar Woonga. Tú ser muy mucho valiente.

Interrumpiéndole, la hermana de Wabi le hizo apartarse del enfermo. Luego acercó a los labios de éste una bebida refrescante, pues Roderick estaba febril y el agua fresca le dio nuevas fuerzas. Volvió el rostro hacia Minetaki, la cual le sonrió.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el cadáver del indio ya no estaba en la cabaña.

Roderick hizo un esfuerzo para incorporarse y la muchacha le ayudó, colocando una manta doblada debajo de sus hombros.

—No estás tan mal herido como creía, Roderick —dijo—. Es decir, tu herida no es peligrosa. Mukoki te la lavó y vendó bien; pronto estarás mejor.

Wabi se acercó y abrazó a su hermana, besándola una y otra vez.

—Roderick —exclamó, estrechándole la mano—, eres un héroe. ¡Dios te bendiga!

El joven se ruborizó y, para evitarse más emociones, cerró los ojos.

Después, Minetaki se puso a hacer café y asar un poco de carne, mientras que Mukoki y Wabi se ocupaban fuera de la cabaña de los perros del trineo.

—Mañana, cuando estés más fuerte —dijo luego Minetaki al enfermo—, iremos a la factoría Kenegami. Allí me contarás todas tus aventuras durante el invierno. Wabi me ha hablado de vuestras luchas con los indios y del hallazgo de los esqueletos lo suficiente para despertar en mí una loca curiosidad.

”¡Oh, cuánto desearía que pudierais llevarme con vosotros cuando vayáis a buscar el oro!

—¡Magnífica idea! —exclamó Roderick, entusiasmado—. Pídeselo a Wabi, Minetaki. Engatúsale para que diga que sí.

—Tú también se lo pedirás, ¿verdad, Roderick? Sin embargo, supongo que de nada servirá. Papá y mamá no querrán saber nada de eso. Éste fue también el motivo por el cual me alejaron de la factoría antes de que vosotros volviéseris. En aquel entonces, los pieles rojas se mostraron más hostiles que nunca y mis padres creyeron que yo estaría más segura en Kenegami. Quisiera que me permitiesen ir con vosotros. ¡Me gustaría tanto cazar osos, y lobos, y antas, y ayudaros a buscar el oro! Tú has de influir mucho, Roderick, para que consientan.

Y aquel mismo día, en cuanto ya Roderick se halló un poco más fuerte para poder permanecer sentado, rogó encarecidamente a su amigo que Minetaki les acompañara. Mas Wabi rehusó decididamente sin quererle escuchar siquiera y Mukoki, cuando se enteró del deseo de la joven, estuvo media hora sin hablar, tal fue la sorpresa que le produjo la petición.

—Minetaki es muy valiente —dijo a Roderick—, pero ella morir allá arriba. ¿Tú desear que ella morir?

Roderick le aseguró que no deseaba tal cosa y no se habló más del asunto.

Aquel día y aquella noche constituyeron para Roderick, a pesar de hallarse herido, los más felices de su vida. En la chimenea de piedra crepitaba alegremente el fuego de ramas secas de pino y álamo, y cuando Minetaki anunció que la cena estaba

lista, se permitió a Roderick por primera vez que se levantara.

Durante la mayor parte del día, Wabi y Mukoki habían estado explorando las cercanías del barranco y de la montaña en busca de señales de la banda de los Woongas, pero nada habían encontrado que pudiese inspirar temor. Por misterioso y extraño que pareciese el hecho, no cabía duda de que aquella cabaña era conocida únicamente por el cabecilla de los Woongas, quien la habría usado como refugio solitario. Los tres amigos y Minetaki, sentados al suave calor del fuego, hablaron ampliamente de la reciente aventura, hasta que al parecer no quedó ningún punto por aclarar. Minetaki describió cómo la raptaron y explicó la lentitud de la huida después de la lucha que causó varias muertes. El Woonga se hallaba enfermo y no quiso alejarse del lugar hasta haber recobrado todas sus fuerzas.

—Pero, ¿por qué mató Woonga al indio que le acompañaba? —preguntó Roderick.

Minetaki se estremeció al recordar la terrible escena que se desarrolló ante sus ojos.

—Oí que discutían —dijo—, pero no comprendí nada, aunque me figuré que se trataba de mí. Sólo habíamos recorrido una corta distancia después de separarnos de los dos trineos, cuando Woonga, que iba a la cabeza, se volvió y pegó al otro un tiro. ¡Fue horrible! Luego continuó la marcha, como si nada hubiese sucedido.

—Tengo curiosidad por saber cómo usó las patas del oso.

—Las patas eran muy grandes y estaban huecas, por lo cual pudo ponérselas como el que se pone unas botas —explicó Minetaki—. Me aseguró que el otro trineo iría directo a la factoría de Kenegami, y que si a alguien se le ocurría perseguirle, seguiría al primer trineo y no daría importancia a las huellas del oso.

Mukoki emitió uno de sus habituales gruñidos de satisfacción.

—Roderick no ser tonto —dijo—. Nadie engañar a Roderick.

—Especialmente cuando está sobre la pista de Minetaki —exclamó Wabi, riendo.

—¿No fue también Roderick quien descubrió el secreto del oro cuando ya habíais perdido hasta el último resto de esperanza? —inquirió Minetaki.

¡El oro perdido!

¡Cómo emocionaron a Mukoki y a los dos jóvenes las últimas palabras que pronunciaron los labios de la joven!

Ya se había hecho de noche y tan sólo las llamas del fuego iluminaban la estancia. Todos habían concluido de cenar, y cuando se aproximaron a la chimenea se hizo entre ellos un extraño silencio.

¡El oro perdido!

Roderick buscó la mirada de Wabi, cuyo bronceado rostro hallábase medio oculto por las vacilantes sombras; luego miró a Mukoki, cuya faz arrugada parecía de cobre empañado, al reflejarse en ella las llamas.

Pero lo que le llenó de gozo y de orgullo, acelerando el curso de la sangre en sus venas, fue la mirada de Minetaki. Sus ojos brillaban como las estrellas, y Roderick

comprendió que le miraba así porque él era el héroe de ella.

Durante muchos minutos nadie interrumpió el silencio. El fuego iba bajando, y al extinguirse poco a poco, aumentaba las profundas sombras de la cabaña, y los rostros de los seres humanos iban adquiriendo aspectos fantasmagóricos, hasta que la semejanza recordó a Roderick la primera visión que tuvo de los esqueletos en aquella otra cabaña que ahora se hallaba tan distante.

La voz de Wabi dio fin al silencio. Removió el fuego y añadió más leña.

—Sí, fue Roderick —dijo—. Y aquí está el plano que encontró.

Se arrodilló al lado de su hermana y le enseñó una copia del precioso secreto hallado en la mano de uno de los esqueletos. Con un grito de alegría tomó Minetaki el mapa y, paso a paso, aventura tras aventura, fue relatada la emocionante historia de los cazadores de lobos. Por fin las sombras de la noche dieron paso a las primeras luces del día. Minetaki insistió en que se le contaran dos veces las aventuras de Roderick en el misterioso precipicio, y cuando llegó a la escena terrorífica de aquella noche, llena de extraños ruidos, Roderick sintió que una manita tímida cogió la suya, y cuando Wabi continuó la narración y relató el hallazgo del plano en la mano del esqueleto y las trágicas escenas que provocó el documento, la alterada respiración de la joven reveló la emoción que la embargaba.

—¿Y vais a volver en primavera? —preguntó.

—Sí, en primavera volveremos —contestó Roderick.

Wabi rogó una vez más a Roderick, como ya lo hizo en la factoría, que mandase a buscar a su madre en lugar de ir él mismo a su casa de Detroit. Dijo que así se ahorraría un tiempo precioso; que podrían partir dentro de breves semanas en busca del oro. Pero Roderick no se dejó convencer.

—Eso no estaría bien —declaró—. He de ir primero a ver a mi madre, aunque tenga que hacerlo en un trineo especial.

Sin embargo, mientras Roderick planeaba resueltamente lo que pensaba hacer, el destino hacía otros planes. Sus amigos, cuando le dieron las buenas noches, vieron los primeros síntomas en sus ojos febriles. Estaba apoderándose de él la fiebre, esa fiebre mortal de necesidad, a menos que intervenga un buen médico oportunamente; la fiebre del herido. El mismo Mukoki, experto naturalista, que aprendió a conocer las enfermedades durante medio siglo de lucha en las vastas regiones de la selva, se dio cuenta de que él nada podría hacer para curar a Roderick.

Envolvieron al herido cuidadosamente en mantas y emprendieron en seguida una veloz carrera hacia la factoría de Kenegami, para llegar a tiempo de poder salvarle la vida. Esto no pudo Roderick sino sospecharlo, pues él no sabía que la muerte le perseguía con fiereza. Después vinieron largos días de delirio. Una mañana le pareció despertar de un sueño terrible, durante el cual había tenido la impresión de estar quemándose, y cuando abrió los ojos se dio cuenta de que era Minetaki la que estaba sentada a su lado y le tocaba suavemente la frente. Desde aquel día mejoró rápidamente; sin embargo tardó un mes en poder sentarse en el lecho y dos semanas

en ponerse en pie. De este modo, transcurrieron dos meses entre el día en que hiciera sus planes en la vieja cabaña del Woonga, y el de su completo restablecimiento.

Un día, Minetaki tuvo para él una gran sorpresa. Roderick nunca la había visto tan bella ni tan tímida como aquella mañana.

—¿Me perdonarás, Roderick, por haberte... ocultado una cosa? —preguntó.

No esperó la contestación del joven, sino que continuó:

—Cuando estuviste tan grave que temíamos tu muerte, escribí a tu madre, enviamos la carta con un propio y... te lo diré aunque me riñas... ¡Tu madre ha venido!... ¡En este momento está en nuestra casa de Wabinosh!

Roderick quedó un momento paralizado por la impresión. Luego comenzó a proferir una serie de gritos guerreros que atrajeron inmediatamente a Wabi, quien vio sorprendido que su amigo danzaba en torno de su hermana como si se hubiese vuelto loco.

—¡Perdóname! —exclamó Roderick una y otra vez—. ¡Minetaki, qué simpática eres! ¡Qué simpática eres!

Tan pronto como Wabi supo la causa de la alegría de su amigo, unió sus gritos de gozo a los de aquél, y tan grande fue el alborozo de los dos que alarmaron a la gente de la factoría. Mukoki tomó también parte en la alegría general, y Wabi besó a su hermana hasta ponerle la cara roja como una rosa silvestre.

—¡Hurra! —exclamó Wabi por vigésima vez—. ¡Esto significa que dentro de quince días podremos partir en busca de la mina de oro!

—Significa... —empezó Roderick.

—Significa... —interrumpió Minetaki— que todos estáis contentos menos yo; pues, aunque se van a realizar mis deseos de conocer a su madre, luego os iréis todos... y yo me quedaré sola...

En efecto, en la voz de la joven no había ya la alegría de antes. Roderick y Wabi guardaron de pronto silencio citando ella se marchó.

—Lo siento de veras —dijo Wabi—, pero ¿qué hemos de hacer?

Mukoki intervino para desvanecer la tristeza de los jóvenes.

—¡Cuánto brillar el sol! —exclamó—. ¡Nieve y hielo se marchan, viene la primavera!

Capítulo VII

En busca del oro

Desde entonces, cada nuevo día el sol salió un poco más temprano y el aire fue un poco más cálido. Con él llegó el dulce aroma de la tierra floreciente y esos innumerables sonidos acusadores de que la selva despierta a la vida en su lecho de nieve. El pájaro del anta comenzó a cantar alegremente, saltando de rama en rama, y buscando a la pareja con que hacer el nido. Y los grajos y los cuervos ahuecaban su plumaje al sol, y los pinzones de las nieves, pequeñas beldades vestidas de blanco y negro que solían animar los nevados bosques con destellos de piedras preciosas, iban desapareciendo poco a poco. Las yemas de los álamos fueron hinchándose, hasta que, abriéndose como gusanos reventones, fueron pasto de las perdices.

Y salió de su sueño invernal la enorme osa acompañada de sus oseznos, a quienes enseñó a doblar las tiernas ramitas de los álamos en busca de las yemas abiertas. Y bajó el anta de las tempestuosas cimas de las montañas del Norte, donde pasaron el invierno huyendo de los lobos.

Por todas partes formaba arroyos el deshielo; en todas partes oíase el ruido del hielo al romperse, y cada noche, la aurora boreal se alejaba un poco más hacia el Polo Norte.

Era la primavera, y en ninguna parte hubo tanta alegría como en la factoría de Wabinosh, pues fue allí donde encontró Roderick Drew a su madre.

No creemos oportuno relatar extensamente lo que pasó durante los diez días siguientes en la vieja factoría de Hudson Bay... el cariño que nació entre la madre de Roderick, Minetaki y la princesa, esposa de Jorge Newsome, el factor; la partida de los soldados que habían sido enviados allí para terminar con los Woongas, y que regresaron a la ciudad porque la desesperada lucha de Roderick en la vieja cabaña hizo innecesaria su presencia; los preparativos de viaje de los buscadores de oro.

Una tarde del mes de abril hallábanse Wabi, Mukoki y Roderick reunidos en la habitación de éste. Habían de partir a la mañana siguiente para comenzar su larga y emocionante excursión hacia el lejano Norte y aquella última noche la dedicaron a hablar de sus proyectos para cerciorarse de que no habían olvidado nada.

Roderick durmió poco aquella noche. Por segunda vez en su vida animábale la

fiebre de las aventuras. Cuando sus amigos se hubieron retirado, él se dedicó a estudiar el famoso plano y en esta tarea estuvo absorto hasta que le rindió el sueño. Mas, aun dormido, siguió su cerebro trabajando incesantemente en los proyectos, despertando visiones de la cabaña y del saquito de cuero que, lleno de pepitas de oro, había hallado sobre la mesa.

Se levantó antes de que las estrellas fueran vencidas por el alba del nuevo día, y, en el gran comedor de la factoría, los tres aventureros tomaron su almuerzo con aquellos que iban a dejar durante muchas semanas, tal vez durante muchos meses.

El factor se esforzaba en demostrar una bulliciosa alegría con el ánimo de mantener el buen humor de la señora Drew y de la madre de Minetaki, quien también hizo todo lo posible por sonreír, aun cuando sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Terminado el almuerzo, Roderick, cuya alegría era bien manifiesta, dirigióse en compañía de sus camaradas hacia el lago, donde se hallaba la bien aprovisionada canoa de corteza de abedul lista para el embarque. Aún fue mayor su satisfacción cuando se hubo despedido de su madre, mas cuando Minetaki llegó con ellos a la canoa y, tras besar a Wabi, se echó a llorar, Roderick sintió que se le anudaba la garganta. Cogió emocionado la menuda mano de la joven y la retuvo entre las suyas un momento.

—Adiós, Minetaki —murmuró.

Luego se volvió y ocupó su puesto en el centro de la embarcación. Con un último grito de despedida, empujó Wabi la canoa que se deslizó lago adentro entre la semiobscuridad del amanecer.

El silencio reinó largo tiempo en la canoa. No se percibía sino el chapoteo de los remos, cuando oyeron una vez más la voz de Minetaki, a la que contestaron con un grito. Por fin habló Roderick:

—¡Por vida de...! En estos trances lo más duro es la despedida.

—Siempre ha sido duro para mí separarme de Minetaki —contestó Wabi—. Algún día la llevaré conmigo de excursión.

—¡Sería muy buena compañera! —exclamó Roderick entusiasmado.

Desde la proa de la embarcación se oyó el alegre gruñido de Mukoki.

—Ella ser muy valiente... saber tirar, saber cazar... muy valiente —añadió el viejo, y tanto Roderick como Wabi se echaron a reír.

El joven indio miró la brújula sirviéndose de la luz de un fósforo.

—Cruzaremos el lago Nipigon por el centro en lugar de ir costeando. ¿Qué dices a eso, Mukoki?

El viejo buscador de sendas permaneció callado. Sorprendido, Wabi dejó de remar y repitió la pregunta.

—¿Crees que podemos correr peligro?

—Viento del Sur —dijo—. Posible no hacerse más fuerte, pero...

—Si se hiciese más fuerte el viento —dijo Roderick dudando y pensando en la

canoa—, creo que lo pasaríamos muy mal.

—Necesitaríamos todo el día de hoy y parte de mañana para ir costeando — exclamó Wabi—, mientras que si cruzamos el lago, llegaríamos a la orilla opuesta a primera hora de la tarde. ¡Vale la pena de arriesgarse!

Mukoki emitió un gruñido que fue poco menos que una aprobación y Roderick sintió una extraña emoción cuando la canoa avanzó hacia el centro del lago.

Impulsada por los fuertes brazos de los tres, la canoa avanzó a una velocidad de cuatro millas por hora, y cuando se hizo completamente de día, la factoría de Wabinosh, no era sino una tenue línea en lontananza. Los temores que Roderick sintiera se habían desvanecido con la aparición del sol, sólido y glorioso, sobre el lago, ahuyentando el frío y acarreado con la suave brisa el dulce perfume de los lejanos bosques. El joven remaba animosamente. La alegría de la mañana daba a sus brazos una fuerza de gigante. Wabi silbaba y cantaba. Roderick le acompañó la canción del *Yankee Doodle* o *La Bandera Estrellada* y también el habitualmente silencioso Mukoki dio de vez en cuando un gruñido para demostrar que se sentía feliz como sus compañeros.

Un solo pensamiento animaba a los tripulantes. Habían comenzado con buenos augurios la anhelada expedición en busca del oro. Poseían el secreto de una gran fortuna. Esperábanles aventuras y emociones. El Norte, inmenso y silencioso, lleno de misterios en su desolación, pues hasta el viento parecía hablar quedamente de extrañas cosas sucedidas incontables años antes, les aguardaba. Hallábanse a punto de adentrarse en los parajes misteriosos, para arrancarles el áureo tesoro que había en ellos oculto, y tal pensamiento les produjo un estremecimiento de emoción. ¿Qué descubrimientos harían? ¿Qué extrañas aventuras les reservaba el destino en aquel mundo desconocido, inexplorado y sin sendas, que se hallaba ante ellos? Estas y cien preguntas semejantes cruzaban por el cerebro de los tres aventureros, convirtiendo en recreo su trabajo y en placer hasta el hecho de respirar.

El lago se hallaba sumamente animado. Grandes bandadas de patos negros, anadones, ánades azules y silbadores volaban sobre él, y de vez en vez, cuando veían reunidos una buena cantidad de ellos sobre el agua, cualquiera de los remeros disparaba su rifle. Roderick y Mukoki lograron cobrar una pieza cada uno y Wabi tres, mas el viejo indio puso pronto término a la diversión.

—No vale la pena de gastar tiros —dijo—. Necesitar municiones para caza grande.

Durante la mañana descansaron varias veces del fatigoso trabajo de remar, y al mediodía, la tregua fue de una hora, la cual fue empleada en restaurar las fuerzas con la comida que les prepararon en la factoría.

Desde el lugar en que se hallaban podían distinguir perfectamente la orilla opuesta del lago, y, cuando volvieron a reanudar el viaje, los tres buscaron ávidamente la desembocadura del río Ombabika, donde el invierno anterior habían comenzado sus emocionantes aventuras. Wabi estuvo contemplando largamente una

línea blanca que se destacaba encima de la costa y llamó la atención de sus amigos sobre ella.

—Parece que se mueve —dijo, volviéndose hacia Mukoki—. ¿Será posible que... —y se detuvo dudando.

—¿Qué? —preguntó Roderick.

—... que sean cisnes? —dijo Wabi concluyendo la frase.

—¡Cisnes! —exclamó su amigo—. ¿Crees que puede haber aquí tantos?

—A veces cubren el lago millares de ellos —contestó Wabi—. Los he visto formar sobre el agua una blanca capa tan inmensa que se perdía en el horizonte.

—Más cisnes que poder contar en veinte mil años —afirmó Mukoki, mas, a poco, añadió—: No ser cisnes. ¡Hielo!

Mukoki había pronunciado la última palabra en tono singularmente desagradable y aunque Roderick no comprendió del todo su significación, no pudo menos de notar que el descubrimiento causó bastante ansiedad a sus compañeros. No tardó mucho en comprender sus motivos. Después de media hora de remar, llegaron al borde de la superficie helada del lago, la cual ocupaba una extensión de un cuarto de milla partiendo de la costa. Ni a derecha ni a izquierda veíase el fin del hielo. El rostro de Wabi revelaba la angustia que sentía; Mukoki, con el remo apoyado en las rodillas, permaneció silencioso.

—¿Qué pasa? —preguntó Roderick—. ¿Acaso no podemos llegar a la orilla?

—¡Llegar a la orilla! —exclamó Wabi—. Sí... tal vez mañana o pasado.

—¿Acaso no podemos andar sobre el hielo?

—Es muy peligroso. Por el borde al menos, no ofrece resistencia.

La canoa, a la deriva, se había acercado al hielo y Roderick comprobó su consistencia con el remo. En una extensión de dos pies, el hielo se rompía. Más hacia adentro ofreció mayor dureza.

—Creo que si podemos abrirnos camino, llegaremos a un lugar donde el hielo sea suficientemente duro para soportar nuestro peso —declaró.

Wabi buscó un hacha.

—Lo probaremos —dijo.

Mukoki movió la cabeza.

Mas por segunda vez en aquel día persistió Wabi en desatender el consejo del viejo buscador de sendas, hecho insólito de que Roderick no creyera capaz a su amigo.

Poco a poco iba Wabi rompiendo el hielo desde la proa de la embarcación y haciéndola avanzar. Por fin ésta no halló un solo obstáculo en la helada superficie. Entonces, el joven, encaramándose en el borde de la canoa, deslizó primero un pie y luego el otro en la capa de hielo.

—¿Veis? —exclamó triunfante—. Ahora tú, Roderick. ¡Con cautela!

En seguida se halló Roderick a su lado. Lo que sucedió después fue algo semejante a una horrible pesadilla. Primero se oyó un ligero crujido del hielo que

pisaban, mas fue éste tan leve que Wabi rió ante el temor de su amigo. Iba a decir algo, cuando, con gran estruendo, la masa helada se abrió enteramente y uno y otro se hundieron en las inescrutables profundidades del lago. Lo último que Roderick vio fue la expresión de horror que ofreció el rostro de su amigo cuando éste desapareció como tragado por la descomunal boca. También oyó un grito terrible de Mukoki. Después ya no tuvo conciencia sino de que se hallaba debajo del agua y luchaba desesperadamente por salir a flote.

Fieramente movió brazos y piernas para conseguirlo, cuando se le ocurrió pensar: “¿Y si al subir me encuentro debajo de la capa de hielo? ¿En qué dirección será preciso nadar?” Abrió los ojos, pero todo era negrura en torno suyo. Parecióle siglos los segundos. Notó algo extraño en su cerebro y un deseo irresistible de abrir la boca para respirar.

Su cabeza chocó en aquel momento contra un objeto. Era el hielo debajo del cual se hallaba. En tal situación, la aventura no podía tener más que un final: ¡la muerte!

Volvió a hundirse poco a poco, como si unas manos invisibles lo arrastraran hacia el fondo, y, en su desesperación, hizo un supremo esfuerzo para no abrir la boca, cosa que muy pronto forzosamente habría de hacer. Aun hallándose en tan crítico momento, no perdió el sentido hasta el extremo de no darse cuenta de que algo le movió a gritar y hasta notó cómo el agua le entraba a raudales por la boca. Lo que no pudo ver fue el brazo que, guiándose por las burbujas, se hundió en el agua, le asió fuertemente y le extrajo a la superficie.

La primera sensación que tuvo al volver en sí fue la de un gran peso sobre el estómago. Notó también que le friccionaban, agitaban y volteaban cual si fuera juguete de un enorme oso. Luego vio a Mukoki y en seguida a Wabi.

—Tú hacer gran hoguera —oyó decir a Mukoki y advirtió como Wabi emprendía una loca carrera hacia la costa.

Se dio cuenta de que se hallaba sobre el hielo, donde estaba también la canoa, y de que el viejo indio sacaba mantas de ella. Cuando Mukoki volvió a acercarse a Roderick, éste se había acodado sobre el hielo para verle llegar.

—Tú volver a nacer ahora —dijo riendo entre dientes, a la vez que deslizaba su mano por debajo del hombro de Roderick.

Con la ayuda de Mukoki, el joven pudo ponerse de pie. En seguida lo envolvió el viejo en una gruesa manta y los dos se encaminaron lentamente hacia la costa. Poco tardó Wabi, que estaba también chorreando, en correr a su encuentro.

—Roderick, cuando hayamos salido de ésta —dijo— quiero que me des una buena paliza. Luego me daré el placer de propinarte otra. Y de ahora en adelante ten en cuenta que siempre que hagamos una cosa que Mukoki nos haya prohibido, habrá paliza.

—¿Quién nos sacó? —preguntó Roderick—. Mukoki. ¿Me darás la paliza?

—Te la daré.

Y los dos jóvenes aventureros, chorreando, transidos de frío, se estrecharon la

mano para cerrar el convenio, mientras que Mukoki gruñía alegremente.
Finalmente, los tres se echaron a reír.

Capítulo VIII

La bala amarilla

Al lado de una gran hoguera, Roderick y Wabi empezaron de nuevo a sentir la alegría de vivir. Tan pronto como Mukoki hubo terminado de construir un refugio con ramas de bálsamo, los dos jóvenes se quitaron sus vestidos y se envolvieron en mantas. El viejo indio puso las ropas a secar, y dos horas después, Wabi y Roderick podían vestirse de nuevo.

Tan pronto como salieron del refugio, Wabi se perdió entre los matorrales y regresó pocos minutos después blandiendo una vara de abedul de buen tamaño.

—¿Ves aquel tronco? —dijo, señalando un gran árbol caído que estaba cerca del fuego—. En él podrás apoyarte muy bien para recibir la paliza, cosa que vas a hacer tú primero para saber exactamente cómo has de propinármela a mí. La deseo el doble de fuerte porque he tenido mucha más culpa que tú.

Muy sorprendido se apoyó Roderick en el tronco.

—¡Por Dios! —exclamó, volviendo la cabeza un poco asustado—. No pegues demasiado fuerte.

¡Zas! Varazo y grito de Roderick.

¡Zas! ¡Zas!

—¡Basta! ¡Por favor! ¡Basta!

—¡No te muevas! Aguanta como un hombre... lo mereces.

Una y otra vez cayó la vara sobre las espaldas del joven, el cual se retorció de dolor cuando Wabi dio por terminada la tunda.

—¡Dame, dame la vara, que ahora me toca a mí! —demandó ansiosamente.

—Pero no me vayas a dar muy fuerte, ¿eh? —advirtió Wabi mientras se inclinaba sobre el tronco.

—Tú indicaste la proporción —recordó Roderick mientras se arremangaba.

Y la vara comenzó a funcionar.

Al dar por terminada su tarea, a Roderick dolíale el brazo. Wabi, a pesar de su innato estoicismo, había dejado escapar un prolongado grito al recibir el último golpe.

Mukoki había permanecido como petrificado durante toda la escena.

—No volveremos a ser imprudentes, Mukoki —prometió Wabi—. Y si lo somos volveremos a castigarnos, ¿verdad, Roderick?

—Yo no lo volveré a ser, te lo aseguro —dijo Roderick—. Estoy dispuesto a ayudarte cuando consideres que mereces ser castigado, pero nada más.

A continuación, los dos jóvenes buscadores de oro estuvieron una hora recogiendo leña y ramitas de bálsamo para sus lechos. Ya reinaba completa oscuridad, cuando se sentaron a cenar junto a la hoguera, hecha con ramas secas de bálsamo.

—Esto es mejor que estar remando toda la noche. La verdad es que por poco no lo contamos —dijo Roderick cuando hubieron terminado de cenar.

—No sabes en qué poco estuvo que no te ahogaras. En casos como éste, de diez mil, se salva uno. Yo logré volver a subirme sobre el hielo asiéndome a la canoa. Cuando Mukoki vio que yo estaba salvado, se dedicó a buscarte a ti. Pero tú no aparecías, y ya te dábamos por muerto cuando vimos burbujas en el agua. Con la rapidez del rayo, Mukoki sumergió el brazo y te cogió por los pelos en el preciso instante en que ibas a hundirte por última vez. Piensa en eso esta noche, Roderick. Te hará mucho bien.

—¡Cállate! —exclamó el joven con un estremecimiento—. Hablemos de algo más alegre. ¡Qué fuego más brillante producen las ramas del álamo!

—Hacer más luz que veinte bujías —aseguró Mukoki—. Muy brillante.

—Una vez, hace de esto muchísimos años, hubo en este país un gran jefe —comenzó Wabi a decir— y este gran jefe tenía siete hijas muy hermosas. Tan bellas eran, que el mismo Gran Espíritu se enamoró de ellas y apareció, tras una ausencia de muchas lunas, en la tierra, y manifestó al padre de las niñas que si quería darle a sus siete hijas; él, en cambio, le concedería la realización de sus siete mayores deseos. Y el jefe, entregando a sus hijas, pidió que se le concediera un día sin noche y una noche sin día, y su deseo se realizó; y su tercero y cuarto deseos fueron que el país tuviese siempre caza y pesca, que los árboles permaneciesen siempre verdes y que las gentes obtuviesen el fuego. El sexto deseo fue que se le concediese una clase de leña que ardiera hasta en el agua, y el Gran Espíritu hizo que germinara el abedul. Finalmente, el séptimo deseo fue el de poseer otra clase de leña que al arder no despidiese humo, y nació en los bosques el álamo. Gracias a aquel jefe y a sus siete hijas, todas estas cosas siguen existiendo. ¿No es verdad, Mukoki?

El viejo guerrero asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué fue del Gran Espíritu y de las siete hermosas muchachas? —preguntó Roderick.

Mukoki se levantó y se alejó de la hoguera.

—Mukoki cree en él como cree en la existencia del sol y de la luna —dijo Wabi dulcemente—. Pero sabe que tú no crees y que todos los blancos os reís de estas creencias. Si quisiera él podría contarte muchas historias maravillosas de la acción de esos bosques y de las montañas y de las cosas que hay en ellos. Pero sabe que no lo

creerías y que encima te reirías de él.

Roderick se levantó al instante.

—¡Mukoki! —gritó—. ¡Mukoki!

El viejo indio volvió hacia la hoguera con pasos lentos. El joven se dirigió a su encuentro. Brillábanle los ojos y tenía el rostro encendido.

—Mukoki —dijo suavemente, cogiéndole la mano—. Mukoki, yo adoro también a vuestro Gran Espíritu. Amo al que creó estos bosques magníficos y aquella hermosa luna, y las montañas y los lagos y los ríos. Deseo saber más cosas de él. Tú has de contármelo para que sepa cuándo habla de mí desde el viento, las estrellas y los bosques. ¿Quieres?

Mirábale Mukoki con los finos labios entreabiertos y los músculos del rostro distendidos cual si tratara de averiguar hasta qué punto eran sinceras las palabras del joven blanco.

—Yo te hablaré del Gran Espíritu de los hombres blancos —dijo Roderick con insistencia—. Porque nosotros tenemos también un Gran Espíritu, Mukoki, y Él hizo en el mundo del hombre blanco lo que el vuestro hizo por vosotros. Creó en seis días la tierra, el cielo, el mar y todas las cosas que éstos contienen, y en el séptimo descansó. Y a ese séptimo día, Mukoki, lo llamaron domingo. También Él creó bosques para nosotros, como el vuestro los creó para vosotros, sólo que en lugar de dárnoslos por el amor de siete mujeres hermosas, nos los dio por amor a los hombres. Yo te contaré cosas maravillosas de Él, Mukoki, si tú quieres hablarme de vuestro Gran Espíritu. ¿De acuerdo?

—Tal vez... sí —respondió el viejo buscador de sendas.

Las facciones de su rostro se habían suavizado y Roderick comprendió que por segunda vez había logrado conmover el corazón de su camarada.

Regresaron juntos al fuego y Wabi hizo sitio para ellos en el tronco donde estaba sentado. En la mano tenía una copia del plano grabado en el trozo de corteza de abedul.

—He estado pensando en esto todo el día —dijo Wabi a la vez que extendía el plano de modo que pudiesen verlo los tres—. No sé cómo es, pero no he podido quitarme de la cabeza la idea de que...

—¿Qué? —preguntó Roderick.

—No, nada —se apresuró a decir Wabi, como arrepentido de haber hablado como lo hiciera—. Es un plano curioso, ¿verdad? Quisiera saber si lograremos conocer toda la historia que encierra.

—Yo creo que ya la conocemos —afirmó Roderick—. En primer lugar lo encontramos en la mano de uno de los esqueletos y por las huellas de las heridas que contenían sus huesos, así como por las armas que cerca de ellos hallamos, sabemos que los dos hombres lucharon hasta darse muerte. Lucharon por la posesión de este plano, por el exclusivo conocimiento del precioso secreto. Ahora...

Cogió el plano de la mano de Wabi y lo levantó entre ellos y el fuego.

La copia había sido hecha con absoluta exactitud del original de líneas borrosas. Roderick señaló con una astilla la parte superior del plano, donde se leían las palabras: “Cabaña y principio del precipicio”.

—¿Puede haber nada más claro? —preguntó—. Aquí está la cabaña en la que se mataron aquellos dos hombres y en la cual hallamos sus esqueletos. Aquí está señalado el barranco en el que cacé aquel zorro plateado, y por ese barranco hemos de ir para encontrar el oro. De acuerdo con el plano, hemos de andar hasta que lleguemos a la tercera cascada y allí encontraremos otra cabaña... y el oro.

—Todo parece, en efecto, muy sencillo..., a juzgar por el plano —convino Wabi. Debajo del burdo diagrama había escritas algunas líneas.

Nosotros, John Ball, Henri Langlois y Peter Plante, habiendo hallado oro en la tercera cascada, convenimos en la presente acta asociarnos para la explotación de dicha mina. Nos comprometemos a olvidar nuestras querellas pasadas y a trabajar juntos con buena voluntad y mutua honradez para que Dios nos ayude.

Firmado:

John Ball, Henri Langlois, Peter Plante.

A través del nombre de John Ball había trazada una raya negra que casi ocultaba las letras y al final de dicha línea advertíase una palabra en francés y entre paréntesis. Wabi la tradujo por centésima vez en voz alta:

—¡Muerto!

—Por su escritura correcta sabemos que Ball fue un hombre instruido —continuó Roderick—. No cabe duda que el dibujo en la corteza de abedul fue hecho por él. Todo está escrito con la misma letra, excepto las firmas de Langlois y Plante, nombres que nos hubiera sido muy difícil descifrar de no leerlos antes en el texto. Del documento resulta bien claro que en la cabaña no nos equivocamos al suponer que los franceses asesinaron al inglés para adueñarse de la parte que le correspondía. ¿No es lógica esta versión?

—Sí, hasta ahí todo parece muy claro —respondió Wabi—. Aquellos tres hombres descubrieron el oro, riñeron, firmaron este documento y luego fue asesinado Ball. Los dos franceses, como insinuó Mukoki en la cabaña, salieron poco después en busca de provisiones, llevando consigo aquella bolsa de cuero llena de oro. Habían llegado hasta la cabaña que estaba situada cerca del barranco y allí se disputaron la posesión del plano, entablado una lucha en la cual murieron. A juzgar por el modelo de los rifles y otras señales que hallamos en torno de ellos, sabemos que el accidente hubo de ocurrir cuando menos hace cincuenta años, tal vez más. Sin embargo...

Se detuvo y empezó a silbar suavemente.

—¿Dónde está la tercera cascada?

—Creo que ya la vimos el invierno pasado —replicó Roderick un poco irritado

por las dudas de su amigo—. Si se puede hacer caso de la letra del documento, Ball debió de ser un hombre instruido y debió de hacer el plano de acuerdo con una especie de escala. La distancia de la primera a la segunda cascada es la mitad de la que media entre la segunda y la tercera, lo que apoya mi afirmación. Y Mukoki descubrió la primera cascada a una distancia de cincuenta millas de la cabaña.

—Y de las distancias señaladas en el plano de John Ball dedujimos que la tercera cascada debería de hallarse a doscientas cincuenta millas de nuestro campamento, situado al principio del barranco —dijo Wabi—. Lo cual me parece razonable.

—Y lo es sin duda —declaró Roderick, encendido el rostro por la emoción—. Resulta claro como la luz del día cuál es el camino que tenemos que recorrer desde el principio de aquel precipicio. No podemos equivocarnos.

Mukoki había escuchado en silencio y tomó por primera vez parte en la conversación.

—Primero hemos de llegar al precipicio —dijo gruñendo a la vez que alzó los hombros con movimiento muy significativo.

Wabi volvió a meterse el plano en el bolsillo.

—Tienes razón, Mukoki —declaró riendo—. Estamos escalando las montañas antes de hallarnos en ellas. Trabajo nos costará llegar al precipicio.

—Mucha agua... Mucha corriente. Río correr como veinte mil renos.

—Apostaría a que el Ombabika se convirtió en un torrente impetuoso —dijo Roderick.

—Y hemos de recorrer por él cuarenta millas en contra de la corriente —replicó Wabi—. A esa distancia llegaremos a la altura del País y desde allí las aguas corren hacia el Norte, hacia la bahía de Hudson, y al llegar a ella, en lugar de remar, lo que haremos será retener el aliento y rezar. ¡Oh! Será una diversión emocionante dejarnos arrastrar por la corriente.

—No olvidemos que mañana tenemos que trabajar mucho y muy duramente —dijo Roderick—. Yo me voy a acostar. ¡Buenas noches!

Mukoki y Wabi siguieron pronto el ejemplo del joven y media hora después tan sólo el crepitar del fuego interrumpía el silencio de la noche.

El viejo indio solía despertarse siempre con una regularidad cronométrica. También aquella mañana se levantó una hora antes del alba para preparar el almuerzo. Cuando se levantaron a su vez los dos jóvenes, vieron que los patos que el día anterior cazaran estaban colocados en el asador y el asador en el fuego. También el café estaba preparado. Además Roderick notó que faltaba parte del contenido de la canoa.

—Llevar carga al río —explicó Mukoki en contestación a la pregunta del joven.

—Como siempre, tú trabajas mientras nosotros dormimos —exclamó Wabi disgustado—. Si esto continúa, Roderick, vamos a tener que darnos otra paliza.

Mukoki eligió el pato más grueso y mejor asado y se lo dio a Roderick. Luego entregó otro a Wabi, y, cogiendo para sí un tercero, se sentó en el suelo, junto al sitio

donde se hallaba el pan y el café.

—Esto es propio de un rey —exclamó Roderick.

Media hora más tarde se dirigieron los tres hacia la canoa; Mukoki había llevado ya la mitad de la carga al río, el cual se hallaba a media hora de camino del lugar en que se hallaban, y transportó ahora el resto, mientras los jóvenes se llevaron en hombros la frágil embarcación.

Cuando Roderick vio el Ombabika a la naciente luz del nuevo día, no pudo reprimir un grito de asombro. El invierno anterior había recorrido la superficie helada del río y recordaba que entonces era muy breve su anchura. Ahora le pareció, en cambio, un verdadero Amazonas. La crecida hacía fluir y formar remolinos a las aguas asemejándolas a un líquido espeso que hirviera lentamente. Era la corriente poco impetuosa, mas Roderick había previsto esta particularidad y no fue eso lo que le sorprendió.

Había algo mucho más aterrador en el avance pausado de las aguas, cuyos remolinos y ocultas corrientes las agitaban aquí y allá, recordándole la olía de gachas que tantas veces había visto hervir a fuego lento.

Había en todo aquello algo pavoroso, algo misterioso y terrible, que hacía pensar en unas manos gigantescas que, ocultas debajo del agua, les aguardaran para arrastrarlos a sus ignotas profundidades. Roderick comprendió sin preguntar nada, que aquella lenta avenida poseía mucha mayor fuerza mortífera que una docena de ruidosos torrentes que descendieran, atronadores, por la ladera de una montaña. En aquella corriente del Ombabika había acumulada la fuerza de muchos torrentes, y en aquel ancho y profundo caudal que se dirigía hacia el lago, los peligros de cada uno de ellos se sumaban para formar una sola y terrible amenaza.

Los pensamientos de Roderick se revelaron en sus facciones cuando miró a sus compañeros. Mukoki estaba cargando de nuevo la canoa y Wabi observaba la corriente.

—La avenida es bastante fuerte —dijo Wabi irresoluto—. ¿Qué te parece, Mukoki?

—Remar cerca orillas —respondió éste, sin dejar el trabajo—. Así ir seguros.

En las palabras de Mukoki hallaron los dos jóvenes bastante consuelo, porque aún conservaban memoria de la precaución y del buen criterio del viejo. Poco tardaron en botar la lancha en un pequeño remanso inmediato a la ribera. Inmediatamente comenzaron a remar. Mukoki ocupó el importante puesto de la popa y, usando su remo como timón, mantuvo la embarcación a pocos metros de la orilla.

Roderick tuvo la impresión de que remontar el río era tarea bastante fácil y rápida. De cuando en cuando, alcanzaba una ola de la corriente la embarcación y ésta se balanceaba de tal forma, que Roderick se dio cuenta de los peligros que hubiesen corrido yendo por el centro del río. Tanto Mukoki como Wabi tuvieron que intervenir varias veces con la mayor rapidez para contrarrestar los efectos del balanceo. Wabi se hallaba en la proa y permanecía siempre alerta. No podían prever en qué momento las

fuerzas misteriosas atacarían a la frágil embarcación, porque a veces las aguas que se extendían delante de la canoa semejaban una balsa de aceite y de pronto surgía en ellas, cual producida por un pez gigantesco, una enorme burbuja que era el principio de un pequeño *maelstrom*.

Roderick notó que cada vez que pasaban cerca de semejante hervidero, una fuerza oculta parecía querer arrastrarles hacia abajo y que, en efecto, esta fuerza hacía que la canoa se hundiera en unos cuantos centímetros. El descubrimiento le emocionó y se preguntó qué sucedería si la frágil embarcación hubiera de luchar con la gran agitación que mostraban las aguas en el centro del río. Había que sortear además otros peligros que constantemente les rodeaban: troncos, grandes masas de arbustos y otros despojos arrastrados por la corriente, que eran una amenaza para la canoa... y los gritos de Wabi de “¡derecha!, ¡izquierda!, ¡atrás!” eran tan frecuentes, que de los enormes esfuerzos que Roderick hiciera para cumplir tales órdenes, le dolían los brazos. Otras veces se producía en la corriente un remolino tan impetuoso, que Mukoki prefería desembarcar para llevar la canoa a costas y salvar así la zona peligrosa. Esto sucedió aquel día cinco veces, por lo que, incluyendo el tiempo perdido, sólo avanzaron a razón de dos millas por hora. Sin embargo, cuando al caer la tarde acamparon, Mukoki supuso que habían llegado a la mitad del Ombabika.

Al día siguiente el progreso fue aún más lento, A cada milla, el río se hacía más angosto y más rápido el curso de las aguas. Los traidores embates submarinos de la corriente no molestaban ya a los buscadores de oro, pero los troncos y los despojos bajaban por el río con mayor celeridad. Varias veces la frágil canoa se salvó de estas embestidas gracias a la pericia de los tres aventureros. Se movían como una máquina bien regulada, dirigida por Wabi, cuya aguda pupila estaba siempre alerta. En aquella segunda jornada, la emoción y la ansiedad no se separó un instante de Roderick, y el joven respiró cuando se detuvieron para acampar. Aún era temprano, faltaban dos horas para la puesta del sol.

Mukoki había elegido para desembarcar un espacio liso que, inmediato a la ribera, lindaba con una prominencia rocosa y cubierta de álamos. Apenas tocó tierra la canoa, Wabi dio un grito de emoción, cogió su rifle y disparó tres veces en rápida sucesión hacia un pequeño grupo de abetos que había al pie de la colina.

—¡Por vida de...! ¡Erré los tiros! —exclamó con voz estentórea—. ¡Pronto, Mukoki! ¡Acabo de divisar el oso más grande que he visto en mi vida!

—¿Dónde? —preguntó Roderick—. ¿Dónde está?

También él dejó el remo y cogió el fusil, mientras que Mukoki, sin perder la serenidad, hacía avanzar la canoa de modo que Wabi pudiese saltar a tierra. Roderick le siguió como una exhalación y los dos jóvenes, exaltados, corrieron hacia el lugar en que se hallaba el oso, dejando a su compañero que se las compusiera como pudiera con la embarcación y el cargamento.

Después de una corta y rápida carrera, llegaron al borde del grupo de abetos y con el corazón palpitante escudriñaron la árida vertiente de la montaña que se alzaba

frente a ellos. No había señal alguna del oso.

—Ha ido hacia el río —exclamó Wabi.

—¡Allí está! —dijo Roderick.

El oso se hallaba, efectivamente, a unos cuatrocientos o quinientos metros de ellos y comenzaba a remontar la ladera de la montaña. A pesar de la distancia, Roderick quedó sorprendido del tamaño del animal.

—¡Qué monstruo! —dijo con voz entrecortada.

—¡Dispara! —ordenó Wabi—. De aquí allá hay lo menos cuatrocientos metros. Apunta a la parte superior de la espalda y lo derribarás.

Uniendo la acción a las palabras, él mismo disparó los dos tiros que quedaban en la cámara de su rifle, y cuando volvió a cargarlo, Roderick continuó el tiroteo. Ni el primero ni el segundo disparo causaron efecto alguno. Al tercero, el animal se detuvo para mirar hacia ellos.

El joven cazador aprovechó la ocasión para apuntar con cuidado. Cuando sonó el nuevo disparo, el oso dio un gran salto hacia delante, y pareció que iba a quedar exánime entre las rocas, pero luego huyó rápidamente.

—¡Lo has herido! —gritó Wabi, y echó a correr para salvar la distancia que mediaba entre los abetos y la montaña.

Roderick, mientras volvía a cargar su rifle, estudió la situación. El oso iba acercándose rápidamente a la cima. Corriendo mucho, Wabi podría tener aún una ocasión más para disparar sobre él antes de que desapareciera. Si este último disparo no fuera certero, perderían la caza. Sus ojos quedaron fijos en una abertura que había en la cima. Se le ocurrió pensar que si él pudiese llegar rápidamente por ella hasta el otro lado y el oso torciese en aquella dirección...

Sin detenerse a reflexionar más, echó a correr hacia el atajo. Al mismo tiempo oyó a su espalda los disparos del rifle de Wabi, pero no se detuvo a observar el efecto que éstos producían. Si el joven indio había errado los tiros nuevamente, cada segundo que transcurría representaba un gran aumento del peligro. El fondo de la hendidura era liso y fácil de recorrer, y Roderick se precipitó por ella. Se detuvo jadeante al otro lado, desde donde escudriñó ansiosamente la cima, en la cual había muchas rocas diseminadas.

No trató de reprimir la exclamación de gozo que brotó de sus labios cuando distinguió a la distancia de unos ochocientos metros, aproximadamente, al oso que descendía por la ladera en dirección a él. Roderick se escondió detrás de una gran peña y aguardó. Lentamente se acercaba el animal. Cuando sólo se hallaba a quinientos metros de él, torció hacia el llano. Caminaba muy despacio, deteniéndose de vez en vez, por lo que Roderick supuso que estaba herido de gravedad. Pronto se dio cuenta de que el nuevo curso del animal no le acercaría ya más al sitio donde él esperaba, por lo cual alzó el rifle y apuntó.

¡Quinientos metros! ¡Más de un cuarto de milla!

Disparar a tan larga distancia era muy aventurado, pero Roderick —y al tener este

pensamiento se conmovió— poseía un fusil apropiado para disparar desde tan lejos. Sin embargo, ¿no erraría el tiro? Lo erró. El disparo fue alto. Un segundo no causó tampoco efecto alguno. Al tercer disparo se oyó, desde la cima, otra detonación como respuesta. Era Wabi que, después de llegar a la cima, disparaba a una distancia de seiscientos metros aproximadamente.

El oso se detuvo. Roderick apuntó de nuevo con gran cuidado y disparó. Tras el estampido del disparo se oyó un grito de alegría de Roderick y a él correspondió otro de Wabi, cuyo eco retumbó en las quebraduras de la montaña. El disparo había sido hecho con gran precisión y el oso yacía en el suelo.

Cuando los dos jóvenes, llenos de gozo, llegaron al sitio donde el oso cayera, éste estaba muerto.

Tardaron algún tiempo en hablar; jadeantes aún a causa del esfuerzo realizado, ambos jóvenes contemplaron en silencio el enorme animal que yacía a sus pies. Ante la mirada de admiración de Wabi, comprendió Roderick que había realizado una proeza.

Aún estaban contemplando al animal muerto, cuando Mukoki apareció corriendo por el atajo. También él mostró viva sorpresa al ver el oso.

—¡Gran oso! —exclamó.

Las dos palabras que el indio pronunciara encerraban un mundo de ideas, y Roderick se sonrojó de placer.

—Pesa cuando menos quinientos kilos —añadió Wabi— y, alzando las patas traseras, medirá sus buenos tres metros de altura sin contar la cabeza.

—Buena alfombra —gruñó Mukoki.

—Veamos, Roderick. Tendrás una piel... —y Wabi dio una vuelta en torno del oso—, tendrás una piel de unos ocho pies de largo por seis de ancho. ¿Dónde ha recibido los disparos?

Un rápido examen del animal le demostró que si bien a Roderick le correspondió el honor de haber dado fin a su vida, cuando menos uno, o tal vez dos de los disparos que él, Wabi, hiciera, habían contribuido a abatir la pieza. El último tiro del joven blanco hirió al oso precisamente debajo de la oreja derecha, causándole una muerte casi instantánea.

Tenía también otra herida en el lado derecho, que fue la que se atribuyó a Roderick. Cuando, entre los tres, dieron una vuelta al cuerpo del animal, hallaron dos heridas más en la parte izquierda, sin duda producidas por Wabi. Mientras se hallaban examinando estas heridas, Mukoki, el indio de aguda pupila, dio un grito de asombro.

—¡Oso herido antes... hace mucho tiempo! Herida vieja... ¡tocar la bala!

Mukoki tenía cogida entre los dedos la piel que cubría la parte posterior de una pata delantera del oso, donde se veía claramente una antigua cicatriz. Tanto Roderick como Wabi notaron la bala a través de la piel.

Para quien se dedica a la caza mayor, hay algo que fascina en el descubrimiento de una herida antigua en la pieza cobrada, especialmente en las inmensas soledades

del Norte, donde los cazadores son pocos y están diseminados. El hecho en el espíritu de los cazadores, la escena desarrollada, la emoción de los preparativos, el disparo, la huida del animal.

Así sucedió también en aquella ocasión. Mientras Mukoki abría la piel para extraer la bala, Roderick y Wabi se acercaron a él y presenciaron la operación por encima de sus hombros. Cuando el viejo buscador de sendas tuvo la bala en su mano y pudo contemplarla, emitió otro gruñido de sorpresa.

El proyectil tenía un aspecto singular: era un objeto suave y de forma un poco achatada.

—Bala muy blanda —dijo Mukoki—. Nunca visto plomo deformarse así.

Con la navaja procedió a cortar la bala.

—Esta...

Y levantó los dos trozos, los cuales relucieron por la parte del corte con preciosos destellos amarillos.

—¡Bala hecha de oro! —exclamó en voz muy baja—. No ser plomo amarillo. ¡Ser oro, oro puro!

Capítulo IX

Remontando el Ombabika

Ante el notable descubrimiento de Mukoki, los tres aventureros quedaron unos momentos sin habla. Wabi tenía la mirada inmóvil como si no lograra dar crédito a sus ojos. Roderick se hallaba poseído de emoción igual a la que experimentara cuando descubrieron los esqueletos y el saquito con las preciosas pepitas. La cara de Mukoki era digna de estudio. Temblábanle los largos y delgados dedos en que sostenía los dos trozos de la bala de oro, y este temblor era algo inusitado en el viejo indio. Fue él quien rompió por fin el silencio y sus palabras interpretaron el pensamiento de los dos jóvenes.

—¿Quién disparar balas de oro al oso?

Para tal pregunta no podía haber de momento contestación, pues los tres ignoraban quién había hecho aquel disparo. Mas existía otra: ¿Por qué se había disparado una bala de oro?

Wabi cogió los dos trozos del áureo proyectil y comprobó su peso.

—Pesan una onza —afirmó.

—¡Veinte dólares en oro! —balbuceó Roderick como si le faltara aliento para poder expresarse—. ¿Quién en el mundo dispara balas que valen veinte dólares? —exclamó luego con mayor agitación, repitiendo la pregunta que hiciera Mukoki poco antes.

Sopesó también la bala rota.

Se había desvanecido del rostro de Mukoki la expresión de asombro. Nuevamente cubría la faz del viejo guerrero, endurecida por la lucha, la máscara del estoicismo propio de su raza, el cual sólo muy de tarde en tarde y frente a sucesos demasiado súbitos e inesperados se desvanecía.

Mas sobre aquel rostro inmóvil, casi inexpresivo, había un pensamiento que conocía todas las artimañas y todos los secretos de las vastas soledades, y cuando los dos jóvenes recobraron el habla, la mente de Mukoki había realizado ya una gran labor investigadora acerca del extraordinario acontecimiento. Wabi lo comprendió así y observaba con ansiedad al viejo indio.

—¿Qué opinas tú, Mukoki?

—Hombre disparó con fusil de pólvora y bala, no de cartucho —respondió lentamente Mukoki—. Fusil viejo, extraño, muy extraño.

—¡Un fusil que se carga por la boca! —dijo Wabi.

El indio asintió con un movimiento de cabeza.

—Tenía pólvora, plomo no. Tener hambre, usar oro.

En las ocho palabras de Mukoki se encerraba toda la historia o, cuando menos, lo suficiente de ella para aclarar parte del misterio. Pero quedaba otra parte. ¿Quién había disparado aquella bala y *de dónde había sacado el oro*?

—Debió de hallar un buen filón —dijo Wabi—, porque si no ¿cómo podía tener un pedazo como éste?

—Donde sacar eso, haber más, mucho más —convino Mukoki brevemente.

—¿Acaso supones...? —empezó a decir Roderick, y su voz acusaba una extraña emoción cuando se detuvo como si no se atreviera a acabar de expresar sus pensamientos—. ¿Acaso supones... que alguien encontró... nuestro oro?

Mukoki y Wabi le contemplaron con estupor. Luego Wabi se volvió y miró en silencio al viejo indio. Ninguno de los tres despegó los labios en un instante. En silencio también, sacó Roderick algo de un bolsillo, algo que se hallaba cuidadosamente envuelto en un trozo de tela.

—Como recordaréis, yo, de la parte que me tocó del contenido de aquella bolsa, me guardé esta pepita, a fin de mandarme hacer con ella un alfiler —explicó—. Cuando cursé las asignaturas de geología y mineralogía, aprendí que si se dispusiera de media docena de muestras de oro de otras tantas minas distintas, probablemente entre ellas no habría dos que fuesen exactamente iguales en color. Pues bien...

Sacó la pepita e hizo con su cuchillo un corte en ella como Mukoki hiciera antes con la bala amarilla. Luego compararon los dos trozos.

Bastóles una mirada.

¡El oro era idéntico!

Wabi se echó hacia atrás murmurando algo entre dientes; sus ojos centelleaban. Roderick palideció un poco más aún, y Mukoki, que ignoraba los misterios de la mineralogía, clavó la vista en el joven con muda impaciencia.

—¡Alguien ha hallado nuestro oro! —gritó Wabi en tono casi feroz.

—No podemos estar absolutamente seguros —interrumpió Roderick—. Sólo podemos sospecharlo. La formación roqueña de todo este país es casi idéntica en todas partes; roca volcánica en la superficie y debajo pizarra. Por estas razones, es muy posible que el oro que encontrásemos aquí fuera de la misma apariencia que el que hallarnos a doscientas millas de distancia. Sin embargo... es sospechosa esta semejanza —concluyó Roderick.

—Hombre probablemente, muerto —dijo con voz consoladora Mukoki—. No tener plomo..., mucha hambre..., tirar sobre el oso..., no cocerlo. Posible morir de hambre.

—¡Pobre diablo! —exclamó Wabi—. ¡Qué egoístas hemos sido! Claro que tuvo

hambre: de lo contrario no hubiese usado balas de oro. ¡Y no logró cazar el oso! ¡Por vida de...!

—¡Ojalá lo hubiese cazado! —dijo Roderick con sencillez.

Las palabras de Mukoki le habían hecho sonrojarse. De pronto, surgió vivo en su mente el cuadro de la sospechosa tragedia en los parajes selváticos: el hombre desfallecido, la última esperanza al moldear la bala de oro, la aparición del oso gigante, el tiro, y luego, la desesperación, el sufrimiento, la muerte lenta...

—¡Ojalá lo hubiese cazado! —repitió—. Nosotros tenemos suficientes víveres.

Mukoki hallábase ya despellejando el oso y Roderick y Wabi desenvainaron sus cuchillos para ayudarle en su tarea.

—Herida tener unos seis meses —dijo el indio—. Sucedió poco antes de las nieves.

—Precisamente cuando no había una mala baya en los bosques para alimentar a un hambriento —añadió Wabi—. En fin, Roderick, esperemos que haya encontrado algo de comer.

Una hora más tarde, los tres buscadores de oro volvieron a la canoa cargados con los trozos más selectos de la carne del oso y con la piel entera, la cual tendieron inmediatamente entre dos árboles, a suficiente altura para que ningún animal voraz pudiese alcanzarla.

—Así estará segura hasta que volvamos, ¿verdad?

—Segurísima —respondió Wabi.

—¿De verdad que estará segura?

—Tanto como si estuviese en nuestra casa.

—Mientras no pase nadie y la robe —añadió Roderick.

Wabi se hallaba en aquel momento descargando algunas cosas necesarias de la canoa, mas cesó en su trabajo para mirar a Roderick.

—¡Robar! —exclamó, asombrado.

Mukoki había oído también la observación de Roderick y prestó atención.

—Roderick —continuó diciendo Wabi con voz acompasada, ésa es una de las cosas que no suceden nunca en estas regiones. Nuestro glorioso e inmenso Norte no conoce la palabra ladrón, excepto cuando se trata de los Woongas. Si pasara mañana por aquí un cazador blanco y considerara que la piel, a su parecer, estaba tan baja que algún animal pudiera atacarla, lo que haría sería colgarla a mayor altura. Y si un indio tuviera que acampar aquí, haría su hoguera en un lugar desde el que las chispas no alcanzasen la piel. Roderick, aquí en el Norte no se conoce la civilización: somos honrados.

—Pero en los Estados Unidos —dijo Roderick—, el indio roba.

Apenas la fatal palabra había salido de su boca, Roderick hubiera dado cualquier cosa por no haberla pronunciado. Mukoki experimentó una conmoción.

—Eso es debido a que allí el indio ha convivido durante mucho tiempo con el hombre blanco —replicó con los ojos brillantes el joven vástago de la casa Wabinosh

—. Esta afición a la rapiña emana de la sangre de los hombres blancos. Perdóname, amigo Roderick, que hable así pues esto es la verdad, cuando menos por lo que se refiere a su contacto con los indios. Sin embargo, la sangre de los blancos de estas regiones es diferente de la vuestra, porque se asemeja a la de nuestros indios, y cada una de sus gotas lleva consigo toda la honradez y toda la lealtad del mundo. Corre por nuestras venas fuerte y roja, y nos llena de amor por estas grandiosas selvas. Hay, por supuesto, excepciones, como sucede con los Woongas, que es una raza de bandidos. Pero nosotros, los demás, somos honrados. Mukoki, por ejemplo, aunque se estuviera muriendo de frío, no robaría una piel para abrigarse. Otro indio, menos noble que él, la tomaría tal vez si tanto la necesitara, pero no sin tener un fusil para dejarlo en su lugar.

—No hablé con mala intención —dijo Roderick—. ¡Ojala pudiera ser yo de los vuestros! Yo amo a estas selvas y todo lo que contienen.

—¡Tú eres de los nuestros! —exclamó Wabi, y le estrechó fuertemente la mano.

Aquella noche, después de cenar, y al estar sentados junto al fuego, Wabi dijo:

—Mukoki podría contarte, si quisiera, por que los indios del Norte son honrados. Pero no querrá, Roderick, y por tanto, lo haré yo. Hubo una vez una tribu en la región de los antepasados de Mukoki, a lo largo del río Makoki, que desemboca en el Albany, cuyos hombres fueron grandes ladrones, hasta tal punto, que se robaban unos a otros. No se reconocía propietario a los cepos que tendían, y la lucha y el asesinar era allí cosa corriente. El mayor ladrón entre todos era el jefe de la tribu, al cual, como es lógico, no alcanzaban los castigos.

”El jefe gustaba también de preparar cepos, y un día se encolerizó al hallar que un individuo de su tribu había tenido el atrevimiento de colocar uno muy cerca del suyo y sobre la senda del mismo animal que él pensaba azar. Decidió, pues, castigar al competidor duramente y aguardó.

”Mientras esperaba, un conejo se metió en el cepe de su rival, y el jefe cogió una estaca para acercarse y rematar la pieza, cuando, de pronto, una blanca neblina pareció extenderse ante sus ojos, y al volver a mirar el cepe no vio ya al conejito, sino a la figura de hombre más hermosa que jamás viera. Entonces comprendió el jefe que se trataba del Gran Espíritu y cayó de rodillas, mientras una voz, que por su tono semejava venir de las más distantes montañas, llegó a sus oídos.

”—Los bosques y los ríos del paraíso de los pieles rojas están cerrados para los tuyos, porque en los terrenos de caza del más allá no hay sitio para los ladrones. Di esto a tus súbditos, y diles también que si quieren librarse del castigo que se cierne sobre ellos, han de vivir como hermanos, colocando sus cepos juntos, hasta el final de sus días.

”Y el jefe contó esto a sus gentes —terminó Wabi y desde entonces no hubo más robos en el país. Y porque el Gran Espíritu se presentó en aquella forma, el conejo es el animal de buen agüero en la tierra de los Crees y de los Chippewayans del Norte, y siempre, cuando cae con abundancia la nieve, colocan sus cepos uno al lado del otro

y no se roban.

Roderick había escuchado con los ojos llameantes.

—¡Admirable! —exclamó—. Sería maravilloso si fue, se verdad.

—Y lo es —dijo Wabi—. En todo este extenso país, desde aquí hasta las estepas donde vive el carnero almizcleño, entre cien indios no hay ni uno que robe el cepeo o la caza de otro. Constituye una de las leyes sobrentendidas del Norte el hecho de que cada cazador ha de disponer libremente una “línea de trampas”, y no se considera cortés el que otro cazador se acerque a ellas. A propósito de esto, recuerdo que durante el invierno pasado, los mismos Woongas no hicieron esfuerzo alguno para robar nuestros cepes, a pesar de que querían quitarnos la vida.

—Mukoki —dijo Roderick, y se levantó—. Deseo estrechar tu mano antes de acostarme. Voy aprendiendo... Quisiera ser también un poquito indio.

A la mañana siguiente reanudaron los tres el viaje por el Ombabika, río arriba, y desde aquel momento, al entusiasmo de los tres aventureros mezclóse un poco más de ansiedad. Ninguno de los tres pudo olvidar el significado de aquella bala de oro, ni sustraerse al temor de que su tesoro hubiese sido descubierto por otra persona. Wabi fue el que primero recobró la confianza.

—¡No lo creo! —exclamó de pronto, y sus camaradas no tuvieron necesidad de preguntar nada para saber a qué se refería—. No creo que nuestro oro haya sido descubierto. Está en la región más selvática del país, y de haberse descubierto en él una mina importante hubiésemos sabido algo en Wabinosh o en Kenegami, que son las dos factorías más cercanas para obtener provisiones.

—Y si alguien hizo el descubrimiento —añadió Roderick—, puede haber muerto ya.

—Sí.

Mukoki, desde la popa, no sólo asintió con la cabeza, sino que gruñó en señal de aprobación.

—Muerto —dijo después.

El Ombabika aparecía más angosto y su corriente era impetuosa. El avance de la pequeña embarcación hacíase cada vez más dificultoso. Al mediodía, dijo Mukoki que el viaje por el río había terminado. Roderick no reconoció de momento el sitio donde echaron pie a tierra, mas de pronto dio un grito de júbilo.

—¡Pero si éste es el sitio donde cenamos aquella noche después de nuestra terrible aventura en el río, el invierno pasado! —exclamó.

Desde lejos llegó débilmente a sus oídos un ruido sordo y continuado.

—¡Escuchad! ¡Este ruido procede del río que atraviesa la montaña en el sitio donde bordeamos el precipicio!

Wabi se estremeció al recuerdo de aquella pavorosa noche y de la desesperada carrera de los tres para salir de la región de los Woongas.

—Tendremos que recorrer el mismo camino, sólo que esta vez lo haremos a la luz del día.

—Transporte largo —dijo Mukoki—. Seis millas. Llevar todo a cuestras.

—Hasta que llegemos a aquel riachuelo en los llanos del otro lado de la montaña, donde tú mataste un reno, ¿verdad? —preguntó Roderick.

—Sí —respondió Wabi—, aquel riachuelo será a estas horas un río bastante grande y, haciendo un esfuerzo, podremos recorrerlo a remo hasta llegar a unas ocho millas del campamento que establecimos en la parte superior del barranco, allí donde hallamos los esqueletos y el plano.

—Desde aquel punto tendremos que llevar a cuestras la canoa y las provisiones hasta el riachuelo del barranco —terminó Roderick—. Y luego, ¡a buscar el oro!

—Llegar esta noche viejo campamento montaña —dijo Mukoki.

Wabi se echó a reír alegremente y dio un golpe en la espalda a Roderick.

—¿Recuerdas el gran lince que mataste creyendo que era un Woonga y nos asustaste de lo lindo? —exclamó.

Roderick se ruborizó al recuerdo de aquel divertido accidente, que en aquel entonces tanto le emocionara, y se puso a ayudar a Mukoki en la tarea de descargar la canoa. Invirtieron dos horas en comer y en descansar, después de lo cual los dos jóvenes echaron a andar, con la embarcación en hombros, mientras que Mukoki les precedía rápidamente, llevando a cuestras la mitad de las provisiones. A cada paso que daban los jóvenes, era mayor el ruido estruendoso del torrente que se abría paso por entre las rocas, y apenas habían recorrido una milla, cuando no podían entenderse más que a gritos. A su derecha, el acantilado de la montaña iba estrechando el camino, y a poco vieron muy cerca la angosta senda que bordeaba el precipicio.

A la entrada de la senda dejaron la canoa en el suelo para descansar un momento. A un lado de ellos, a doce metros de distancia, alzábase la pared de la montaña tajada a pico hasta una altura de mil pies. Al otro lado, y muy cerca de ellos, tenían el precipicio. Frente a ellos, el acantilado de la montaña y el borde del abismo iban juntándose, hasta no dejar sino una senda de unos seis pies de ancho por donde poder marchar. Roderick se tornó intensamente pálido al comprender el terrible albur que habían corrido en aquella negra noche de pocos meses antes, tan llena de peripecias. Wabi permaneció también inmóvil durante un momento y sus facciones se contrajeron, adquiriendo una dureza de roca. Del precipicio ascendía el estruendo ensordecedor de las aguas tumultuosas, semejando el estrépito que producía una batería de gruesos cañones al ser disparada en el fondo de una gruta subterránea.

—¡Vamos a verlo! —gritó Wabi al oído de su amigo.

Y se fue al borde del precipicio. Roderick le siguió, aunque para ello tuvo que hacer un gran esfuerzo porque sentíase dominado por el violento deseo de arrimarse a la pared. Durante medio minuto estuvo mirando fascinado, aterrado y, sin embargo, pese a esta fascinación cegadora, lo que viera en aquellos treinta segundos lo recordaría durante toda la vida. A quinientos pies de profundidad, las desbordantes aguas primaverales precipitábanse por entre las angostas y escabrosas paredes del barranco, cubriéndose de blanca espuma, y era su curso tan furioso y violento, que se

esperaba ver conmoverse la tierra.

Todo esto lo vio Roderick en una sola ojeada, y cuando sobrecogido se echó hacia atrás, temblaba como un azogado. Wabi, en cambio, no se movió del sitio. El joven descendiente de pieles rojas estuvo varios minutos admirando la majestad del estruendoso aluvión y su cuerpo rígido, inmóvil, dijérase que era una figura esculpida en piedra. Sin embargo, fluía ardientemente la sangre por sus venas, como respuesta al tumulto y al estruendo del magnífico espectáculo que se ofrecía a su vista. Cuando, por fin, se volvió hacia Roderick, sus labios permanecían mudos, pero en sus ojos brillaba el fuego que llevaba dormido en su interior y sólo se animaba cuando despertaban en él los instintos heredados de su madre, la princesa india, o cuando su temperamento selvático se exacerbaba para saludar a las fuerzas afines de la Naturaleza. No es la misiva, ni la exquisita charla social ni ninguna de las maravillas artificiales, las que producen emoción en lo más profundo del alma india, sino las elevadas montañas, las vastas llanuras, las rugientes cataratas.

Pronto continuaron la marcha con la canoa en hombros, arrimándose todo lo posible a la pared de la montaña. Lentamente, cuidando de no tropezar con las piedras o las matas, avanzaban por el peligroso y estrecho borde. Una hora más tarde, cuando regresaban para recoger el resto de las provisiones, Mukoki encontró a los dos jóvenes. Pero después del encuentro llegaron a la pequeña meseta donde habían acampado el invierno anterior. Junto al antiguo refugio depositaron la canoa en el suelo.

Todo estaba igual que lo habían dejado. Ni la nieve ni el viento habían destruido aquel refugio hecho de ramas de bálsamo. Quedaban aún restos de la hoguera, los huesos del enorme lince que Roderick había matado confundiénolo con un Woonga que creía iba a atacarles, y, al lado del refugio, clavada en el suelo, la estaca a la que en otro tiempo estuvo sujeto *Wolf*, el fiel compañero de aventuras.

Wabi se dirigió sin pronunciar palabra hacia la estaca, junto a la que se sentó en el suelo, apoyando un brazo en ella, y cuando levantó la vista hacia Roderick, la expresión de su rostro reveló más de lo que sus palabras pudieran decir.

—¡Pobre *Wolf*!

Roderick se marchó hasta el borde de la meseta: llenábale los ojos algo cálido y desagradable. Ante él, a sus pies, estaba la vasta y misteriosa selva, que llegaba hasta la Bahía de Hudson. Y en algún punto de aquella extensión, al parecer ilimitada, debía de hallarse *Wolf*.

Contemplando la selvática perspectiva, recordó la tragedia que conmoviera la vida de Mukoki y cómo *Wolf* le ayudó a vengarse. Mentalmente se imaginó la escena del terrible día acaecida muchos, muchos años antes, cuando Mukoki, dichoso, en la flor de la juventud, hallara en la senda a su joven, esposa y a su hijo muertos, medio devorados por los lobos. Pensó en la historia que le contara Wabi de la extraña locura que acometió después al joven guerrero, de cómo, año tras año, siguiera la pista de los lobos, llevado de una terrible sed de venganza. Y por último, pensó en *Wolf*, en

cómo Mukoki y Wabi habían encontrado al lobezno en una de sus trampas, lo amansaron y consiguieron que el animal les tomara cariño. Después le enseñaron a atraer a otros lobos al alcance de sus fusiles.

Hasta pocos meses antes, *Wolf* había sido compañero de los tres, mas durante el ataque feroz de los Woongas, huyó en dirección a los bosques, mientras sus amigos luchaban esforzándose en llegar a las regiones civilizadas.

—¿Dónde estaría *Wolf* ahora?

—Con los de su raza, Roderick. *Wolf* nos ha olvidado; es de nuevo un animal salvaje.

—Que vuelva a ser un animal salvaje, bueno —repuso Roderick—, pero, olvidarnos, no nos ha olvidado.

Wabi nada contestó.

Capítulo X

El disparo misterioso

Muchos minutos estuvieron los dos mirando en silencio hacia el Norte. A sus pies extendíase la amplia llanura donde Mukoki matara en otra ocasión a un reno, mientras ellos le observaban desde la meseta. Más allá distinguíanse grandes extensiones de espesos bosques, interrumpidos aquí y allá por otras llanuras, y un gran número de lagos resplandecían en el tinte rosado del sol poniente. Cuando Roderick contempló por primera vez aquella región, pocos meses antes, había visto un mundo de hielo y nieve, un panorama deslumbrante de helada blancura que llegara hasta el Polo Norte. Ahora, el mundo aquel despertaba al mágico influjo de la primavera. Desde muy lejos distinguieron los dos jóvenes buscadores de oro un destello del río cuyo curso seguirían para llegar hasta el precipicio. El invierno anterior no era más que un pequeño riachuelo. Ahora bien podía dársele el nombre de río.

De pronto distinguieron dos formas oscuras que, a una milla de distancia, pasaban lentamente del bosque al llano. Vistas desde tal punto no parecían sino grandes perros, y Roderick, llena aún la mente del recuerdo de *Wolf*, exclamó:

—¡Lobos!

Mas al instante comprendió su error y añadió:

—¡Antas!

—Sí, un anta con su cría.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Roderick.

—¡Mira! ¡Obsérvalo ahora! —exclamó Wabi, cogiendo a su amigo por el brazo—. La madre va delante y no avanza al trote ni al galope, sino con su andar característico, esto es, levantando primero las patas de un lado, y después las del otro. En cuanto a la cría, observa que no cesa de dar saltos, cosa que si tuviera más años no haría.

—Pero ambos animales parecen tener el mismo tamaño —replicó Roderick, dudando aún.

—Es que la cría tiene dos años y medio, y a esa edad son ya casi tan grandes como la madre. En realidad, no se le puede llamar cría, pero este nombre se le

acostumbra a dar aquí hasta que se separa de la madre, cosa que no puede hacer hasta que tenga tres años o más.

—¡Vienen hacía aquí! —murmuró el joven blanco.

El anta se había vuelto y se dirigía hacia la falda de las montañas, sobre cuya meseta se hallaban los dos jóvenes. Wabi obligó a su compañero a esconderse con él detrás de una roca, desde donde podrían ver sin ser vistos.

—¡Quieto! —dijo Wabi—. Vienen hacia aquí para comerse los brotes de los alarnos que hay en la falda de la montaña. Regresan del riachuelo, donde han bebido. Es posible que ambos tengamos ocasión de divertirnos un poco.

Humedeciéndose un dedo con saliva y levantó la mano a mayor altura que su cabeza, método infalible que usa el buscador de sendas para saber en qué dirección sopla el viento. Aunque el embate del aire sea muy leve, se seca en seguida una parte del dedo, mientras la otra permanece húmeda y fría. La parte seca indica la dirección en que sopla el viento.

—No nos favorece el viento en nada —dijo Wabi—, porque va hacia la parte de donde el anta viene. A no ser que estemos a tanta altura que nuestro olor pase por encima de ella, no se acercará más.

Pasó un minuto y Roderick tocó a Wabi con el codo.

—Ahora están al alcance de nuestros fusiles.

—Sí, pero no disparemos. No nos hace falta carne.

El anta se detuvo tan repentinamente, que el joven mostró su contento con un gruñido.

—Muy bien —murmuró, al verla—. Desde un cuarto de milla de distancia nos ha olfateado. Fíjate cómo yergue la cabeza, cómo adelanta las orejas para oír mejor y cómo husmea levantando la nariz. Sabe que hay peligro en esta montaña. Ahora...

No terminó. Como un relámpago, el anta se había adelantado a su cría y parecía querer obligarla a ir hacia atrás. Inmediatamente las dos emprendieron veloz carrera hacia el Norte. La madre iba a retaguardia esta vez.

—Tengo cariño a las antas —dijo Wabi, con los ojos brillantes—. Habrás observado que nunca las mato, Roderick.

—¡Pues es verdad! No me había dado cuenta. ¿Qué razones tienes para ello?

—Tengo muchas y muy buenas razones. Naturalmente, he matado alguna cuando he tenido mucha necesidad de carne; no obstante, siempre me ha sido desagradable el hacerlo. Tú llamas al león el rey de los animales. Pues bien, no lo es. A quien corresponde el título es al anta. Ya has visto cómo obró. Cuando venía hacia aquí iba delante para ser la primera en correr cualquier riesgo que surgiera de improviso, y tan pronto ha advertido nuestra presencia se ha colocado detrás, para resguardar a su cría durante la fuga. ¿No es un instinto humano de esas hembras cuando son madres? ¡Habrías de ver al macho! Durante la época del aparejamiento afrontaría a doce hombres para defender a su compañera. Si ella cae primero, él se coloca entre el cuerpo herido y los fusiles de los cazadores, con los ojos relampagueantes de furor, y

así permanece hasta caer materialmente acribillado a balazos. Una vez vi herir a una hembra, y cuando, tambaleándose, emprendió la fuga, el enorme macho se pegó al flanco expuesto a los tiros, resguardándola y recibiendo los balazos en su cuerpo. Tan grande era su valor, que no se hubiera dicho que estaba herido, hasta que se le vio caer materialmente acribillado. Fue aquél un espectáculo que me hizo jurar no volver a disparar contra las antas... a no ser por necesidad.

Roderick guardó silencio. Cuando se volvió hacia Wabi, el anta y la cría habían desaparecido.

—Me complace que me hayas dado estas explicaciones, Wabi —dijo—. Todos los días aprendo, gracias a ti, cosas nuevas respecto a estas grandes selvas. Maté una vez un anta, pero no volveré a hacerlo si no necesitamos su carne.

Juntos regresaron al campamento, y cuando llegó Mukoki con el resto de la carga, todo se hallaba preparado para pasar la noche allí. Y pronto lo estuvo también la cena, consistente en exquisitos bistecs de carne de oso, café y “bizcochos de piedra caliente”, que así solía Roderick llamar a un cocimiento de harina, agua y sal mezcladas. Después de la cena, los tres amigos estuvieron durante largo rato sentados cerca del fuego, cuyo calor buscaban porque el aire de la noche era frío, y hablaron casi únicamente de *Wolf* y de sus aventuras.

Roderick, quien en su lejana ciudad natal del mundo civilizado había leído muchas cosas erróneas acerca de los animales salvajes, mostraba cierta confianza en que *Wolf* descubriría que ellos habían vuelto a los parajes selváticos y se les reuniría de nuevo. Para corroborar esta creencia contó varios sucesos similares. Wabi escuchó cortesmente, cosa peculiar en el indio. Luego dijo:

—Esas narraciones, amigo Roderick, son falsas. Cuando iba contigo al colegio, leí docenas de cuentos acerca de animales salvajes, y todos se alejaban mucho de la verdad. Muchos son los que escriben sobre las grandes selvas, pero entre cada cien, apenas hay uno que las haya visitado. ¡Es maravilloso lo que algunos cuentan de los animales salvajes!

Roderick se incorporó.

—Sólo hace unas semanas que estoy aquí, y en este tiempo ya se me han revelado acerca de los animales más maravillas que las que cuentan los libros.

—Naturalmente —convino su compañero—, y eso es precisamente lo que quiero hacer constar. Los animales salvajes son los seres más maravillosos que existen. Algunas de sus costumbres y sus aventuras harían reír a las gentes de las regiones civilizadas. El error de los escritores de tu raza consiste en relacionar los animales salvajes con las personas y en pintárnoslos casi como seres humanos. *Wolf* permaneció a nuestro lado porque no conocía la libertad. Lo cogimos cuando era cachorro. Mas fue creciendo, y tanto Mukoki como yo observamos que de vez en vez manifestaba vivos deseos de reunirse con los de su raza. Sabíamos que había de llegar el momento de la separación. No, *Wolf* no volverá nunca a nosotros.

Mukoki emitió un sonido gutural, dulce y hondo, y Roderick se volvió hacia él.

—¿Tú también lo crees así, Mukoki?

—¡*Wolf* no volver!

—Pero los animales piensan, ¿verdad? —insistió Roderick, para quien aquella conversación tenía mucho interés—. Dicen que piensan y que tienen mucha memoria.

—Sí, todo eso y más aún es verdad —contestó Wabi—. He leído varios libros de Historia Natural en los que se ridiculiza la idea de que los animales salvajes poseen facultades mentales y en los que se atribuyen casi todas sus acciones al instinto. Eso es tan falso como lo son los cuentos en los que se dice que los animales salvajes poseen cualidades casi humanas. Los animales piensan, en efecto. ¿No crees tú que es imposible que no piense esa anta que hace poco se ha detenido en el llano? ¿No te parece que es preciso que esa anta haya reflexionado acerca de su situación preguntándose dónde estaría el peligro y en qué dirección sería conveniente huir? Y además de cierto raciocinio, los animales tienen un sexto sentido que... ¿cómo lo llamas tú?

—¿El de la orientación? —dijo Roderick.

—Eso es: el sentido de la orientación. Un oso por ejemplo, no lleva ninguna brújula consigo, como parece que quieren dar a entender ciertos escritores, y, sin embargo, iría tan derechamente como pudiera hacerlo volando un pájaro, desde esta montaña hasta una madriguera suya que estuviese a cien millas de distancia.

—Entonces, *Wolf*... —murmuró Roderick.

—Está con sus hermanos de raza —afirmó Wabi, acabando la frase de su amigo.

Mukoki dijo entonces, con voz dulce y como si hablara para sí:

—Invierno pasado venir nieve y ahora venir agua. Dos lunas antes, *Wolf* ser manso; ahora ser salvaje. El Gran Espíritu decir así estar bien. Yo creer también eso.

—Quiere decir que todo ello obedece a una ley natural —dijo Wabi.

Después que sus compañeros se hubieron acostado y cubierto con sus mantas, Roderick permaneció aún una hora sentado junto al fuego, escuchando y reflexionando. Luego se dirigió al borde de la meseta y observó el efecto que producía el resplandor de la aurora boreal en la vasta llanura selvática, sobre la cual se tendía la quietud de la noche. ¡Cuán maravillosas eran aquellas soledades! ¡Qué poco sabía de ellas el mundo civilizado!

En aquel momento en que Roderick Drew se hallaba observando la vacilante aurora boreal, cuya luz jugueteaba en una región lejana, no hollada aún por el hombre, tuvo el pensamiento de que allí se debía de estar más cerca de Dios que en ninguna otra parte del mundo. Por primera vez se llenó su alma de algo que era casi amor hacia el Gran Espíritu del hombre rojo. ¿Y por qué no? ¿No podía ser el Gran Espíritu semejante al Dios único y verdadero?

Triste, solitario y silencioso, lleno de misterio, mostrábase a él aquel gran mundo, que para el indio era como la Biblia, pues contenía para el piel roja del Norte las enseñanzas y la voz del Creador de todas las cosas.

Habíase levantado un viento que susurraba sobre la llanura. Roderick oyó las

secretas voces de las trémulas ramas de los álamos, y desde lejanas profundidades llegaba el suave ulular gutural del búho que llamaba a su pareja. Fueron cerrándose gradualmente los ojos del joven, e, inclinándose cada vez más sobre la roca en que se hallaba sentado, quedó por fin dormido. Soñó en las cosas que había estado observando poco antes, mientras el fuego de la hoguera iba apagándose lentamente y Mukoki y Wabi dormían.

Roderick no pudo decir cuánto tiempo había estado durmiendo. Se despertó sobresaltado. Había oído muy cerca un grito horrible. Se incorporó rápidamente, temblando. Él también quiso gritar, pero sintió la lengua adherida al paladar. ¿Qué había pasado? ¿Fue Mukoki o Wabi quien había dado aquel grito?

A unos doce pasos había una gran roca, y Roderick advirtió que algo se movía encima de ella. Era un objeto de forma larga que brillaba a la luz de la luna con destellos plateados. El joven se convenció de que se trataba de un lince y cogió el fusil, que se le había caído entre las rodillas. En aquel preciso instante el animal profirió otro de sus terribles lamentos y Roderick se estremeció nuevamente, pues creyó haber oído la queja postrera de un ser agonizante. Apuntó. Hubo una llamarada, una fuerte detonación y, finalmente, otro grito, que surgió del campamento. Roderick se levantó rápidamente y se arrepintió de haber disparado. Se le ocurrió pensar entonces que podía haberse dedicado a observar al lince, uno de los piratas nocturnos de aquellos parajes selváticos, cuya piel, en aquella época, no tenía valor. Cautelosamente se dirigió a la roca, pero no halló el cuerpo del lince. Dio una vuelta en torno del peñasco con el fusil apercebido. Nada. ¡Roderick había errado el tiro!

En el lado opuesto halló a Mukoki y Wabi.

—Otro Woonga —dijo, riendo entre dientes, el viejo buscador de sendas, al recordar la otra aventura de Roderick en la misma meseta—. ¿Muerto?

—¡Erré el tiro! —dijo Roderick secamente, y añadió después—: ¡Qué grito tan espantoso!

Aquella vez se acostó al mismo tiempo que sus amigos y durmió hasta la hora del alba. La mañana se presentaba cálida y fragante, encantos propios de la naciente primavera, y la belleza de la Naturaleza obró como tónico sobre los tres aventureros. Los temores que abrigaron el día anterior habían desaparecido y, cantando y silbando alegremente, empezaron a descender de la montaña. Mukoki iba delante, cargado con las provisiones, y aún no habían recorrido los dos jóvenes las seis millas que debían caminar a través del llano, cuando ya volvía el viejo para recoger el resto de la carga.

Al mediodía, tanto la canoa como su contenido hallábanse ya en el riachuelo, y los buscadores de oro hicieron alto en aquel punto hasta después de comer. El arroyo por encima del cual saltó Roderick pocas semanas antes sin mojarse los pies, había crecido hasta ofrecer aspecto de río, y en diversos sitios la inundación había llegado a formar algunos lagos. Al contrario que el río Ombabika, que bajaba impetuoso de las montañas, en aquel riachuelo la corriente era débil, hecho que gustó sobremanera a Mukoki y a sus compañeros.

—Casi llegar esta noche a cabaña —dijo el viejo indio. —Yo tomar cargo esta noche.

Durante las dos horas que estuvieron remando río arriba, Mukoki habló muy poco, y cuando se aproximaron al sitio en el que el invierno anterior acaeciera la emocionante lucha con los Woongas, lucha en la que por poco pierden la vida los tres, cesó hasta de mezclarse con su habitual gruñido o movimiento de cabeza a la conversación de sus compañeros. Hubo un momento en que Wabi volvió a hablar de *Wolf*, y el viejo indio, que estaba en la proa de la embarcación, se volvió y tuvo el remo en alto durante breves instantes; Wabi, que estaba en la popa, se inclinó y dio a Roderick con el codo; su amigo comprendió. Sabía que, fuera de Minetaki y de Wabi, y tal vez de él, el astuto buscador de sendas amaba a *Wolf* sobre todas las cosas. También sabía Roderick que en aquel momento volvía a exacerbarse a Mukoki aquella extraña locura que solía acometerle cuando de vez en vez recordaba la terrible tragedia de que fuera víctima muchos años antes. Al llegar al final de su viaje por el río, Mukoki cogió la carga en silencio y echó a andar a través del llano. No dijo ni una palabra, no hizo gesto alguno.

—Sería inútil —dijo Wabi, cuando Roderick se dispuso a seguir y detener a su camarada.

—Nadie lograría hacerle volver ahora. Quiere llegar esta noche al antiguo campamento donde desapareció *Wolf*. No volverá hasta mañana.

Y Mukoki continuó caminando y no volvió la cabeza ni una sola vez, hasta que sus camaradas le perdieron de vista. Entonces, su actitud cambió repentina y extrañamente. Se puso sobre el pecho la correa del fardo que sostenía antes con la cabeza, a fin de poder mover ésta con libertad. Sus ojos brillaban con el fuego apagado de la agitación próxima a sobrevenir; sus pasos eran rápidos pero cautelosos; a cada uno de sus movimientos iba unida una actitud de expectación. Quien le hubiese visto caminar, hubiese asegurado que el indio andaba de caza o que se apercibía contra algún peligro. No obstante, el seguro de su fusil estaba echado; la pista reciente de un oso no despertó su interés, y cuando oyó un ruido en los matorrales, a su derecha, donde un ciervo huía por haber olfateado al hombre, sólo echó una mirada indiferente en aquella dirección. Ni iba de caza, ni esperaba que pudiera surgir peligro alguno. En cambio, cuando pisaba tierra blanda y húmeda, caminaba lentamente, examinando el suelo. En una de tales ocasiones, se detuvo de pronto. Había percibido claramente las huellas de un lobo.

Con un grito ahogado echó Mukoki su carga al suelo y se dejó caer de rodillas. Sus ojos despidieron destellos de fiera. Había algo de locura en él cuando se arrastró por la blanda tierra, deslizándose de una huella a la otra y deteniéndose sobre ellas con la esperanza de que pudieran corresponder a las patas de *Wolf*, pues a una de éstas había arrancado dos dedos la trampa en que el animal cayera, y en las impresiones que el indio examinaba no se advertía semejante particularidad. El desengaño ensombreció la expresión de esperanza que contrajera sus facciones y el

viejo buscador de sendas volvía a ponerse en pie.

Cinco veces más cayó Mukoki aquella tarde de rodillas para examinar las huellas de los lobos, y otras tantas volvió a extinguirse la luz de la esperanza que brillaba en sus pupilas.

Era ya la hora de la puesta del sol cuando el indio remontó la vertiente del monte para llegar al pequeño lago que se hallaba oculto en una hondonada, y al tirar su carga al suelo, junto a los restos carbonizados de la vieja cabaña, sólo un último y pálido destello de luz teñía el horizonte. Mukoki permaneció durante largos minutos con la mirada fija en aquellos ennegrecidos objetos, recuerdos de sus emocionantes luchas del invierno anterior. Ardía nuevamente su sangre bravía al pensar en la contienda, al recordar la carrera desesperada que él y Roderick emprendieran por la montaña para llegar a la cabaña inmediata y al evocar cómo habían salvado a Wabi de las manos de sus raptos.

De pronto, sus ojos se fijaron en el blanco resplandor de algo que se hallaba a unos cien pasos de distancia. Mukoki se levantó y se encaminó hacia ello, gruñendo y riendo entre dientes con placer semisalvaje. Los Woongas no habían vuelto para enterrar a sus muertos, y los huesos junto a los cuales se detuvo eran los de aquel bandido a quien Wabi matara. Las aves de los bosques los habían descarnado con su pico.

Mukoki volvió hacia el sitio donde había echado el fardo y se sentó. La obscuridad iba invadiendo el ambiente, mas no encendió fuego. Llevaba consigo provisiones, pero no comió. Las sombras de los bosques se iban haciendo cada vez más densas, la obscuridad aumentaba sobre las montañas. El indio permanecía sentado y escuchando en silencio. Poco a poco, débil y tímidamente primero, llegaron a sus oídos diversos ruidos de la vida nocturna: el rumor de las aves que despiertan cuando la tierra se envuelve en las tinieblas de la noche; el ulular de la lechuza; el débil eco del lejano grito de algún lince; la zambullida de un visón en el lago. Comenzó el viento a susurrar en los bálsamos, entonando dulcemente su antigua canción de soledad, desolación y misterio, y, al oírlo, Mukoki se incorporó y miró hacia el lugar donde se levantaba por encima de la montaña el rojo resplandor de la luna.

Poco después se puso en pie, cogió el rifle y escaló la cima del cerro, desde donde podía contemplar las selvas solitarias que, ocupando miles de millas, llegan hasta el mar Ártico. ¡Y en algún punto de aquellas selvas inmensas se hallaba *Wolf*!

Ascendió la luna en el firmamento e iluminó al viejo indio, el cual, con la rigidez de la roca, estaba en pie y apoyado contra un blanco tronco, descortezado, seco desde mucho tiempo atrás.

De pronto oyó un ruido y volvió el rostro hacia el sitio de donde provenía. Era éste un montón de piedras, y pareció que el ruido había sido causado por el choque de una de ellas con otra mayor. Al mirar en aquella dirección oyó la detonación de un disparo. Mukoki se dejó caer en el suelo, y, al hacerlo, rompió el silencio un grito tan

terrible, tan inhumano, tan escalofriante, que los labios del indio respondieron con otro de horror. Permaneció inmóvil, como muerto. Había sido el instinto, más que la razón, el que le moviera a desplomarse al oír el disparo misterioso. Cautelosamente fue llevándose al hombro la culata del rifle, pero no advirtió movimiento alguno en las rocas.

Volvió a oírse el extraño lamento en la ladera de la montaña, y Mukoki se dio cuenta de que no podía provenir de ninguna de las fieras que poblaban aquellos parajes, sino de un ser humano.

Se agachó, temblando, embargado de un indecible pavor que le helaba la sangre en las venas. Y una y otra vez resonó el grito, cada vez más lejano, ora en la llanura, ora en el precipicio, ya sobre las cimas de las montañas... Todos los seres de la noche enmudecieron, y arrancando del pecho de Mukoki brotaron desgarrados sollozos.

El viejo guerrero no se atrevió a mover un músculo hasta que, muy lejos, a muchas millas de distancia, se apagó el último eco del misterioso grito y no se oyó más ruido que el susurro del viento sobre las crestas de la montaña.

Capítulo XI

El grito misterioso

Si Mukoki hubiese sido un hombre blanco, hubiera analizado el significado de aquella voz extraña. Pero su mundo era el de la Naturaleza, y en él, hasta aquella noche, no había visto ser humano ni animal alguno que fuese capaz de producir tan aterrador sonido. De aquí que permaneciera acurrucado durante una hora en el sitio en que se dejara caer, temblando, poseído de un pavor indecible y buscando inútilmente una explicación a lo ocurrido. Lentamente recobró el valor. Había tenido durante muchos años trato con los blancos en la factoría y el raciocinio comenzaba a imponerse a las supersticiones de su raza.

Reflexionó. Habían disparado sobre él. Él había oído el silbido del proyectil, que le pasó por encima de la cabeza. Había oído el balazo en el árbol en que se apoyaba. Detrás de aquellas rocas, que contemplaba como fascinado, había estado escondido un hombre. Pero ¡qué especie de hombre! El indio recordó los antiguos gritos de guerra de su tribu y los de sus enemigos, mas ninguno se parecía a los que siguieron al disparo. Creyó oírlos aún, resonaban todavía en sus oídos, haciéndole temblar de miedo. Y cuando más trató de razonar, más creció en él el indecible pavor que le embargaba, hasta que por fin el indio se deslizó furtivamente montaña abajo, pasó la hondonada y salió otra vez a la llanura. Y, acosado siempre por el terror de lo desconocido, volvió a recorrer velozmente la senda que había emprendido aquel día y no se detuvo ni una vez siquiera, hasta que llegó al campamento de Roderick y Wabi.

Por lo general, los indios suelen ocultar sus temores; los disimulan, como el blanco sus pecados. Mas, era tan extraordinaria la aventura, que Mukoki la contó a sus compañeros, siempre agitado por un profundo terror. Roderick y Wabi escuchaban con muda sorpresa.

—¿Sería acaso algún Woonga? —preguntó de pronto Wabi.

—No ser Woonga —respondió el viejo guerrero rápidamente, moviendo la cabeza—. Un Woonga no dar ese grito.

Y después se retiró del fuego, se envolvió en una manta y se acostó en el refugio que Roderick y Wabi habían construido. Los dos jóvenes se miraron en silencio.

—La aventura debe de haber sido realmente extraordinaria —dijo Wabi por fin—,

porque nunca he visto un Mukoki en tal estado. Es fácil adivinar la procedencia del tiro. Es posible que haya en estas regiones algún Woonga; uno de ellos vio a Mukoki y disparó sobre él. Pero ¡el grito! ¿A ti qué te parece?

—¿No es posible —dijo Roderick en voz baja y muy cerca del oído de su amigo — que Mukoki haya fantaseado?

Ante la mirada de desaprobación de Wabi, el joven se detuvo un momento y continuó:

—No quiero decir que lo haya hecho adrede. Lo que yo me figuro que ha sucedido es lo siguiente: Mukoki estaba en la cima de la montaña. De pronto le deslumbra un fogonazo, oye la detonación de un disparo de rifle y el silbido de una bala que pasa a ras de su cabeza. Al mismo tiempo, o poco después... bien; acuérdate del aullido del lince.

—De modo que tú crees que puede haber sido un lince el que, asustado por la detonación, lanzó un aullido en la llanura, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues yo digo que no. Un lince, al oír la detonación, hubiese permanecido completamente inmóvil.

—Sin embargo, hay excepciones —insistió el joven blanco.

—Esa hipótesis es inadmisible —afirmó Wabi—. No ha sido un animal el que profirió el alarido. Mukoki es valiente como un león, y el aullido de un lince le habría llenado de gozo en lugar de causarle miedo. En cambio, el que oyó le heló la sangre en las venas, convirtiéndole en un ser cobarde. Mukoki corrió, ¡fíjate!, corrió hasta reunirse nuevamente con nosotros. ¿Cuándo ha obrado Mukoki así? Yo te digo que esos gritos...

—¿Qué?

—... deben de haber sido muy extraños —terminó de decir Wabi poniéndose en pie—. Tal vez mañana descubramos algo. Sin embargo, en vista del hecho, creo que es conveniente montar esta noche la guardia. Yo me acostaré ahora, y más tarde puedes despertarme para que te substituya.

Las palabras de Wabi y su extraña actitud inquietaron a Roderick a pesar de los argumentos que él mismo expusiera antes, y tan pronto como se halló solo junto al fuego empezó a sentir una desagradable aprensión. Durante un buen rato permaneció absolutamente inmóvil, escudriñando. Por fin abandonó el círculo luminoso de la hoguera y se escondió en las profundas sombras de las matas. Desde allí le era posible observar el campamento y no se hallaba expuesto a una agresión.

Avanzaba la noche con tediosa lentitud y Roderick se alegró cuando, un poco después de medianoche, salió Wabi para relevarle. Al llegar la hora del alba, Wabi despertó a Roderick.

Mukoki ya se había levantado y estaba empaquetando el resto de las provisiones.

Al parecer había recobrado la sangre fría, mas tanto Roderick como Wabi comprendieron que aún le embargaban los temores que le inspirara el suceso de la

noche anterior. Aquella mañana no se adelantó con su carga, sino que marchó al lado de ellos y cada vez que éstos dejaban la canoa en el suelo para descansar, se detenía también él. Sus ojos, además, no dejaron por un momento de escudriñar el llano y las colinas lindantes. Una vez, cuando Mukoki se subió a una roca para otear, Wabi dijo en voz baja:

—Es extraño, Roderick, muy extraño.

Una hora más tarde, el viejo guerrero hizo alto y tiró su carga al suelo. Se habían aproximado a cosa de un cuarto de milla de la hondonada.

—Dejar canoa aquí —dijo Mukoki—. Ir rastreando hasta el campamento. Posible ver algo.

Esta vez iba delante y los dos jóvenes le siguieron muy de cerca. El seguro del rifle del viejo indio estaba abierto, e, imitando su ejemplo, Roderick y Wabi llevaban también sus fusiles preparados para disparar. Al acercarse a la cima donde Mukoki fue atacado, la emoción embargó a los muchachos. La actitud de Mukoki no sólo les sorprendió, sino que además les aceleró el fluir de la sangre en las venas. Muchas veces había visto Wabi a su fiel camarada en instantes de mortal peligro, pero jamás, ni aun cuando los Woongas les persiguieran de cerca, había observado que diera tanta importancia a la situación como en aquel caso.

A cada paso, Mukoki se detenía, permaneciendo alerta. Tan suave pisaba, que bajo sus pies no se rompía ni la más pequeña rama. El vuelo del pájaro más insignificante, el movimiento de una mata, la huida de un conejo, bastaban para que se detuviera, rígido, el cuerpo, apercebido el rifle. Y Roderick y Wabi se contagiaron pronto del mismo pánico que parecía dominar a su compañero. ¿Qué terrible temor era el que embargaba el alma de Mukoki? ¿Acaso había visto algo y no quiso hablarles de ello?

Avanzando así, paso a paso, llegaron por fin a la cima del monte. Ya allí, Mukoki se irguió. No advertía vestigio de vida humana por ninguna parte. Abajo, en la hondonada, brillaba la superficie del pequeño lago bajo el sol del mediodía. Los tres vieron desde la cima las ruinas de la cabaña destruida por el fuego, cabaña en la que pasaron la época de caza, y vieron también cerca de ella el fardo que Mukoki dejara allí la noche anterior. Nadie lo había tocado. Las facciones de Wabi perdieron su rigidez. Roderick, muy aliviado, rió quedamente. ¿Qué había allí que fuera de temer? Echó una mirada interrogante a Mukoki.

—Allí las rocas, allí el árbol —dijo el viejo guerrero contestando a la mirada de Roderick—. Los gritos llegar allí. —Y señaló la llanura.

Wabi se había acercado al árbol.

—Mira, Roderick —exclamó—. ¡Por vida de...! ¡El tiro fue bastante certero!

Y cuando los otros se acercaron, señaló un pequeño agujero de reciente factura en la suave y blanca superficie del árbol.

—Mira, Mukoki; ponte aquí, junto al árbol, como estuviste anoche. ¡Caramba! Sí que apuntó bien el hombre que disparó. ¡Sólo por dos pulgadas no te dio en la

cabeza! No es extraño que confundieras el aullido del lince con otra cosa.

—No ser lince —dijo Mukoki, y se obscurecieron las facciones de su rostro.

—¡Avergüénzate, Mukoki! —exclamó riendo Wabi—. No te enfades, amigo. No diré nada más si tanto te afecta...

Roderick, entre tanto, había sacado su cuchillo de caza e introducía la punta de él en el agujero hecho por la bala.

—Estoy tocando la bala —dijo—; no entró más que una pulgada.

—Pues es curioso —exclamó Wabi acercándose—. Lo lógico sería que medio atravesara el árbol, ¿verdad, Mukoki? No creo que hubiese hecho así daño...

Se detuvo. Roderick se había vuelto a la vez que lanzaba un grito de sorpresa. Mostraba su cuchillo señalando su punta con el índice de la otra mano. Wabi y Mukoki miraron fijamente. Por espacio de unos treinta segundos, los tres estuvieron contemplando el cuchillo con muda sorpresa. Adherida a la punta del arma había una partícula de metal amarillo, que relucía al sol cuando Roderick movía el cuchillo.

—¡Otra... bala... de oro!

Las palabras cayeron lentamente de los labios de Wabi, y tan pronto las pronunció, que apenas pasaron de ser un murmullo. Mukoki pareció haber cesado de respirar. La mirada de Roderick se cruzó con la del viejo guerrero.

—¿Qué significa esto?

Wabi sacó a su vez su navaja y empezó a ahondar en el agujero. Pronto la bala de oro quedó al descubierto.

—¿Qué significa esto? —volvió a preguntar el joven blanco.

Y ahora también dirigió la pregunta a Mukoki.

—El hombre que disparó sobre el oso no estar muerto —respondió éste—. El mismo fusil, el mismo oro, el mismo...

—¿Qué?

En los ojos de Mukoki brilló por un momento una luz extraña, y, sin terminar la frase empezada, se volvió y señaló el llano estrecho que se extendía entre ellos y el misterioso precipicio que había que recorrer en busca del tesoro.

—¡Los gritos acabar allí! —dijo brevemente.

—¡En el precipicio! —exclamó Wabi.

—¡En el precipicio! —repitió Roderick.

Y movidos por el mismo pensamiento, los tres aventureros se dirigieron hacia las rocas desde las cuales había sido disparado el tiro. Esperaban descubrir allí alguna señal, allí o más abajo, en el llano donde el deshielo había reblandecido la tierra. Mukoki iba delante, y paso a paso examinaron el sitio donde el misterioso tirador debió de estar escondido cuando envió la bala de oro a tan poca distancia de la cabeza del indio.

Mas no quedaba ninguna señal de su presencia. Yendo de frente, los tres comenzaron a bajar del monte. Apenas habían recorrido la tercera parte de la distancia que les separaba del llano, Wabi, que iba rastreando en el centro, dio a

entender con un grito que había descubierto algo. Mukoki ya había acudido a su lado cuando lo hizo Roderick y vio que los dos examinaban en silencio algo que pendía de un arbusto.

—¡Pelos de lince! —exclamó Roderick—. ¡Por aquí ha pasado un lince!

No pudo reprimir un gesto de triunfo. Había acertado en sus conjeturas de la noche anterior. ¡El grito que tanto atemorizaba a Mukoki fue el de un lince!

—Sí, por aquí ha pasado un lince, un lince que mide cuatro pies de altura —dijo Wabi tranquilamente, y el ligero tono de ironía que había en su voz demostró a Roderick que aún le quedaban a él muchas cosas que aprender de la vida de aquellas regiones—. Los linces, Roderick, no tienen ese tamaño.

—Entonces... —y Roderick no se atrevió a continuar.

—Un abrigo de piel de lince y nada más. Quien disparó anoche sobre Mukoki iba vestido de pieles. Y ahora, ¿puedes decirnos tú lo que significa esto?

Y sin esperar la contestación, Wabi continuó la busca. Sin embargo, en la vertiente del monte no hallaron más señales y en el llano no vieron la huella de ningún pie. Si el misterioso personaje que disparaba balas de oro hubiese huido volando, no hubiera dejado menos huellas de las que dejó. Al cabo de una hora, Roderick y sus compañeros regresaron al sitio donde abandonaron la canoa, llevaron ésta y el resto de las provisiones a la hondonada donde se hallaban las otras y prepararon la comida. La suspensión de ánimos y los temores, especialmente el pavor de Mukoki, se habían desvanecido en gran parte. Pero al mismo tiempo estaban más perplejos que nunca. Todos convinieron en que les amenazaba un peligro, mas la luz del sol y un poco de sano raciocinio habían disipado sus temores algo supersticiosos de la noche anterior y los tres comenzaron a hacer frente a la nueva situación con el valor que les era peculiar.

—No podemos permitir que todo eso retrase nuestra marcha —dijo Wabi durante la comida—. Debiéramos estar esta noche en nuestro antiguo campamento del precipicio, donde hicimos frente a los Woongas el invierno pasado. Cuanto más pronto nos apartemos de estas balas de oro, tanto mejor para nosotros.

Mukoki se encogió de hombros.

—Balas de oro seguirnos, creo —dijo gruñendo—. Gritos acabar allí... en el precipicio.

—No creo que ese hombre, sea quien fuere, vaya a seguirnos —afirmó Wabi, a la vez que echó una mirada significativa a Roderick.

Y en la primera ocasión murmuró al oído de su amigo:

—Es preciso lograr que Mukoki olvide aquel grito, Roderick, o de lo contrario jamás descubriremos el oro.

Y cuando Mukoki se alejó para arreglar su fardo, Wabi habló seriamente con su compañero.

—Mukoki no tiene miedo de las balas, sean de plomo o de oro; no teme a ningún peligro terrenal. Aquel grito, sin embargo, le aterra. Hace todo lo posible para que no

nos enteremos, pero a pesar de ello, no piensa en otra cosa. ¿Sabes tú lo que piensa? ¿No? Pues bien, yo lo sé. Como todos los de su raza, es supersticioso y las balas de oro, los gritos terribles y el hecho de no haber huella alguna en el llano, le lleva a la conclusión de que la cosa extraña que disparó sobre él es...

Wabi hizo una pausa y se enjugó el rostro. Roderick echó de ver que su amigo hacía esfuerzos para dominar una extraña emoción.

—¿Qué se figura él que es?

—No estoy aún muy seguro —continuó el joven indio. —Pero escucha. Según una leyenda que corre por la tribu de Mukoki, desde hace muchísimo tiempo, una vez, en cada tres o cuatro generaciones, el Gran Espíritu les envía un terrible guerrero y éste exige de ellos el sacrificio de una vida humana a causa de un gran mal que la tribu cometió una vez, Y este guerrero, aunque invisible, es tan pavoroso que hace temblar y resquebrajarse a las montañas y detener su curso a los ríos. Lleva siempre consigo un gran arco y dispara... ¡flechas de oro! ¿Entiendes ahora? Anoche oí como Mukoki hablaba de eso en sueños. Es preciso, pues, que volvamos a oír el grito para poder averiguar de qué se trata o que nos marchemos a toda prisa a un lugar donde no volvamos a oírlo. Si no estamos alerta, las balas de oro, los extraños gritos y las supersticiones de Mukoki van a causarnos más daños que los propios Woongas.

—¡Pero si todo es tan claro como la luz del día! —exclamó Roderick, asombrado de lo que acababa de oír—. El hombre que disparó primero sobre el oso y después sobre Mukoki, ambas veces empleó balas de oro. Seguramente...

—No se trata del hombre —le interrumpió Wabi—. Se trata del grito. Mira, Mukoki ya está listo con su carga. ¡Vamos inmediatamente hacia el precipicio!

Aquella vez la carga de los dos jóvenes fue más pesada, porque en la canoa habían colocado uno de los dos fardos de Mukoki, y por lo tanto, el avance hacia el barranco fue mucho más lento que la marcha por el llano. Ya era muy tarde cuando llegaron a la grieta por la que se podía llegar al precipicio, y cuando descendieron con mucho cuidado, Roderick recordó la emocionante persecución de que fueron objeto por parte de los Woongas y cómo pocas semanas antes habían descubierto aquella grieta con el tiempo justo para que pudieran salvarse.

Los tres aventureros iban penetrando con un sentimiento casi de terror en la silenciosa semiobscuridad de aquel barranco, lleno de misterio, y cuando llegaron al fondo dejaron la carga en el suelo, sin hablar, fijos los ojos en las negras paredes roqueñas, y el pulso acelerado por la emoción que les embargaba.

Porque con aquella grieta por la que acababan de descender empezaba la senda trazada por hombres que habían muerto hacía largo tiempo, la senda que les llevaría hacia un tesoro de oro.

Y mientras descansaban en silencio, iba aumentando la obscuridad en el precipicio. El sol ya había traspuesto los bosques del Sudoeste y por la angosta garganta de la montaña no penetraba más que la luz que se disolvía en las sombras del crepúsculo vespertino al descender débilmente a las profundidades cavernosas.

Durante algunos minutos, aquella rápida metamorfosis del día en noche sobrecogió con su hechizo a los tres aventureros. ¿Qué encerraba para ellos aquella triste soledad del precipicio? ¿A dónde les llevaría la senda? Roderick se representó vivamente la escena del zorro plateado y recordó el sueño que tuvo después de haber explorado algunas millas de aquel mundo extraño y misterioso, limitado por altas paredes de roca entre las que no penetraba el sol. En su imaginación se reprodujo la escena de los esqueletos danzadores. Oyó el entrecocar de sus huesos y presencié la lucha otra vez vista durante un sueño gracias al cual pudo hallar el plano grabado en la corteza de abedul. Y Wabi, brillantes los ojos, pensó en la huida ante los salvajes bandidos, y Mukoki...

Roderick se había vuelto un poco para mirar al viejo guerrero. Éste se hallaba sentado a pocos pasos de él con pétrea inmovilidad. Erguida la cabeza, rígidos los brazos, los ojos animados por extraña luz, Mukoki miraba de frente y con fijeza hacia la lóbreguez que llenaba el precipicio. Roderick se estremeció. Sabía, sin necesidad de preguntarlo, que Mukoki pensaba en el inquietante grito.

Y en aquel instante retumbó entre el negro caos un sonido suave y sobrenatural, semejante en cierto modo al que produce el viento al introducirse en las copas de los pinos, un sonido que iba creciendo y aproximándose y que concluyó por transformarse en agudo grito... un grito que se reprodujo en mil ecos entre las paredes roqueñas, muriendo luego, poco a poco, en un lamento que heló la sangre de los tres aventureros que, sentados, prestaban atención.

Capítulo XII

Wabi hace un descubrimiento

Mukoki fue el que rompió el silencio que siguió al horrible grito. Emitiendo un sonido ahogado, como si una mano invisible le oprimiese la garganta, se deslizó de la roca sobre la cual había estado sentado y se arrodilló detrás de ella, apuntando hacia el fondo del barranco con su fusil, cuyo cañón brillaba con tenues resplandores. Oyóse en seguida el ruido del gatillo del arma de Wabi, el cual encorvóse hacia delante. El joven indio no era sino una sombra vaga en las tinieblas de la noche que iban espesándose por momentos. Sólo Roderick continuó sentado y sin hacer movimiento alguno. Por un instante creyó que el corazón se le paralizaba. Luego, algo semejante a un disparo iluminó su cerebro y se propagó como un incendio por sus venas. Se puso en pie y tembló ante la significación que su mente había dado de pronto a aquel grito, haciéndole temblar. Con la velocidad del rayo, su pensamiento se había trasladado a la vida de luchas, miserias y locuras del mundo civilizado y en ella halló la explicación del misterio. Había oído aquel grito muchas veces, y el recuerdo de él se había grabado hondamente en su alma.

Volvió hacia sus compañeros, tratando de hablar, mas el horror que antes invadiera a Mukoki le dominaba ahora a él atenazándole la lengua. Por fin pudo decir:

—¡Es un loco!

Wabi clavó sus dedos en el brazo de su amigo.

—¿Un qué?

—¡Un hombre loco! —repitió Roderick tratando de hablar con más sosiego—. El hombre que disparó sobre el oso y sobre Mukoki, el hombre que carga con balas de oro su fusil, está loco... Ya había oído este grito en el manicomio de Eloise, cerca de Detroit. Es...

Las palabras se helaron en sus labios. De nuevo llenó el pavoroso alarido la oquedad del barranco, más cerca esta vez, y Mukoki se asió al brazo de Roderick profiriendo una especie de sollozo que Wabi no había oído jamás en los labios del viejo guerrero. La obscuridad disimuló la expresión de terror que seguramente mostraría su rostro, pero Roderick tuvo conocimiento de este pánico por la fuerza

con. que el indio habíase afianzado a él.

—¡Loco, loco de remate! —exclamó Roderick otra vez.

Y de pronto cogió a Mukoki fieramente por los hombros y cuando vio que Wabi se echó hacia delante, aprestándose a disparar al menor movimiento que percibiera, Roderick le dio con la culata de su rifle en la espalda.

—¡No dispaes! —ordenó, y añadió dirigiéndose al indio—: Mukoki, no seas tonto. Ese hombre ha sufrido penas y hambre, ¡fíjate bien!, ha sufrido hambre hasta volverse loco, absolutamente loco. Matarle sería más que cometer un asesinato.

Y se detuvo. Mukoki se echó hacia atrás un poco, respirando hondamente.

—¿Él... pasar hambre... no comer... volverse “perro rabioso”? —preguntó con dulzura.

Wabi acudió a su lado.

—Precisamente, Mukoki, ese hombre es como un perro rabioso, como aquel perro nuestro que se tragó una espina. Los hombres blancos suelen rabiar cuando sufren hambre y sed.

—Nuestro Gran Espíritu nos dice que no debemos nunca hacerles daño —añadió Roderick—. Les ponemos en casas muy grandes, mucho más grandes que todas las casas de la factoría juntas, y les alimentamos, vestimos y cuidamos durante toda la vida. ¿Tienes miedo de un perro rabioso, Mukoki?

—Perro rabioso morder mucho... Entonces, nosotros, matarlo.

—Pero nunca hasta que no nos vemos absolutamente obligados a ello —dijo el inteligente Wabi—. ¿No salvamos a nuestro perro quitándole la espina de la garganta? Hemos de salvar también a este hombre, que no es ni más ni menos que un individuo de raza blanca como Roderick. Cree que todos los seres de la creación son enemigos suyos del mismo modo que el perro rabioso cree que todos los demás perros son enemigos de él. Así, pues, hemos de tener mucho cuidado en no darle ocasión de que dispare sobre nosotros, pero de ninguna manera debemos hacerle daño.

—Lo mejor que podemos hacer es evitar que se dé cuenta de nuestra presencia en el barranco —dijo Roderick, que no hablaba sino para mover a piedad el alma de Mukoki—. Seguramente el pobre hombre quiere ir al llano y tendrá que pasar por la grieta de la roca. Traslademos, pues, nuestras cosas un poco más allá a fin de que no las encuentre en su camino.

Cuando los dos jóvenes se dirigieron a la canoa, sus manos se rozaron. Wabi se sorprendió ante la frialdad de la de su amigo.

—Hemos convencido a Mukoki —dijo en voz baja—. No disparará. Pero...

—Es posible que tengamos que hacerlo —respondió Roderick—. Mas ésta será cuestión tuya y mía, Wabi. Hemos de proceder con cautela, y a no tratarse de un caso de vida o muerte, no debemos intentar nada contra él. Si no descubre esta noche nuestra presencia, mañana procuraremos apartarnos de su camino. Nada de hacer fuego... nada de hablar. Hemos de guardar un silencio absoluto.

Cuando hubieron escondido la canoa y los paquetes de las provisiones entre las rocas, Wabi estuvo algún tiempo hablando quedamente al oído del viejo buscador de sendas. Luego volvió otra vez al sitio donde estaba Roderick.

—Mukoki ha comprendido ya. Nunca ha visto a un loco ni ha oído hablar de él, por lo tanto, le ha sido muy difícil entrar en razón, pero al fin lo ha logrado y ahora ya sabe lo que ha de hacer.

—¡Chit!

—¿Qué es?

—Me pareció oír un ruido —dijo Roderick—. ¿Lo has oído tú también?

—No.

Escucharon los dos. Reinaba el silencio en el precipicio, interrumpido tan sólo por el lejano murmullo del agua. En aquella quietud glacial y extraña, los dos jóvenes aventureros percibieron los latidos acelerados de sus corazones. A Roderick los minutos le parecían horas. Aguzaba el oído con los nervios en tensión, sus ojos escudriñaron las tinieblas hasta sentir el dolor del esfuerzo. Esperaba oír a cada momento la repetición del grito terrible, pero esta vez más cerca, y estaba preparado para obrar como correspondiera. Mas pasaron los segundos, pasaron los minutos y ni se oyó el extraño lamento ni se percibieron los pasos del loco. ¿Acaso se habría adentrado más y más en la negrura del mundo misterioso de las selvas?

—Creo que me he equivocado —murmuró por fin con voz que sólo oyera Wabi—. ¿Vamos a sacar las mantas?

—Sí, vale más que cuidemos un poco de nuestra comodidad —respondió Wabi—. Tú te quedas aquí para escuchar mientras yo voy a desatar el fardo.

El joven se fue sin hacer ruido hacia el lugar donde se hallaba Mukoki, apoyado contra uno de los fardos, y Roderick oyó como desataban las ligaduras. Poco después volvió Wabi y los dos muchachos extendieron sus mantas junto a las rocas sobre las cuales habían estado sentados. Mas ninguno de los dos pensaba en dormir, a pesar de que se hallaban muy cansados. Sentáronse los dos muy juntos, espalda con espalda, y, cuidando de que su amigo no se diera cuenta, Roderick sacó el revólver, lo amartilló silenciosamente y lo colocó al alcance de su mano. Sabía que de los tres él era el que mejor comprendía la situación.

Mukoki se había limitado a aceptar las explicaciones y las seguridades que le dieran Roderick y Wabi. Éste sólo vio en el caso lo que en él pudiera haber de peligro físico. Mas para el joven blanco la cosa era distinta. ¿Qué puede haber en el mundo civilizado que hiele la sangre en las venas con mayor prontitud que la presencia de un ser humano que se ha vuelto loco? ¡Y aquel loco estaba en libertad! Bien pudiera ser que en aquel mismo instante estuviese escuchando la respiración de los tres a pocos pasos de distancia de ellos. En cualquier momento podía surgir de las tinieblas una terrible figura y arrojarse sobre ellos. Roderick, al contrario que Wabi, sabía que la fuerza del extraño habitante del precipicio era superior a la de ellos, que el loco podía caminar con la rapidez y seguridad de los animales en medio de las tinieblas; sabía

que podía percibir la presencia de los tres al pasar cerca de ellos durante su camino hacia el llano. Sentía Roderick ansias de oír otra vez el grito. Preguntábase qué significaría aquel silencio. ¿Acaso el loco se había ya dado cuenta de su presencia? ¿Estaría aproximándose a ellos en aquel instante, a rastras, tan silencioso como las mismas sombras que impedían verle? La imaginación del joven blanco componía tan vivamente las escenas que se avecinaban, que se sobrecogió cuando Wabi le dio un suave golpe en el costado.

—Mira. ¿No ves aquel resplandor en lo alto de la pared del precipicio?

—La luna —respondió brevemente Roderick.

—Sí. Estoy observando esa luz desde hace un rato y veo que cada vez desciende más. El reflejo de la luna va a pasar por encima de la hendidura en la montaña y entonces podremos ver todo lo que haya en ella.

—Observa cómo se extiende la luna. Tendremos claridad durante varias horas.

Iba ya a levantarse cuando se dejó caer de nuevo con una exclamación de asombro. De nuevo oyó el grito del loco, pero esta vez a mayor distancia y altura.

—¡Ha pasado ya! —exclamó Wabi—. Ha pasado por nuestro lado y no le hemos visto.

De un salto se puso de pie. Habló en voz tan alta que cien ecos de ella recorrieron las paredes del precipicio.

—¡Ha pasado por nuestro lado y no lo hemos oído!

Después se oyó la voz de Mukoki que llegó con extraño sonido desde las sombras.

—Ningún hombre hacer esto. Ningún hombre...

—¡Chitón! —mandó Roderick—. Ahora es la nuestra, muchachos. ¡Pronto! Llevémoslo todo al río. El loco está en el llano, a media milla de distancia, y podemos marcharnos de aquí antes de que vuelva. Prefiero pasar por el riesgo de tropezar en una piedra que exponerme a sus disparos de oro.

—¡Yo también! —gritó Wabi.

Y como si su vida dependiera de su actividad, hicieron rápidamente los preparativos del traslado y emprendieron la marcha. Mukoki iba delante, tambaleándose bajo el peso de su carga, mientras que los dos jóvenes le seguían con la ligera canoa a cuestas. Su experiencia les indicó el camino más corto para llegar al río y a los diez minutos hallábanse en la ribera. Sin vacilar un momento, lanzó Mukoki su fardo al suelo y se metió en el agua. La luna empezaba en aquel instante a asomar por encima de la pared del sur de la montaña y a su resplandor vieron Roderick y Wabi que la corriente del riachuelo era rapidísima y que Mukoki se había internado en él hasta que el agua le llegara a las rodillas.

—No mucho profundo —dijo el indio—. Rocas...

—Yo recorrí unas seis millas por este riachuelo y sé que su fondo es tan liso como el piso de una calle —le interrumpió Roderick.

El joven no hizo ningún esfuerzo por dominar la alegría que experimentaba al

haberse librado de la amenaza del loco.

Mukoki fue el que sujetó la canoa, una vez botada, para que sus compañeros subieran en ella, y cuando él lo hizo ocupó, como de costumbre, un puesto en la popa, que era donde sus poderosas palabras producían más efecto. Instantáneamente, la rápida corriente del arroyo dominó a la ligera embarcación y la arrastró con gran velocidad. Wabi, después de operar inútilmente con su remo, lo soltó sobre la borda.

—Tú has de hacer todo, Mukoki —dijo—, pues la corriente es demasiado rápida y es imposible dominarla desde la proa. De todas formas, lo único que lograrás es que la canoa no se doble.

La luz de la luna daba ya de lleno en el barranco y los aventureros podían distinguir claramente las cosas a una distancia de cien metros o más. Dijérase que la corriente aumentaba en intensidad, y Wabi comprobó, usando el remo como sonda, que al mismo tiempo la profundidad iba siendo mayor. Llegó un momento en que el remo no alcanzaba al fondo del río. Roderick no cesaba de mirar hacia la costa. Creyó reconocer el lugar donde había matado al zorro plateado y así lo comunicó a Wabi.

Las rocas desfilaban por su lado, con creciente velocidad. Al ascender más la luna, los aventureros distinguieron la primera ramificación del río, la cual se adentraba en el precipicio furiosamente. Estas derivaciones de la corriente principal iban multiplicándose a medida que la canoa avanzaba. Mukoki comenzó a notar la fuerza de la contracorriente y llamó a Wabi y a Roderick para que le ayudasen a mantener de frente la canoa. De pronto, Roderick dio un grito ahogado al pasar por el lado de un grupo de grandes rocas.

—Allí acampé la noche que soñé con los esqueletos —gritó—. Desde este punto ya no conozco el río. ¡Tened, pues, cuidado!

Wabi dio una fuerte palada con su remo gracias a lo cual pudo esquivar una enorme roca que la canoa casi rozó a su paso.

—La obscuridad va haciéndose tan densa que no podemos ver las rocas. Mukoki, conduce la canoa a la orilla si puedes.

Entonces se oyó el golpe seco que produce la madera al quebrarse y Mukoki dio un grito de alarma. Su remo se había roto por el mango. Roderick comprendió rápidamente lo que había ocurrido y le alargó el suyo. Aquella leve pérdida de tiempo estuvo a punto de tener consecuencias fatales. Libre de la mano que la guiaba, la canoa giró de costado en la corriente y al mismo tiempo se oyó la voz estentórea de Wabi que anunciaba el peligro.

—No son rocas, es un remolino —gritó con todas sus fuerzas—. ¡A la otra orilla! ¡Virad! ¡Virad!

Y hundió su remo en la impetuosa corriente. En la popa, Mukoki hizo también todo cuanto pudo, pero... era ya tarde. A treinta metros de ellos, el río se abría paso por entre dos grandes rocas, altas como casas, y un poco más allá vio Roderick el torbellino cuya espuma semejaba de plata al resplandor lunar. Pero la visión fue rápida. Con una velocidad sorprendente, se deslizó la canoa por entre las rocas. Una

rociada de agua y espuma les salpicó el rostro. Se oyó de nuevo la voz de mando de Wabi, quien aconsejaba a sus amigos que se agarrasen a la borda de la frágil nave. Durante un instante, en el que pareció que le abandonaban las fuerzas, un sordo fragor llenó los oídos de Roderick, un blanco aluvión veló su mirada mientras sus manos se asían fuertemente a la canoa. Ésta trazó una curva alrededor de los mellados cantos de la peña, y el joven consiguió ver de nuevo.

¡Hallábanse en un remolino! Más de una vez le había hablado Wabi de aquellas traidoras vorágines y de la muerte casi segura que significaban para el hombre cuya canoa cayera en el fatídico cepo. Sin embargo, en aquel lugar la corriente era menos impetuosa. Al principio le pareció a Roderick que flotaban en un apacible mar negro. A unos treinta metros de distancia vio el blanco centro del remolino y a sus oídos llegó, dominando el fragor del paso de la corriente por entre las dos rocas, un débil silbido que le heló la sangre en las venas. Tratábase del silbido de la traidora resaca que pronto les arrastraría a la muerte. Al mismo tiempo pasó por su mente el recuerdo de una historia que Mukoki le contara: un indio fue alcanzado por uno de aquellos remolinos de las inundaciones primaverales, y su cuerpo estuvo flotando y girando en él durante más de una semana. Al recordar aquel peligro, recobró la facultad de hablar.

—¿Saltamos? —gritó.

—¡Agárrate a la canoa!

Wabi pronunció claramente aquellas palabras, mas al mismo tiempo se incorporó cual si fuera a arrojar al agua. Con tal violencia había deslizado la canoa entre las rocas, que la frágil embarcación adquirió impulso para llegar al borde exterior de la vorágine. Sin embargo, quedó dentro del radio de acción del torbellino y pronto fue arrastrada por las fuerzas mortales. El joven indio volvió a gritar entonces:

—¡Agárrate a la canoa!

Apenas había pronunciado estas palabras, Wabi se incorporó y se arrojó a las negras aguas en dirección a la orilla. Lanzando un grito de terror, se puso Roderick de rodillas y hubiera imitado a Wabi si detrás de él no resonara fieramente la estentórea voz de Mukoki:

—¡Agárrate a la canoa!

Llegó la sacudida. La proa giró hacia dentro y la popa dio tan rápida vuelta, que Roderick casi perdió el equilibrio. En aquel momento volvió el rostro hacia el viejo guerrero y le vio ponerse en pie y arrojar al agua como antes hiciera Wabi. Al mismo tiempo oyó la inexplicable orden:

—¡Agárrate a la canoa!

Roderick se agarró a la canoa. Se dio cuenta de que por algún motivo se le daban aquellas órdenes. Sabía que las desesperanzadas zambullidas de sus dos compañeros no eran motivadas por el miedo, pero no llegó a comprender todo lo ocurrido hasta que la nave de la corteza de abedul varó en la orilla y él salió de ella tambaleándose.

Cogiendo el cabo que estaba amarrado a la canoa, Wabi se había lanzado al agua

con riesgo de su vida. Su rápido pensamiento habíale presentado la única posibilidad de salvación y en el preciso momento en que el impulso de la canoa cedía a las fuerzas del remolino, había dado tan largo salto hacia la orilla, que al caer sus pies tocaron el fondo del río. Si la ribera hubiera estado un poco más distante, todos hubieran perecido.

Wabi se hallaba jadeante y de sus ropas caía el agua a chorros. A la luz de la luna su rostro era tan blanco como la espuma que producía el remolino.

—Esto es lo que se llama morir y volver a nacer —dijo con voz entrecortada—. Mukoki, me parece que jamás hemos estado tan cerca de perecer.

Mukoki arrastraba la canoa hacia la orilla llena de guijarros, y Roderick, aún sobrecogido de terror, fue a ayudarle.

Los aventureros diéronse entonces cuenta de que el día había sido pródigo en acontecimientos. Habían escapado del cazador loco para caer en el abrazo casi fatal del remolino y habían podido rehuir los peligros del mortífero cepo, para ir a parar a una cárcel de rocas donde era preciso permanecer eternamente o cuando menos hasta que cediesen las inundaciones primaverales. Por el único lado que se rompía el círculo de gigantescas rocas era por aquel que conducía a la mortífera vorágine.

Hasta Mukoki se dio cuenta de lo gracioso de la situación cuando miró en torno suyo, y empezó a emitir sus habituales gruñidos.

Wabi, con las manos en los empapados bolsillos, contemplaba los muros roqueños, iluminados por la luz de la luna. Luego se volvió hacia Roderick y sonrió entre dientes. Miró después hacia el remolino y por fin fijó sus ojos en el cielo. A primera vista, la situación le pareció divertida, pero cuando volvió a mirar a su amigo, la sonrisa había desaparecido de sus labios.

—¿Verdad que el loco se pondría contento si nos encontrase aquí? —murmuró.

Mukoki contemplaba en todas direcciones la cárcel de rocas. El espacio en que se hallaban confinados no medía más de quince metros de diámetro y sus abruptas paredes no presentaban una grieta lo suficiente ancha para dar paso a una ardilla. El viejo buscador de sendas se sentó mientras emitía un gruñido.

—Supongo que no habrá inconveniente en que cenemos y nos tumbemos a dormir —sugirió Roderick, que tenía apetito.

—Esta noche no hemos de temer ataques de animales ni de hombres.

Cabíales cuando menos tal satisfacción y los buscadores de oro hicieron una buena cena de carne de oso fría y se dispusieron a dormir. La noche era excepcionalmente cálida, por lo que tanto Mukoki como Wabi tendieron su ropa para que se secase, mientras dormían envueltos en sus mantas. Roderick no volvió a abrir los ojos hasta que Wabi le despertó a la mañana siguiente. Vio que sus compañeros estaban ya vestido y comprendió que habían estado trabajando bastante tiempo. Cuando Roderick se dirigió al agua para lavarse, le sorprendió advertir que el bagaje estaba otra vez en la canoa como si el viaje se hubiera de continuar inmediatamente después del almuerzo.

Y cuando regresó al centro de la prisión, donde Mukoki y Wabi habían colocado la comida encima de una piedra lisa, observó que sus compañeros estaban de muy buen humor.

—Parece que esperáis poder salir de aquí muy pronto —dijo señalando la canoa.

—Así es —contestó Wabi—. Vamos a atravesar el remolino a nado —y se echó a reír ante la mirada de incredulidad del joven blanco—. Lo que sí vamos a hacer —continuó— es navegar por el borde de él. Mukoki y yo hemos unido todos los cabos y correas que hemos podido sacar de la canoa y el equipo y hemos formado una cuerda de veinticinco metros. Después de almorzar te diré cómo vamos a usarla.

Poco tiempo emplearon en consumir el poco apetitoso almuerzo consistente en carne fría, de oso, galletas y agua. Cuando hubieron concluido, Wabi llevó a su amigo hasta el borde extremo de la gran roca que formaba la pared del este de la prisión. Allí se internó en el agua hasta que ésta le llegó a las rodillas, y llamó la atención de Roderick sobre un saliente de la orilla que se hallaba a unos veinte metros de la roca.

—Si podemos llegar allí —explicó Wabi—, es posible salvar por tierra el resto del remolino hasta llegar al cauce principal. El agua es muy profunda en las proximidades de la roca, pero la resaca parece que no tiene mucha fuerza. Yo creo que podremos pasar. De todas formas, el experimento no será peligroso.

Llevaron la canoa hacia el borde de la roca, por donde la deslizaron al agua. Mukoki se colocó en la proa, mientras que Roderick, por indicación de Wabi, se quedó hacia el centro de la nave.

—Es necesario que remes en el lado izquierdo con todas tus fuerzas y lo más aprisa posible —aconsejó el joven indio—. Yo me quedaré aquí sosteniendo por un extremo la cuerda de modo que si la corriente del remolino os arrastrase, yo podría atraeros hacia aquí. ¿Comprendes?

—Sí, pero... ¿y tú? ¿Cómo...?

—¡Oh!, yo iré a nado —dijo Wabi en un arranque de bravura—. Yo no doy importancia a ese ridículo torbellino.

Mukoki rió entre dientes, y Roderick no hizo más preguntas. A una orden de Wabi, empezó a remar y no cesó hasta que la embarcación llegó a la lengua de tierra que se hallaba al otro lado de la roca. Cuando volvió la mirada hacia Wabi, vio que éste se había atado el extremo de la cuerda alrededor del cuerpo y que ya estaba metido en el agua hasta la cintura. A una señal de Mukoki, el joven indio se zambulló en el remolino y lo pasó rápidamente, gracias al esfuerzo del viejo cazador. La mayor parte de sus ropas habían sido transportadas por la canoa. Así, pues, cuando se hubo cambiado las que llevaba puestas, los tres aventureros estaban listos para continuar el viaje, barranco abajo. Poco les costó llevar la canoa y los fardos en hombros hasta el cauce principal del río, en el que botaron de nuevo la embarcación.

—Si el viaje continúa tan accidentado, no obtendremos nunca nuestro oro —dijo Wabi cuando se deslizaron sobre la rápida corriente—. Un loco, un remolino y una cárcel, todo en una noche, ya es casi más de lo que podemos resistir.

—Bien dice el refrán: “No hay mal que cien años dure” —respondió Roderick—. Puede que ahora todo vaya como una seda.

—Puede —gruñó el viejo buscador de sendas desde la popa.

Las esperanzas de Roderick se realizaron, cuando menos durante aquella jornada. Hasta el mediodía la canoa avanzó velozmente río abajo, sin que incidente alguno interrumpiera la marcha. El caudal del río aumentaba de milla en milla a causa de los afluentes que descendían de las montañas, y sólo de vez en vez surgía alguna roca que pudiese poner en peligro el avance. No encontraron troncos a la deriva en todo el trayecto. Cuando los buscadores de oro tomaron tierra para comer, tenían confianza en dos cosas: haber logrado ponerse fuera del alcance del loco y hallarse muy cerca de la primera cascada. Y el recuerdo de los emocionantes acontecimientos cedió su lugar a una gran expectación. Esperaban oír el rumor de la primera cascada, la cual, en el pensamiento de los viajeros, se hallaba tan vitalmente unida a la busca del oro. Aquella vez se dispusieron a hacer una buena comida y tardaron más de una hora en prepararla y en darle fin.

Cuando reanudaron el viaje, Mukoki se colocó en la proa. Sus ojos escudriñaban las montañas y las rocas hacia las cuales se dirigía la canoa. Dos horas después de la salida, dio un grito de alegría y levantó una mano reclamando atención. Escucharon los tres tripulantes de la canoa. Un poco más fuerte que el ruido de la corriente, llegó a sus oídos un lejano rumor de catarata.

Olvidando al cazador loco que quedaba tan atrás, teniendo sólo presente la circunstancia de que por fin habían llegado a la primera de las tres cascadas que habían de conducirlos hacia el oro, Wabi dio un tremendo grito cuyo eco retumbó una y otra vez entre las montañas. Roderick unió sus voces a las de Wabi con toda la fuerza de sus pulmones. Mukoki rió entre dientes, gruñó de contento a su manera y pocos minutos más tarde dijo por señas a Wabi que condujese la embarcación hacia la orilla.

—Aquí desembarcar y llevar canoa por tierra —explicó—. Corriente muy fuerte allí... posible estrellarse en la cascada.

Para llegar a ella no tuvieron que caminar sino unos trescientos metros. Como ya había dicho Mukoki, cuando hizo el invierno anterior el viaje de exploración, la cascada era pequeña, de unos cuatro metros de altura. Una cómoda senda la bordeaba y los aventureros no retrasaron el momento de reanudar la marcha.

A pesar de que habían recorrido unas cuantas millas, no tenían queja de aquella jornada. Durante el viaje por la rápida corriente del río, poco tuvieron que hacer, y el incesante cambio de paisaje fue un recreo para sus ojos. Al caer la tarde, el curso del río, que había seguido hasta entonces la dirección nordeste, varió y tomó la del Norte. En aquel punto de la ribera había una hondonada de un acre de extensión, cuyo suelo era de finísima arena y en cuyos bordes había una gran cantidad de ramas secas.

—Es singular —dijo Wabi cuando subieron la canoa a tierra—. Parece propiamente...

—Un lago —gruñó Mukoki—. Ser un lago... hace mucho tiempo.

—La curva del río ha acumulado aquí tanta arena que el agua ya no puede penetrar en la depresión del terreno —dijo Roderick observando el lugar.

Wabi había retrocedido unos cuantos pasos y de pronto se detuvo llamando a sus compañeros, a la vez que gesticulaba excitado. Su proceder obligó a Roderick y a Mukoki a correr hacia él.

Cuando llegaron a su lado, el joven señaló en silencio que algo había en la arena. Impresamente se veía la huella de un pie humano, un pie descalzo, sin botas ni mocasines, tan desnudo como la temblorosa mano con que Wabi lo señalara.

Y de aquella huella los ojos de los asombrados aventureros pasaron a otras cien. Lo menos una docena de salvajes desnudos debieron de haber danzado en aquella arena, y hacía tan sólo unas horas, pues las impresiones eran recientes.

Y Roderick, mirando hacia los troncos que había en el borde del lago, vio algo más, algo hacia lo cual tendió su índice, mudo, pálido, embargado de la misma extraña emoción que se había apoderado de Wabi.

Capítulo XIII

La tercera cascada

Sus compañeros miraron en la dirección que señalaba el brazo de Roderick. Éste oyó a su espalda el ruido que hizo Wabi al amartillar su revólver y el que produjera Mukoki al quitar el seguro de su rifle.

¡Detrás del montón de madera elevábase una delgada espiral de humo!

—Sean quienes fueren, deben de habernos visto y oído —dijo Wabi rompiendo un largo silencio.

—¡Alerta! —avisó Mukoki cuando avanzaron cautelosamente en dirección del sitio en que se producía el humo. —Nadie saber qué puede ser.

Trepó por el montón de troncos y, cuando estuvo arriba, profirió un fuerte gruñido. El humo salía de un tronco carbonizado, el cual estaba medio cubierto de ceniza y tierra. Roderick y sus compañeros se dieron rápidamente cuenta de lo que ello significaba. El fuego estaba cubierto para que se mantuviese vivo. Los que lo encendieron se habían marchado, pero pensaban volver. En las cercanías de aquel campamento había muchas huellas y a dos pasos de uno de los extremos del tronco carbonizado había un gran número de huesos. Mukoki recogió algunos y los examinó. Y mientras Roderick y Wabi miraban asombrados a su alrededor, como si esperasen de un momento a otro un ataque de los salvajes, el viejo guerrero llegó a una conclusión. Llamó la atención de sus amigos sobre las huellas que circundaban la hoguera apagada.

—Mismos pies —exclamó—. Un hombre solo hacer todas huellas en la arena.

—¡Imposible! —gritó Wabi—. ¡Si hay... millares!

Mukoki gruñó y se dejó caer de rodillas.

—Tener dedo gordo pie derecho roto. Misma huella.

Contrariado por no haberlo sabido observar él, Wabi vio en seguida que el viejo buscador de sendas tenía razón. La falange del dedo pulgar del pie derecho mostraba una desviación de media pulgada hacia afuera. Apenas se hubieron convencido los dos muchachos de que Mukoki tenía razón, éste les sorprendió con otra noticia más asombrosa aún. Señalando los huesos que tenía en la mano, dijo:

—Carne no cocida... comerla cruda.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Roderick.

Los ojos de Wabi brillaron con la luz de la comprensión. Dirigió una mirada al también asombrado Roderick y observó que éste comenzaba también a comprender.

—¡Debe de haber sido el loco!

—Sí.

—¡Y estuvo aquí ayer!

—Probablemente anteayer —dijo Wabi, y se volvió de pronto a Mukoki—. ¿Para qué quería el fuego si no coció la carne? —le preguntó.

Mukoki se encogió de hombros y nada repuso.

—Bien; lo cierto es que no la coció —declaró Wabi, volviendo a examinar los huesos—. A estos huesos se ven adheridas partículas de carne cruda. También es posible que la asara sólo por fuera.

El viejo indio asintió al oír la suposición de Wabi y examinó el fuego nuevamente. A un extremo del tronco había dos piedras, una plana y otra redonda. Tras breve examen, lanzó una exclamación.

—Hombre “rabioso” hacer balas aquí —gritó, levantando las dos piedras—. ¡Ver... oro... oro!

Los jóvenes corrieron a su lado.

—¡Ver oro! —repitió el indio, emocionado.

En el centro de la piedra plana había una capa del reluciente metal amarillo. Una mirada bastaba para comprenderlo todo. Usando la piedra redonda como martillo y la plana como yunque, el demente moldeaba las balas a golpes. No les cabía ya duda; hallábanse en el campamento del loco. Aquella madrugada habían dejado al extraño hombre cincuenta millas atrás. ¿A qué distancia se hallaría en aquel momento? El rescoldo del fuego decía claramente que pensaba volver... y pronto. ¿Hallaríase ya muy cerca de ellos?

—Camina con la velocidad del ciervo —dijo Wabi, hablando a Roderick en voz baja—. Tal vez vuelva esta noche.

Mukoki oyó lo que dijo Wabi y movió la cabeza.

—Viajar con patines dos días por precipicio —declaró refiriéndose al viaje de exploración por la nieve hasta la primera cascada que hiciera el invierno anterior—. No viajar menos de tres días por las montañas.

—Podemos acampar detrás de los montones de maderas que hay en la más distante orilla del lago seco.

Wabi no se opuso y pronto quedó elegido el lugar del descanso.

A pesar de que era extraño, con el descubrimiento de las huellas, el fuego, los huesos roídos y las piedras con que el cazador hiciera sus balas de oro, Mukoki parecía haber perdido el miedo al ser salvaje del precipicio. Sabía que tenía que habérselas con un hombre real, un hombre “rabioso”, y su curiosidad se impuso a su temor. La seguridad de Mukoki logró disipar el recelo de sus compañeros y debido a esta nueva confianza pudieron conciliar pronto el sueño. Durante la noche nada

anormal les despertó.

Poco después del alba reanudaron el viaje por el río. Con la nueva dirección que éste tomaba, cambió también de pronto la topografía del país. No llevaban aún una hora viajando cuando advirtieron que las paredes casi perpendiculares de las montañas entre las que se deslizaba el río se trocaron en suaves cuestas cubiertas de verdura. Otras veces eran llanuras de una milla o más de extensión, lo que advertían a ambos lados del río. A lo largo de las orillas descubrieron frecuentemente señales de caza y, a veces, hasta algún anta o algún reno. Meses atrás, cuando los tres se adentraron en los parajes selváticos para cazar con fusil y trampa, la región que a la sazón atravesaban hubiera despertado loco entusiasmo en Roderick y sus amigos; mas ahora apenas si pensaron en disparar un tiro. Habían salido aquella mañana con la intención de llegar a la segunda cascada antes del anochecer y por tal motivo les causó más bien disgusto que alegría al ver que la rápida corriente se convertía en el lento impulso propio de un río de gran caudal. De acuerdo con el plano, la segunda cascada debía hallarse a unas cincuenta millas del campamento del cazador loco, y al obscurecer hallábanse los tres aventureros aún a unas quince millas del lugar donde esperaban descubrirla.

La emoción mantuvo a Roderick despierto casi toda la noche. Por más que hiciera, no lograba alejar de sus pensamientos la idea del tesoro. Al día siguiente estarían ya muy cerca de la tercera catarata, en la cual se hallaba... ¡el oro! Su pensamiento no admitió ni una sola vez la posibilidad de no encontrarlo, teniendo en cuenta que el transcurso de medio siglo o más podía haber borrado las huellas que dejaran los primeros descubridores.

Fue Roderick el primero en despertar a la mañana siguiente y el primero, en entrar en la canoa. Durante el camino no cesaron de prestar atención por si llegaba a sus oídos el rumor lejano de la cascada. Mas pasaron las horas y este rumor no se dejó oír. Al mediodía habían recorrido veinticinco millas en lugar de las quince que previeron que les separaba del sitio deseado. ¿Dónde estaba la cascada?

Revelábase en los ojos de Wabi un poco más de ansiedad cuando reanudaron la marcha después de comer. Una y otra vez examinaba Roderick el plano para calcular las distancias de acuerdo con el gráfico de John Ball, el inglés asesinado. Tenía esperanzas de que la anhelada catarata no estuviese ya muy lejos. Sin embargo, pasó una hora y otra. Avanzaron millas y millas y no aparecían las cascadas. Los viajeros se dieron cuenta de que habían recorrido treinta millas más de lo que el plano les indicaba para dar con el oro. Caía la tarde, cuando por fin se detuvieron para cenar y acampar. Mukoki no había hablado durante la última hora. Pesaba sobre todos un sentimiento depresivo. Sin hacerse preguntas, cada cual sabía a qué obedecía la actitud de disgusto de los otros.

¿Acaso no habrían sabido interpretar el secreto del mapa misterioso?

Cuanto más pensaba Roderick en ello más se imponía en él ese temor. Aquellos dos hombres que habían luchado y habían muerto en la vieja cabaña, estaban en aquel

entonces camino de las regiones civilizadas. Llevaban consigo oro con el que pensaban adquirir provisiones. ¿No sería aventurado suponer que se atreviesen a llevar también consigo un plano que indicase tan claramente la situación del tesoro como aquel burdo dibujo hecho de un trozo de corteza de abedul? ¿No estaría este dibujo hecho con una clave secreta, conocida tan sólo por ellos?

Mukoki había cogido su rifle y se había internado en la llanura a cuyo borde se hallaba el río. Roderick y Wabi, después de comerse unas tajadas de carne de oso y echar un buen trago de café caliente, estuvieron largo rato charlando junto al fuego del campamento. Haría una media hora que estaba ausente el viejo indio cuando sonó de pronto el estampido de un disparo de fusil. Tras una breve tregua resonaron dos disparos más.

—¡La señal! —gritó Roderick—. Mukoki nos llama.

Wabi se puso de un salto en pie y disparó los cinco tiros de su fusil.

—¡Escucha!

Apenas se hubo extinguido el eco de los disparos cuando se oyeron nuevas descargas de Mukoki.

Sin perder el tiempo, los dos jóvenes se dirigieron a la canoa, que no había sido descargada aquella vez.

—Mukoki se halla a un par de millas de aquí —dijo Wabi cuando empezaron a remar—. ¿Qué podrá haber sucedido?

—Me parece que lo sé —respondió Roderick; y su voz temblaba nuevamente de emoción—. ¡Ha hallado la segunda cascada!

Aquella esperanza dio nuevas fuerzas a sus cansados brazos y la canoa se deslizó velozmente por el río. Quince minutos más tarde, otro disparo de Mukoki indicó a los jóvenes el lugar donde se hallaba, para llegar al cual no habrían de recorrer más de un cuarto de milla de distancia. Wabi respondió con un grito, al que Mukoki contestó con otro. Mas, antes de que los dos amigos llegasen al sitio donde les aguardaba su compañero, oyeron otro sonido... ¡el rumor amortiguado de una catarata! Una y otra vez lanzaron los jóvenes alegremente al aire sus gritos estentóreos, mas por encima de ellos resonó la voz de Mukoki, el cual les ordenaba que tomaran tierra. El viejo indio les aguardaba.

—¡Ésta ser muy grande! —dijo por todo saludo—. Hacer mucho ruido, mucha corriente grande.

—¡Hurra! —gritó Roderick por vigésima vez brincando alegremente.

—¡Hurra! —gritó también Wabi.

Y Mukoki gruñó y rió entre dientes y se frotó sus callosas manos, rebotante también de alegría.

Por fin, cuando se hubieron tranquilizado un poco, Wabi dijo:

—Ese John Ball calculaba muy mal, ¿verdad, Roderick?

—No, lo que yo creo es que era demasiado listo. Podía tener sus motivos para acortar en cincuenta millas el camino de esta catarata.

Wabi le miró sin llegar a comprender el significado de las palabras de su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, haciendo así el plano, trató de despistar a alguien, tal vez a sus dos socios, los cuales iban a partir entonces para las regiones civilizadas.

—Mukoki, ¿qué distancia hemos recorrido? —preguntó Wabi.

—Tres veces primera cascada —contestó el viejo guerrero rápidamente.

—Ciento cincuenta millas... en tres días y una noche. No creo que esto sea mucho. Según el plano, aún nos faltan cien millas para llegar a la tercera cascada.

—Según el plano, pero en realidad, ya verás como no nos faltan más que veinticinco. Encendamos fuego y echémonos a dormir. Bastante quehacer nos dará mañana la busca del oro.

La cuarta jornada del viaje la comenzaron antes del alba. Tomaron el almuerzo a la luz de la hoguera y cuando amaneció, ya habían hecho los aventureros una hora de camino. Hallábanse los tres muy animados por la confianza en el éxito de su empresa. Las últimas horas de su emocionante viaje les habían hecho olvidar por completo al cazador loco y a sus balas de oro. En un principio, Roderick temió que aquella ruta fuera también la del loco, en cuyo caso estarían expuestos a sus áureos disparos, pero ya no pensaba en tal contingencia.

La confianza de Roderick en que la tercera y última cascada no se hallaba muy distante, a pesar de lo que dijera el plano, había contagiado gradualmente a sus compañeros y los tres experimentaban una aguda tensión de nervios a causa de tal esperanza. La noche anterior, Mukoki se había construido un remo que sustituyera al que se le rompió y los tres remaron con todas sus fuerzas. Muy de mañana habían visto en la orilla, a menos de cien metros, un anta joven, pero no dispararon sobre ella un solo tiro, pues la caza del animal les hubiera significado una hora de retraso en su camino.

Dos horas después de la salida, la configuración del terreno empezó a cambiar nuevamente. Por el Este y el Oeste iban aproximándose al río abruptas montañas y a cada milla estrechábase más el cauce, y la corriente se hacía más violenta. Por fin el agua volvió a correr entre las paredes de un profundo precipicio oscuro y muy triste. Desde una altura de más de mil pies se alzaban sobre el borde del precipicio densos bosques de pino rojo, los cuales impedían que la luz del día llegara a ellos. Aquel barranco no se parecía al primero; era más profundo, más oscuro y más tétrico. Sus sombras se asemejaban a las tinieblas de la noche. Su soledad era imponente. No volaban los pájaros entre las rocas y las palabras más quedas resonaban con extraña claridad. Roderick habló en voz alta y sus palabras retumbaron de tal modo en las paredes del precipicio que dijérase que había gritado. Habían dejado ya de remar; limitábase Mukoki a guiar la embarcación, arrastrada rápida y silenciosamente por la corriente. En la penumbra reinante, la faz de Roderick se destacaba con singular blancura. Mukoki y Wabi parecían estatuas de bronce. Se diría que una fuerza misteriosa les obligaba a callar, a mirar de frente con mirada ansiosa, llena el alma de

sensaciones indefinidas que aceleraban los latidos de su corazón y les causaba un extraño hormigueo en la sangre.

Suave y lejano, llegó por fin un murmullo. Semejaba al principio el dulce rumor del viento entre los pinos de las alturas. Mas este rumor suele crecer y decrecer hasta extinguirse como vibración de una cuerda de arpa y el que ellos oían era continuo. No aumentaba y aunque a veces se diría que iba a dejar de oírse a fuerza de apagarse, pronto volvía a percibirse de nuevo en toda su amplitud. Poco a poco, muy poco a poco, fue haciéndose más claro. Por fin, Wabi, desde la proa, se volvió y miró a sus compañeros. Aunque nada dijo, leíase en sus ojos el fuego de la emoción. El corazón de Roderick latía con violencia. Comenzó también a comprender. El susurro, el quejumbroso murmullo que flotaba en el ambiente del precipicio no era causado por el viento, sino por el lejano estruendo de la tercera cascada.

Mukoki rompió al fin el silencio desde la popa.

—¡La cascada!

Wabi respondió con voz apenas perceptible. No exteriorizó su alegría con grandes gritos como hiciera cuando descubrieron la segunda catarata. Hasta la voz de Mukoki era tan baja que los otros apenas la oyeron. Dijérase que algo les obligaba a guardar silencio. Llegó un instante en que hasta contuvieron la respiración. A pocos cientos de metros de distancia hallábase el tesoro que unos hombres, muertos años atrás, habían descubierto hacía medio siglo, y entre las negras montañas que silenciosamente custodiaban el tesoro, creyérase que acechaban las almas de los tres que murieron por su causa. En lugar cercano había sido asesinado John Ball, y Roderick llegó casi a imaginarse que en el borde arenoso del río podrían tropezarse con las huellas de los hombres cuyos esqueletos habían descubierto en la vieja cabaña.

Mukoki, sin despegar los labios, guió la canoa hacia la orilla. Desembarcaron en silencio y en silencio cogieron los fusiles y echaron a andar, guiados por Wabi, a lo largo del río. Pronto notaron que la corriente aumentaba impetuosamente y entonces tuvieron la certeza de hallarse cerca de la cascada. Cien metros más y distinguieron la blanca neblina. Wabi echó a correr. Con los pies calzados con mocasines, saltaba de piedra en piedra con la cautela del cazador que se aproxima a la pieza. Mukoki y Roderick le siguieron muy de cerca.

Detuviéronse al borde de una gran roca, frente a la cual caía el aluvión espumoso de la catarata. Retenido el aliento, miraron hacia abajo. No se trataba de una cascada de gran altura. Wabi calculaba que debía de tener unos quince metros, mas parecía mayor a causa de la profundidad y lobreguez del precipicio que se extendía a sus pies y hacia el cual no parecía haber descenso posible. Las paredes de la gran roca eran abruptas, perpendiculares. A sus pies veíanse grupos de cedros y achaparrados pinos. Más allá, el espacio que mediaba entre las montañas adquiría mayor anchura y las aguas del río, cuyo cauce se ampliaba también, producían furiosos temporales entre las rocas resbaladizas y redondeadas.

En algún punto de aquellos lugares hallábase el tesoro. ¿Estaría acaso entre las rocas que la furia del aluvión azotaba? ¿O en alguna tenebrosa caverna de la falda de la montaña, hacia la cual no condujera sendero alguno? ¿Lo hallarían después de haber realizado tantos esfuerzos?

La emoción anudaba la garganta a Roderick. Miró a Wabi.

Éste había levantado el brazo. Sus ojos relucían. Su actitud denotaba intensa emoción.

—¡Allí está la cabaña! —gritó Wabi—. ¡La cabaña construida por John Ball y los dos franceses! ¡Miradla, entre aquellos cedros, casi oculta por las negras sombras de la montaña!

—¡Mukoki! ¡Roderick! ¿No la veis?

Capítulo XIV

Hallazgo de papeles

Poco a poco iba Roderick distinguiendo algo entre aquella misteriosa lobreguez. Primero no vio más que una forma sombría, luego le pareció que se trataba de una roca y cuando por fin comprobó que lo que Wabi había descubierto era realmente la vieja cabaña que se indicaba en el plano, el nudo que sentía en la garganta se convirtió en un grito de alegría.

La voz llena de júbilo de Roderick fue la chispa que encendió el fuego del entusiasmo de Wabi, y en un instante el silencio opresivo mantenido durante el viaje por el precipicio fue roto por los hurras que se repitieron en mil ecos entre las montañas. Gesticulando y gruñendo, Mukoki se deslizó a lo largo del borde de la roca para buscar alguna grieta por la cual se pudiese descender. Ya estaban decididos a emprender el descenso de la montaña para buscar desde arriba una senda por donde bajar, cuando el viejo cazador llamó la atención de sus amigos sobre la punta de un tronco de cedro que sobresalía del borde del precipicio.

—Bajar por allí tal vez —sugirió a la vez que se encogía de hombros como si quisiera indicar que el experimento podría tener malas consecuencias.

Roderick se inclinó para mirar. El tronco cuya punta se hallaba al alcance de su mano estaba totalmente desprovisto de corteza y ramas, hecho que en aquel momento de emoción no le chocó. Colgóse el fusil al hombro, alargó las manos y se afianzó a la delgada punta. Antes de que los otros pudiesen aconsejarle ni en pro ni en contra, se deslizó por el tronco que, a ras de la pared roqueña, alzábase desde la parte inferior del precipicio. Wabi le siguió inmediatamente y, sin esperar a Mukoki, los dos jóvenes echaron a correr hacia la cabaña. A mitad del camino, Wabi se detuvo.

—No. Debemos esperar a Mukoki.

Miraron atrás. Mukoki no les seguía. Hallábase arrodillado al pie del tronco por el que descendieron, como si buscara algo entre las piedras. Luego vieron que se levantaba lentamente y que frotaba con sus manos el tronco desde la parte más baja hasta tan alto como sus manos podían alcanzar. Cuando vio que Roderick y Wabi le observaban, se dirigió rápidamente hacia ellos. El joven indio, que conocía bien a Mukoki, dedujo de su expresión que había hecho algún descubrimiento importante.

—¿Qué has encontrado, Mukoki?

—No mucho. Curioso árbol —dijo gruñendo el indio.

—Está tan suave como el árbol de ejercicio de los bomberos —dijo Roderick sin comprender el significado de las palabras de Mukoki—. ¡Escucha!

Se detuvo de pronto.

—¿Oíste?

—No he oído nada.

Los tres permanecieron durante algunos momentos en silencio y estrechamente agrupados. Mukoki estaba detrás de los jóvenes, los que por tal motivo no vieron que el viejo tenía el rifle apercebido y en sus ojos brillaba una luz que no era sólo de curiosidad. La cabaña estaba a menos de veinte pasos de ellos. Era tan vieja, que Roderick se preguntaba cómo habría podido soportar el azote de las fuertes tormentas del invierno anterior. En su techo crecían arbustos y los troncos con que toda ella estaba construida se habían podrido. No había en ella ventana alguna y frente a su puerta había crecido un árbol que casi ocultaba la pequeña abertura por la que pasaron años antes sus misteriosos moradores.

Avanzaron los tres, mas a unos cinco pasos de la puerta, la mano de Mukoki detuvo nuevamente a Wabi. Roderick advirtió el gesto y se detuvo también. La cara del indio presentaba una expresión de incredulidad y de asombro. Parecía que se esforzaba en creer y, sin embargo, dudase de lo que sus ojos vieron. Sin hablar, señaló el árbol que crecía ante la puerta y el color rojo de los carcomidos troncos con que la cabaña estaba construida.

—Pino rojo —dijo por fin—. Esa cabaña tener más de veinte mil años.

Había en su voz una nota sombría. Roderick comprendió y apretando el brazo de Wabi pensó en la otra vieja cabaña en la que hallaron los esqueletos. Habían podido arreglar aquella choza y habían pasado en ella muchos meses. Mas ésta no podía repararse. Parecióle a Roderick que siglos en vez de años habían obrado sobre su maderamen. Siguió muy de cerca a Wabi, llegó a la cabaña y metió la cabeza por la puerta. Reinaba profunda oscuridad en el interior, mas sus ojos se habituaron a las tinieblas y las paredes del recinto fueron destacándose del caos de sombras. Por fin pudo comprobar que el interior estaba completamente vacío. No había en ella mueble alguno, no se percibían vestigios de los seres que la habitaron: estaba absolutamente vacía.

Los dos jóvenes se internaron en ella y la examinaron detenidamente. Mukoki no hizo más que echar una mirada al interior y desaparecer. Una vez solo, amartilló el rifle y dio una vuelta en torno de la cabaña con la vista fija en el suelo. Cuando Roderick y Wabi salieron de la choza, Mukoki estaba ya en el borde de la cascada, oculto entre las rocas. Wabi retuvo a su amigo.

—¡Mira!

El viejo guerrero se levantó súbitamente y miró hacia ellos, pero no los vio, pues los velaban las sombras. Luego corrió el indio hacia el tronco por el que descendieron y volvió a palparlo y frotarlo.

—Voy a examinar ese tronco —murmuró Wabi—. En él hay algo que intriga a Mukoki. ¿Vienes?

Y echó a correr a través del llano sembrado de piedras. Roderick no le siguió. Parecíale inexplicable la actitud de sus compañeros. Habían pasado meses y meses haciendo proyectos, soñando con el tesoro, y ahora que estaban allí, y con el oro tal vez bajo sus pies, tanto a Mukoki como a Wabi les interesaba más el tronco de un árbol que la busca del precioso metal.

Roderick estaba poseído de una emoción intensa. El ambiente de la cabaña le había acelerado el pulso. Allí habían vivido hacía cincuenta años los aventureros que descubrieron el oro. Tal vez allí había muerto John Ball.

El oro, el oro era lo que interesaba y no lo que atraía la atención de Wabi y el viejo indio. ¿Dónde se hallaría el tesoro? Seguramente en la cabaña hallarían algún indicio. De todas formas, la rústica vivienda ofrecía más interés que el tronco de un árbol muerto.

Desde la puerta volvió a mirar hacia el interior húmedo y lóbrego de la cabaña. Después dirigió de nuevo una mirada hacia el lugar donde se hallaban sus compañeros, en el preciso instante en que éstos se arrodillaban junto al tronco. Probablemente habrían encontrado las huellas de algún lince o algún oso. Dejó de ocuparse de ellos. A unos doce pasos vio una rama caída de pino rojo, seca y pesada por la resina que contenía, y al punto la cogió con el ánimo de utilizarla como hacha. Conteniendo la respiración, aplicó un fósforo encendido a la rama, la cual llameó en seguida. Roderick, con el hacha en alto, penetró en la cabaña.

Tras lanzar en torno la primera mirada, el joven buscador de oro sintióse desalentado. No vio más que paredes desnudas. Luego, en el rincón más lejano descubrió algo que a la vacilante luz de la antorcha era más oscuro que la madera de las paredes. Hacia allí dirigió sus pasos. Tratábase de una pequeña tabla de un pie de largo, que sobresalía del testero a modo de anaquel. Encima de ella había una pequeña lata, enmohecida por la acción del tiempo. Con mano trémula la cogió. Pesaba poco, y el joven juzgó que estaría vacía. Tal vez hallaría en ella el tabaco de John Ball. De pronto, otra idea le paralizó su acción y llevó una honda emoción a su alma. La lata estaba convirtiéndose en polvo, pero estaba allí. ¿Por qué no habrían quedado del mismo modo otras cosas —cacerolas, sartenes, cuchillos— que John Ball y los dos franceses tendrían sin duda en la cabaña?

Roderick volvió a la puerta. Desde allí vio que Mukoki y Wabi se hallaban aún junto al tronco del árbol. Ni el resplandor del hacha les había llamado la atención.

El joven tiró lejos de sí la rama encendida y volviendo al interior de la choza, quitó al bote la tapadera. Algo cayó a sus pies, y al recogerlo vio que se trataba de un papel enrollado y descolorido. Con el mismo cuidado con que Mukoki desplegara algunos meses antes el precioso plano en la corteza de abedul, desenrolló Roderick la hoja de papel. Los bordes se deshicieron entre sus dedos, pero la parte central del papel estaba intacta.

Mukoki y Wabi, al dirigir una mirada a la cabaña, vieron que el joven se volvió súbitamente y corrió dando gritos hacia ellos.

—¡El oro! —gritaba—. ¡El oro! ¡Hurra!

Casi lloraba de emoción cuando llegó junto a sus amigos, a los que mostró el pedazo de papel.

—Encontré esto en la cabaña... en una pequeña lata... Mirad, es la letra de John Ball..., la misma del plano, lo encontré en una lata...

Wabi tomó el papel. Al leerlo, su respiración se hizo jadeante. Las pocas líneas que en él había escritas eran débiles, pero legibles. Había también números y un título que decía:

“Estado de cuentas de John Ball, Henri Langlois y Peter Plante durante el mes de junio de 1859”.

Debajo leíase:

Labor de Plante:

Pepitas... 7 libras 9 onzas

Polvo... 1 libras 3 onzas

Labor de Langlois:

Pepitas... 9 libras 0 onzas

Polvo... 0 libras 0 onzas

Labor de Ball:

Pepitas... 6 libras 4 onzas

Polvo... 2 libras 3 onzas

Total: 27 libras.

Parte de Plante:

6 libras 12 onzas.

Parte de Langlois:

6 libras 12 onzas.

Parte de Ball:

13 libras 8 onzas.

Queda hecho el reparto.

Wabi había leído el estado de cuentas con voz suave. Cuando terminó, cruzó su mirada con la de Roderick. Mukoki, aún arrodillado junto al tronco, miraba fijamente, estupefacto, a los dos jóvenes.

—No queda, pues, ninguna duda —dijo por último Wabi—. Hemos llegado al sitio donde se halla el tesoro.

Roderick no pudo dominar su emoción. Como si esperase ver amontonado el oro ante sus ojos, se volvió hacia la cascada, hacia las tenebrosas paredes del abismo, y

por último señaló con el brazo hacia el lugar donde las aguas, al precipitarse con la loca furia por el abismo, convertíanse en blanca espuma.

—¡Allí está!

—¿En el río?

—Sí. ¿Dónde, si no, pueden hallarse aquí pepitas de oro puro? Y el polvo de oro se encuentra siempre en las arenas de los ríos. Allí está..., no cabe duda.

Y sus dos amigos le acompañaron hasta el borde del río.

—El río se ensancha aquí y tiene poca profundidad —dijo Wabi—. No creo que tenga más de cuatro pies en el centro.

Y al ver que Mukoki los abandonaba para regresar junto al desnudo tronco, continuó:

—¿Qué te parece si diéramos una vuelta por el río en la canoa para ver si cazamos algo?

El momento de entusiasmo que había tenido Wabi al leer el papel descubierto por Roderick había pasado y su amigo no pudo menos de notar el cambio que se operó tanto en él como en Mukoki cuando estuvieron otra vez al lado del tronco que llegaba desde el fondo de la hondonada al borde del precipicio. Roderick dominó su propio entusiasmo lo suficiente para poder examinar lo que a sus amigos tan extrañamente obsesionaba.

Lo que descubrió no dejó de sorprenderle. La superficie del tronco no era tan sólo suave y limpia, sino que aparecía pulida y brillaba cual una columna lustrada con cera. Se olvidó por un instante del papel que tenía en las manos, de la vieja cabaña, y hasta del oro. Maravillado ante aquel hecho insólito, miró fijamente a Mukoki. Este se encogió de hombros.

—¿Qué significa esto? —preguntó Roderick.

—Significa —dijo Wabi— que este tronco ha servido durante muchos años a alguien para bajar y subir. Si fuera un oso el que lo hubiera usado, se notarían las huellas de sus uñas. De ser un lince, la superficie estaría llena de hendiduras. Cualquier animal que lo hubiese utilizado, habría dejado huellas en él en vez de alisarlo y pulirlo de este modo.

—Entonces, ¿qué diablos...?

Roderick no terminó la frase. Mukoki se había encogido de hombros y Wabi silbaba. Éste dijo al fin:

—Fácil es adivinar que se trata de un hombre. Sólo los brazos y las piernas de una persona harta de subir y bajar cientos, miles de veces por el tronco, han podido darle esta suavidad. Y esa persona, ¿quién puede ser?

Como un relámpago surgió la respuesta en la mente de Roderick. Comprendió al fin por qué el dichoso tronco había interesado tanto a sus amigos, y al comprenderlo notó que un violento malestar se sobreponía a la emoción que le causara la proximidad del oro.

—¡El loco!

Wabi asintió. Mukoki gruñía y se frotaba las manos.

—Bala de oro venir de aquí —dijo el viejo buscador de sendas—. Hombre “rabioso” caminar rápido. Nosotros bajar pronto canoa y cortar árbol.

—Excelente idea —exclamó Wabi—. Bajemos nuestro bagaje y convirtamos en leña este tronco. Cuando el loco vuelva y vea que ha desaparecido su *escalera*, dará un centenar de chillidos y entonces tendremos ocasión de hacer algo con él.

Y trepó por el tronco, llegando pronto a la superficie de la roca.

—Está tan resbaladizo como si lo hubieran engrasado —dijo desde arriba—. Apuesto a que no subes tú, Roderick.

Mas Roderick logró subir también, aunque a costa de grandes esfuerzos. Cuando llegó a lo más alto del tronco, Wabi le tendió la mano para ayudarle a alcanzar la roca. Mukoki subió con mayor facilidad.

Ninguno de los tres llevaba encima nada más que su revólver cuando corrieron hacia el sitio donde habían dejado la canoa. Llevaron ésta y las provisiones en un solo viaje a la roca y, por medio de cuerdas, bajaron al barranco inferior, primero, el contenido de la embarcación y, después, ésta. Una vez hubieron descendido también ellos, Mukoki cogió un hacha y derribó el tronco, operación que sus dos compañeros se limitaron a contemplar en silencio.

—¡Bueno! —exclamó el indio, cuando el último golpe hizo caer al árbol con estruendo entre las rocas—. Ahora demasiado alto para saltar.

—En cambio, desde esa altura puede dispararse perfectamente sobre nosotros —dijo Wabi mirando hacia arriba—. Será conveniente que acampemos donde no nos pueda ver.

—Pero no hasta que sepamos si está aquí el oro —exclamó Roderick, y sacó de uno de los fardos una vasija—. ¡Amigos, lo primero que hemos de hacer es cavar un poco de arena del río!

Y echó a andar hacia el cauce, seguido de cerca por Wabi, el cual llevaba consigo otra vasija. Mukoki se limitó a verlos marchar mientras reía entre dientes y comenzaba a preparar la comida.

En un punto donde la corriente había formado una pequeña duna de guijarros y arenas, empezaron a trabajar Wabi y Roderick. Éste no había lavado nunca arena aurífera, mas le habían contado cómo se hacía. Le embargaba la extraña y fuerte emoción que experimentan los buscadores de oro cuando creen haber hallado por fin la arena que lo contiene. Después de echar en él una porción de grava y arena, llenó el recipiente de agua. Luego empezó a moverlo rápidamente de un lado a otro, sumergiendo su borde constantemente en el río para que el agua se aclarase.

En quince minutos, los tres o cuatro puñados de arena y grava habían quedado reducidos a uno. Conteniendo la respiración, esperaban anhelantes ver el brillo del oro. Hubo un momento en que algo que refulgió entre la grava le hizo proferir un grito ahogado; mas cuando lo tocó con la punta del cuchillo y halló que sólo se trataba de un trocito de mica, se alegró de que Wabi no le hubiese oído. Éste lavaba

arena también con la vasija vuelta hacia el sol, aunque éste no llegaba sino débilmente al abismo. Sin levantar los ojos de la vasija, llamó a Roderick.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó.

—No. ¿Y tú?

—No...; es decir, sí; pero no creo que sea oro.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es amarillo y reluciente, pero duro como el acero.

—¡Es mica! —repuso Roderick.

Ninguno de los dos se habían dirigido una sola mirada durante la conversación. Roderick seguía buscando con la punta de su cuchillo de caza en el fondo de la vasija. Revolvía los guijarros y la arena con tanto cuidado, que, al verlo, se hubiese echado a reír un buscador de oro veterano, Pasaron algunos minutos. Wabi volvió a hablar:

—Roderick, esto es muy curioso. Si no fuese tan duro juraría que es oro. ¿Quieres verlo?

—Debe de ser mica —repitió Roderick cuando volvió a ver en su vasija una nueva partícula de la engañosa piedra—. El río está lleno de eso.

—No había visto aún mica en pedazos —murmuró Wabi inclinándose sobre la vasija.

—¡Pedazos! —gritó Roderick, irguiéndose como si le hubiesen pinchado en la espalda—. ¿Qué tamaño tiene ése?

—El de un guisante... y un guisante muy gordo.

Roderick se puso en pie y corrió al lado de su amigo.

—¿Dónde está?

Y se inclinó sobre el recipiente de Wabi. En el centro del fondo había una piedrecilla redonda y suave. Roderick la cogió entre sus dedos y miró con asombro a Wabi.

—Wabi, ¡qué vergüenza! —exclamó irónicamente, tratando de ocultar su emoción—. La mica no se presentó en pedazos redondos ni es tan pesada. Esto, en cambio, es pesado y redondo.

Desde el grupo de cedros próximo a la vieja cabaña se oyó el alarido que dio Mukoki para indicar a sus compañeros que la comida estaba lista.

Capítulo XV

El tesoro en la rebalsa

Después de oír las palabras de Roderick y el grito de Mukoki, Wabi permaneció durante algunos minutos como aturdido.

—¿No puede ser... oro? —dijo por fin.

—Pues no es otra cosa —declaró Roderick, elevando la voz y tratando en vano de ocultar su emoción—. Es duro, en efecto, pero observa cómo la punta de tu cuchillo lo ha arañado. Pesa un cuarto de onza. ¿Hay más pepitas en la vasija?

Roderick se dejó caer de rodillas al lado de Wabi y los dos amigos, con las cabezas muy juntas, escudriñaron el contenido del recipiente. En aquel momento llegó Mukoki, y Roderick le entregó la pepita de oro.

—Esto es definitivo —dijo al mismo tiempo que se ponía en pie—. Hemos descubierto el lugar donde se halla el oro. Demos tres vivas a John Ball y a su plano, y luego vayamos a comer.

—Estoy conforme con lo de comer —dijo Wabi—, pero suprimamos los vivas o démoslos muy bajitos. Creo que un grito nuestro se oiría a una distancia de doce millas.

Mukoki había acampado al lado del grupo de cedros y había dispuesto la comida encima de una gran roca plana, alrededor de la cual se sentaron los tres.

Colocaron la pepita en el centro y comieron alegremente.

Wabi y Roderick regresaron al río, esta vez acompañados de Mukoki. Comenzó de nuevo la busca del tesoro amarillo, a cuya labor se dedicaron los tres con febril expectación.

Sólo los que han pasado por estos trances pueden comprender las sensaciones que experimenta el buscador de oro cuando sumerge la vasija en el río.

Cuando Roderick Drew, hijo de esta civilización en la que el dinero es la ley y la fuerza, volvió a acometer la emocionante tarea, creía hallarse en un lugar de ensueño. ¡En torno suyo, en todas partes, había oro! ¡No lo dudaba! ¡Ni por un instante temió que no hubiese en la arena y en la grava de la que salió la pepita hallada por Wabi! ¡El tesoro estaba en la misma arena que pisaba! Estaba también entre las rocas, donde el agua formaba furiosos torbellinos; estaba debajo de la rugiente catarata... y en

todas partes, en todo cuanto veía a su alrededor. En un mes, John Ball y sus compañeros habían recogido veintisiete libras: una fortuna, casi siete mil dólares.

Con ansia, Roderick llenó su vasija nuevamente de la preciosa arena. Y desde entonces ya no se oyó sino el ruido que hacía el agua al ser agitada en las vasijas.

El silencio se prolongaba. ¿Quién daría el primer grito de alegría? Pasaron cinco minutos, diez, quince, y Roderick no halló el menor vestigio del precioso metal. Cuando vació su vasija, vio que Wabi cambiaba también la arena de la suya Mukoki se había metido en el agua hasta que ésta le llegara a la cintura. Cuando por tercera vez hubo de cambiar la arena de su recipiente sin haber obtenido el menor resultado, se le enfrió mucho el entusiasmo con que comenzara la tarea. Pensó luego que tal vez había escogido un mal sitio en la arena, y cambió de lugar. Observó que Wabi había hecho lo mismo. Después de lavar la cuarta y quinta porción de arena, el viejo cazador, vadeando el río, que allí era poco profundo, siguió trabajando en la orilla opuesta. Roderick llenó la vasija por sexta vez y como tampoco descubriera la menor partícula de oro se acercó a Wabi. De los rostros de los jóvenes había desaparecido la expresión de entusiasmo. ¡Hora y media trabajando sin encontrar una sola pepita!

—Supongo que no hemos sabido colocarnos en buen sitio —dijo Wabi.

—Pues éste ha de ser —respondió Roderick—. Donde se encontró una pepita, han de encontrarse más. Lo que sucede es que el oro es un cuerpo pesado y puede haberse hundido a mayor profundidad.

Mukoki cruzó el río para reunirse con ellos. Entre las rocas había una partícula de oro, no mayor que la cabeza de un alfiler, y esta prueba de la existencia del oro les reanimó. Roderick y Wabi se descalzaron y, con el viejo buscador de sendas, se dedicaron a buscar en el centro del río. Mas de nuevo vaciaron sin éxito una y otra vez sus vasijas y otra vez fueron perdiendo las esperanzas de hallar el oro. Empezaron a alargarse las sombras en el precipicio. Al borde del abismo, el denso follaje de los pinos rojos impedía que los últimos rayos del sol poniente llegaran a ellos. Pronto sobre el misterioso mundo de la antigua cabaña caerían las tinieblas de la noche. Mas ninguno de los tres cesó de trabajar mientras pudieron distinguir los brillantes trozos de mica en el fondo de las vasijas. Calados hasta la cintura, fatigados y descorazonados, regresaron por fin al campamento. Roderick había perdido las esperanzas por completo. Decíase el joven que los aventureros de antaño habían hallado todo el oro que contenían aquellas aguas, el cual sólo había sido suficiente para llenar el famoso saquito.

Sin embargo, la depresión duró poco. La gran hoguera encendida por Mukoki y el aroma estimulante del café hicieron que renaciese en ellos la acostumbrada animación y pronto Roderick y Wabi reían y hacían nuevos proyectos mientras preparaban el refugio con ramitas de cedros. Cenaron, sirviendo de mesa la piedra de antes, y consistió la cena en tajadas de carne de oso, galletas calientes, café y el más preciado bocado de las selvas: patatas, una patata por cabeza. Con tan opípara cena aumentó el buen humor de los dos jóvenes, que inmediatamente empezaron a hacer

nuevos castillos en el aire y proyectos para el día siguiente. Mukoki escuchaba en silencio, atendiendo a la ropa que había puesto a secar junto al fuego, y de vez en cuando se internaba en las tinieblas del abismo para mirar hacia lo más alto de la cascada. Wabi y Roderick habían olvidado aquella tarde la existencia del cazador y del extraño tronco de suave y pulida superficie, pero no había sucedido lo mismo a Mukoki.

A la luz del fuego, los dos jóvenes volvieron a leer el estado de cuentas de John Ball y de los franceses. El pequeño trozo de papel significaba para ellos el eslabón que los unía con sucesos de otras épocas remotas; era una reliquia de la tremenda tragedia cuyo secreto guardarían siempre las negras y tétricas paredes de aquel precipicio.

—¡Veintisiete libras! —repitió Roderick como hablando consigo mismo—. ¡En un mes de trabajo, veintisiete libras!

—Casi una libra diaria —exclamó Wabi—. Te digo, Roderick, que aún no hemos dado con el sitio.

—Quisiera saber por qué la parte de John Ball era doble que la de sus compañeros. Acaso fue él quien descubrió el yacimiento —dijo Roderick.

—Probablemente. Y esto explica el asesinato. Los dos franceses percibieron una parte más reducida.

—Mil ochocientos cincuenta y nueve —musitó Roderick—. Esto sucedió, pues, hace cincuenta y nueve años, antes de la Guerra Civil.

Se detuvo y miró fijamente a Wabi.

—¿Has pensado alguna vez en la posibilidad de que John Ball no haya sido asesinado?

Wabi se acercó más a él con inusitada ansiedad.

—He tenido esa idea.

—Una vez muertos los franceses en el duelo a cuchillo, él pudo regresar y apoderarse del oro... —opinó Roderick.

—No, no ha sido ése precisamente mi pensamiento.

Y Wabi se levantó súbitamente para reunirse con Mukoki en las tinieblas del abismo.

Roderick quedó perplejo. Algo del tono en que Wabi había hablado, de la expresión de su rostro y de las palabras que había dicho llamó grandemente su atención.

El joven indio volvió pronto a su lado, mas no habló nuevamente de John Ball.

Los dos jóvenes se acostaron, pero Mukoki permaneció en vela. Estuvo largo rato sentado junto al fuego, crispadas las manos sobre el rifle que tenía en las rodillas, inclinada la cabeza y con esa inmovilidad característica en los indios. Así estuvo durante una hora, profundamente absorbido por sus pensamientos. Poco después de descubrir la segunda bala de oro, Wabi había murmurado algunas palabras a su oído, sin que Roderick se enterase, y acababa de repetírselas en la oscuridad de la noche.

Las palabras de Wabi dieron que pensar a Mukoki. Pensaba en algo que había ocurrido mucho tiempo atrás, cuando, según sus ideas, las selvas eran jóvenes y él joven también. En aquellos tiempos un perro constituía un gran tesoro para su dueño. Un invierno se había adentrado mucho con su fiel compañero en las regiones selváticas del Norte, a más de una luna de distancia desde su tribu. Cuando regresó, meses más tarde, el can no le acompañaba. De la solitaria choza de caza, escondida en lo más profundo de las selvas, el perro había desaparecido y no había vuelto. Todo esto sucedió antes de que Mukoki hallara a la hermosa india que llegó a ser su mujer y fue más tarde devorada por los lobos y, naturalmente, el indio echó de menos al perro como hubiese echado de menos a un hermano. El cariño de los indios, hasta por los animales, es algo inextinguible, y más de veinte meses más tarde, dos años de la vida de un hombre, regresó de nuevo a la solitaria choza de caza y allí encontró a *Wholdaia*, el perro. El animal le reconoció y saltó alegremente en torno de él, pero cojeando. Al ver que le faltaba una pata, Mukoki comprendió por qué el perro no pudo volver dos años antes. Dos años es un plazo muy largo en la vida de un perro y sus bigotes y su lomo estaban encanecidos por la edad y por el sufrimiento.

Y Mukoki pensaba en *Wholdaia* y en el loco. ¿No podría ser que éste hiciera lo que había hecho aquél? ¿No podría ser que el hombre rabioso que disparaba balas de oro y aullaba como un lince fuera el propio John Ball? Tales fueron las ideas que promovieron en el cerebro del indio las palabras de Wabi. Éste nada había dicho a Roderick de sus suposiciones. Había hablado a Mukoki de ello porque sabía que el viajero buscador de sendas podría ayudarle a aclarar el enigma.

A la mañana siguiente, mientras sus compañeros terminaron de almorzar, Mukoki se preparó para realizar una excursión que duraría un día entero.

—Ir precipicio abajo —explicó a Roderick—. Buscar sitio para salir al llano. Buscar carne.

Los dos buscadores de oro continuaron sistemáticamente en sus trabajos, empezando cerca de la cascada, y descendiendo poco a poco, muy poco a poco, pues habían de lavar la arena de ambas orillas. Al mediodía habían recorrido cerca de doscientos metros sin más recompensa que un pedacito de oro, el cual no valdría más de un dólar, que halló Roderick. Cuando la oscuridad les obligó nuevamente a suspender la labor, habían lavado la arena del río en una extensión de un cuarto de milla sin descubrir nuevos indicios del tesoro de John Ball. A pesar del fracaso, estaban los dos menos desanimados que el día anterior, pues la experiencia primera les había producido el efecto de un sedante convenciéndoles de que tendrían que realizar una labor larga y dura.

Mukoki volvió a primera hora de aquella misma noche, cargado de carne de reno, y contó que la primera abertura de las paredes del abismo se hallaba a más de cinco millas de distancia. Los aventureros sintieron haber cortado el árbol, pues habían decidido buscar el oro en las márgenes de lo alto de la cascada, para lo cual necesitarían hacer una caminata de diez millas, cinco hasta la abertura encontrada por

Mukoki y cinco desde ella hasta la parte superior de la catarata.

A la mañana siguiente comenzaron el viaje llevando consigo provisiones para varios días y además una cuerda gruesa, mediante la cual podrían descender luego al campamento cuando el trabajo estuviera terminado. Roderick había observado que las rocas que se hallaban dentro del cauce del río sobresalían ahora mucho más que cuando las vieron por primera vez, e informó a Wabi del hecho.

—Las aguas bajan rápidamente —explicó éste—, porque dos lagos que alimentaban este torrente se han secado. Dentro de una semana no habrá más que unos cuantos centímetros de agua debajo de la cascada.

—Y entonces encontraremos el oro —declaró Roderick con entusiasmo—. Repito que no hemos profundizado bastante en la arena. El oro ha estado allí durante cientos de años y probablemente se halla muy hondo. Ball y los franceses encontraron veintisiete libras de oro en un mes, pero este mes fue el de junio y el torrente entonces estaba casi seco. ¿Has leído alguna vez algo sobre los descubrimientos de oro en Alaska y el río Yukon?

—Sí, algo he leído cuando iba a la escuela.

—Pues bien; los yacimientos más importantes se encontraron siempre a varios pies de profundidad, y cuando un buscador de oro hallaba señales en la arena, siempre podía estar seguro de que debajo encontraría oro en abundancia. Por lo tanto, nosotros encontraremos nuestro oro cerca de la cascada.

La confianza de Roderick fue lo que principalmente mantuvo la esperanza de los tres buscadores de oro durante los tres días que siguieron, porque la busca fue infructuosa, pese a lo concienzudamente que se realizó. Metro a metro lavaron arena en un trecho de más de una milla río arriba.

Días después, como Roderick había previsto, las aguas descendieron hasta permitirles vadear el río sin mojarse más arriba de las rodillas. Al finalizar el cuarto día de su excursión se deslizaron por la cuerda a la parte baja del río. Tan convencido estaba Roderick de que el oro se ocultaba en el lecho del río, que aquella misma noche practicó a la luz de una antorcha un hoyo de cuatro pies y, a la luz de la hoguera, lavó cuatro vasijas de fango. Sin embargo, no halló vestigios del codiciado metal.

Los trabajos que realizaron al día siguiente no dejaron ya lugar a dudas. Los buscadores no habían hallado, después de tantos días de infatigable tarea, sino dos o tres partículas de oro. Aquella noche reinó la más honda melancolía en el campamento. Tanto Roderick como Wabi se esforzaron vanamente en sobreponerse a su actual decaimiento.

Sólo Mukoki, para quien el oro tenía un valor efímero, continuaba siendo el de siempre. No obstante, se sintió contagiado de la tristeza de sus compañeros. Roderick no hallaba más explicación al fracaso sufrido que la siguiente: John Ball y los dos franceses habían encontrado un rico depósito de oro y lo habían agotado.

—Pero ¿y el cazador loco, con sus dos balas de oro? —preguntó Wabi, deseoso

de hallar un asidero para sus esperanzas—. Cada bala pesa una onza y me apuesto la vida a que proceden de este precipicio. El loco sabe dónde está el oro.

—Pronto volver —gruñó Mukoki—. Vigilarle. Encontrar oro entonces.

—¡Eso es lo que haremos! —gritó Wabi, y de un brinco se puso de pie y se abalanzó sobre Roderick, a quien hizo caer de espaldas en la roca donde estaba sentado—. ¡Vamos, Roderick, ámate! El oro está aquí y hemos de hallarlo. ¡Ámate, hombre! Nunca creí que te amilanaras tan fácilmente.

Roderick reía cuando Wabi le dejó al fin que se levantara, pero no antes de propinarle una buena paliza.

—Me la tengo bien merecida por desanimarme. Tenemos toda la primavera y todo el verano por delante. Además, si no hallamos el oro antes de que terminen las nevadas, podemos volver al año próximo.

—Y traeremos con nosotros a Minetaki —añadió Wabi, brincando alegremente—. ¿Qué dices a esto, amigo mío?

Y dio a su compañero un golpe en el costado, lo cual provocó una serie continuada de carcajadas y una empeñada lucha en la que la agilidad gatuna del joven indio llevaba, como siempre, la mejor parte.

A pesar de los felices momentos en que la natural alegría y el entusiasmo de los jóvenes aventureros solía vencer su desaliento, en la semana que siguió no consiguieron sino acrecentarlo. Exploraron el precipicio en muchas millas de extensión sin hallar más de una onza de oro. Si no hubiesen encontrado el menor vestigio de él, su desengaño hubiera sido más soportable, pues entonces, como Wabi decía muy bien, hubiesen abandonado la empresa. Pero las pepitas amarillas que muy de tarde en tarde hallaron les obligaron a continuar buscando. Día tras día, persistieron en sus esfuerzos; noche tras noche, junto al fuego del campamento, inculcáronse mutuamente nuevas esperanzas e hicieron nuevos planes. Avanzaba la primavera, fue haciéndose el sol más cálido de día en día, las yemas de los álamos convirtiéronse en menudas hojitas y de allende el precipicio llegaron las primeras sorpresas del estío con los perfumados vientos del Sur, que acarreaban el aroma de los bálsamos, de los pinos y de la abundante flora de las llanuras.

Mas, finalmente, los aventureros tomaron una decisión. Llevaban tres días sin hallar ni un solo grano de oro y resolvieron abandonar el campamento a la mañana siguiente dejando la canoa allí, pues el torrente tenía a la sazón tan poca profundidad que en él no podía navegar ni aun la ligera embarcación de corteza de abedul. Continuarían a lo largo del precipicio en busca de nuevas aventuras. Tenían por delante todo el verano y si habían fracasado en aquella empresa, cabía la posibilidad de que hallasen otro yacimiento de oro. Cuando menos, la excursión en las regiones inexploradas de la selva sería muy emocionante.

Mukoki se puso en pie, dejando a Roderick y a Wabi discutiendo sus proyectos. De pronto se volvió hacia ellos y de sus labios brotó un grito de sorpresa; al mismo tiempo señalaba con la mano la parte superior de la hondonada.

—¡Escuchar!... ¡Él!... ¡Él!

El rostro del viejo indio expresaba una gran emoción. Permaneció durante medio minuto completamente inmóvil, con el brazo extendido y los negros ojos fijos en Wabi y Roderick, que quedaron también petrificados. Entonces llegó desde lejos, desde muy lejos, una voz extraña, trémula, que llenó a los que escuchaban del mismo horror que experimentaron cuando la oyeron en el antiguo campamento, pues se trataba del famoso grito del loco.

Al oírlo, Wabi se puso de un salto en pie, con los ojos llameantes, pálidas las bronceadas mejillas y presa de una emoción mayor aún que la que poseía Mukoki.

—¿Qué te decía yo, Mukoki, qué te decía yo?

El cuerpo del joven indio tembló, sus manos se crisparon y cuando se volvió hacia Roderick, éste quedó sorprendido ante el cambio que se había operado en su amigo.

—Roderick... ¡John Ball regresa al sitio donde se halla su oro!

Apenas pronunció estas palabras, desapareció la tensión de sus músculos y sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo.

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera reprimirse. En seguida se arrepintió. Había ocultado la idea de que John Ball y el cazador loco fuesen una sola persona, porque, a pesar de que este pensamiento tomaba cada vez más consideración en su mente, comprendía que la lógica lo negaba y no quería discutir el asunto con Roderick. Mas las palabras ya estaban dichas. Un vivo rubor coloreó las mejillas que antes se mostraron pálidas. Pero se inclinó hacia Roderick lleno de interés, pues no hubiera creído que el rostro de su amigo experimentara tal cambio.

—Lo sospecho desde hace mucho tiempo —continuó diciendo Wabi—. Desde que encontramos aquellas huellas en la arena. Para cerciorarnos, no necesitamos más que una sola prueba.

—¡Escucha! —exclamó Roderick reclamando atención con un ademán.

Esta vez, con más claridad, oyóse de nuevo el grito del cazador loco, el cual acercábase a ellos por la parte alta del precipicio.

Roderick se puso en pie, mirando fijamente a Wabi. Tenía el rostro densamente pálido.

—¡John Ball! —repitió, como si acabara de oír lo que el otro dijo mucho antes—. ¡John Ball!

La verdad, la única verdad posible para su razón, se le reveló con la rapidez del relámpago y durante muchos segundos, en los que pudo oír claramente los acelerados y fuertes latidos de su corazón, permaneció como idiotizado. ¡John Ball! John Ball volvía a la vida para indicarles el lugar en que el oro se hallaba, para contarles la tragedia remota de la cabaña.

Mukoki entró en aquel momento en acción.

—¡Esconder! —exclamó—. ¡Esconder todo..., todo!

Los dos jóvenes comprendieron.

—Es necesario que no vea ninguna señal de nuestra presencia aquí —grito Wabi, recogiendo al mismo tiempo los utensilios que halló a mano—. Vamos a esconderlo todo entre los cedros.

Mukoki corrió hacia el refugio que se habían construido con ramas de cedro y comenzó a derribarlo. Durante cinco minutos los aventureros trabajaron afanosamente y en este espacio de tiempo volvieron a oír el terrible gemido del loco. Cuando lo hubieron escondido todo, ocultándose ellos también en la sombría y vieja cabaña, oyeron de nuevo el grito, esta vez más cercano. En realidad no era un grito lo que surgía de los labios del loco, sino un largo plañido, lleno de infinita dulzura, que esta vez, en vez de horror, les inspiró lástima. ¿Qué cambio se había operado en el loco? Repetíase el lamento constantemente, con pocos segundos de intervalo, aproximándose cada vez más. Llegó un momento en que Roderick sintió tentaciones de echar a correr y tender sus manos al extraño ser que se aproximaba por la orilla del río.

Cuando miró hacia arriba, vio una figura que corría por el borde de la gran roca inmediata a la cascada. Roderick hizo un supremo esfuerzo para reprimir el grito que pugnó por salir de sus labios, pues tenía la seguridad de que estaba contemplando a John Ball.

Por un instante, la extraña figura se acurrucó allí donde había estado el tronco, y cuando se dio cuenta de que éste había desaparecido, se irguió y profirió un grito lastimoso cuyo eco retumbó suavemente en el abismo.

Viéndole erguido, los aventureros se percataron de que el cazador loco era un hombre viejo, alto y delgado y que su cabeza y su pecho se ocultaban tras luenga cabellera y pobladas barbas. En la mano llevaba un fusil..., el fusil con que disparaba las balas de oro..., y aun a la distancia a que se hallaban los tres que espiaban desde las sombras de la cabaña, vieron que era un fusil largo, similar a los que habían encontrado en la otra cabaña, junto a los esqueletos de los dos franceses muertos en el fatal duelo a cuchillo.

Aguardaron conteniendo la respiración, sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo. Nuevamente se inclinó el viejo sobre el borde de la roca y profirió un largo grito quejumbroso. Después tendió los brazos y volvió a plañir, como implorando ayuda de alguien. La escena conmovió hondamente a Roderick. Nubláronse sus ojos y sintió una extraña opresión en la garganta. Los dos indios miraban con ojos fijos, impávidos. Para ellos, el incidente era explicable. Mas para Roderick era el grito de un alma que llamaba a la suya; el grito de un ser de su propia raza. Parecíale que el viejo le tendía a él los brazos, que la sollozante voz, llena de ternura, de desesperación, de descorazonamiento, era una súplica que iba dirigida a él. Profiriendo un grito ahogado se abrió paso Roderick entre sus amigos y, quitándose la gorra, elevó su blanca faz hacia el ser que se hallaba en el borde de la roca. Avanzó lentamente, y, al mismo tiempo, le llamó con dulzura:

—¡John Ball, John Ball, John Ball!

Instantáneamente el loco volvió a erguirse y se dispuso a huir.

—¡John Ball! ¡John Ball!

Y su voz era casi una súplica. Olvidóse de todo, menos de la solitaria figura que había sobre la roca, y siguió aproximándose, sin dejar de pronunciar suavemente el nombre del loco. Éste se dejó caer de rodillas, miró a Roderick y contestó con un gemido.

—¡John Ball! ¿Eres tú John Ball?

Roderick se detuvo; el loco se hallaba tan sólo a doce metros de él. El joven se estremeció y contuvo el aliento cuando vio lo extrañamente que le miraba el viejo.

—John Ball...

Los ojos del viejo se desviaron un momento de Roderick y percibieron dos cabezas que asomaron por la puerta de la cabaña. Entonces se puso rápidamente en pie, permaneció erguido un instante en el borde de la roca y dando un grito corrió con la fiera agilidad de un tigre hacia la cascada. Se vio cómo se precipitaba en el agua, cómo caía en ella y desaparecía en la profunda rebalsa que había debajo.

Wabi y Mukoki lo habían presenciado todo, y el joven indio estuvo al lado de la rebalsa antes de que Roderick pudiera reponerse de su asombro. En aquel sitio el agua tendría la profundidad de la estatura de un hombre. De anchura no tendría la rebalsa más de cuatro metros.

—¡Debemos evitar que se ahogue! —exclamó Wabi con voz estentórea.

Roderick corrió hacia el borde de la rebalsa; Mukoki estaba también allí, entre él y Wabi. Prontos a saltar a las frías aguas tan pronto como asomara la cana cabeza del viejo o uno de sus brazos, los tres escudriñaban ávidamente la profunda rebalsa. Pasó un segundo, dos, tres, cinco, y nada vieron. El corazón de Roderick comenzó a latir desordenadamente. ¡Diez segundos! ¡Quince! Miró a Wabi. Éste se había quitado la chaqueta de piel de reno. En sus ojos leíase el mismo temor que embargaba a Roderick.

—Voy a buscarlo.

Y rápidamente se zambulló de cabeza en la balsa. Mukoki se quita también la chaqueta y aguardó. Apareció al fin la cabeza de Wabi.

—¡Ahora ir yo! —dijo el viejo cazador.

Y se zambulló, reanudando con Wabi la rebusca. Roderick aguardaba lleno de ansiedad. Apareció al fin el joven indio, después de Mukoki. Viéndoles salir del agua, Roderick perdió hasta el último vestigio de esperanza, pues creyó que habían transcurrido horas desde que se lanzaron en busca de John Ball. John Ball, pues, estaba muerto.

Ya no dudaba acerca de la identidad del cazador loco. La extraña y curiosa luz que animó la mirada del viejo cuando oyó llamarse por su nombre había dicho mucho a Roderick. Aquél era John Ball, y John Ball había muerto. Por tercera, cuarta y quinta vez se lanzaron al agua Mukoki y Wabi. Por fin salieron definitivamente. El viejo indio corrió hacia la cabaña a encender fuego para secarse, pero Wabi

permaneció junto a la rebalsa, chorreando y temblando. Tenía las manos crispadas, y Roderick vio que estaban llenas de arena y grava. Mecánicamente abrió el joven indio las manos y contempló lo que inconscientemente había cogido del fondo de la rebalsa.

Quedó estupefacto. Al fin, lanzando un grito de emoción, tendió la mano para que Roderick viera lo que había en ella.

Despidiendo áureos destellos, aparecía entre la arena una pepita de oro puro, una pepita tan grande, que Roderick profirió un alarido de salvaje alegría y se olvidó de John Ball, el cazador loco, muerto o a punto de morir en el fondo de la rebalsa.

Capítulo XVI

John Ball y el oro

Al oír el grito de Roderick, Mukoki corrió hacia la rebalsa, y antes de que llegara al punto donde se hallaba el joven blanco con la pepita amarilla en la mano, Wabi se había vuelto a zambullir. Estuvo el joven varios minutos debajo del agua, y cuando salió a flote había tal expresión de horror en su rostro que Roderick creyó que su amigo había hallado el cadáver del loco.

—No está... en el agua... —dijo Wabi, jadeante.

Mukoki se encogió de hombros.

—¡Muerto! —gruñó.

—¡No está en la rebalsa!

Los ojos de Wabi refulgían.

—¡No está en la rebalsa! —repitió.

Mukoki miró hacia el río. El agua allí no llegaría a una persona más arriba de las rodillas.

—¡No poder pasar por allí!

—¡No!

—¿Entonces...?

Mukoki se encogió de hombros nuevamente y señaló hacia la rebalsa.

—Cuerpo quedarse debajo de la roca. Estar allí.

—¡Ve a verlo! —dijo Wabi simplemente.

Y marchó hacia la hoguera, seguido de Roderick. Éste se dedicó a buscar leña mientras su amigo se calentaba. Los dos oyeron como el viejo buscador de sendas volvió a arrojarse al agua.

Diez minutos más tarde estaba Mukoki con ellos.

—¡No estar! Hombre “rabioso” no estar allí.

Y levantó el brazo para señalar la rebalsa.

—Bala de oro —gruñó luego.

En la palma de la mano tenía otra pepita amarilla del tamaño de una avellana.

—Ya te dije —recordó Wabi— que John Ball volvería a buscar su oro. El tesoro está en la rebalsa.

Mas ¿dónde estaba John Ball?

Hubiera muerto o viviera, ¿dónde se hallaba?

En otras circunstancias, la alegría de los buscadores de oro hubiera hecho retumbar las paredes del abismo, pero algo enfriaba su entusiasmo.

Habían dado con el oro, pero ninguno de los tres lanzó un solo grito de triunfo. Parecíales que John Ball había muerto por ellos. En su mente había arraigado la idea de que si no hubieran cortado el árbol, John Ball viviría aún. Indirectamente, los tres eran culpables de la muerte de aquel pobre ser que, durante cerca de medio siglo, había vivido en aquellas solitarias regiones. El aspecto del viejo cuando apareció en el borde de la roca, el tono de súplica que había en su sollozante voz, el gemido de desesperación que lanzara al ver que el árbol había desaparecido, todo esto había despertado en los tres aventureros algo que era más que mera simpatía por el pobre loco. Los tres, en aquel momento, hubiesen renunciado gustosos a sus sueños de oro, si tal sacrificio hubiera podido volver a la vida al triste y solitario viejo que les miraba tan patéticamente desde el borde de la roca.

—Siento de veras que hayamos cortado el árbol —dijo Roderick.

Éstas fueron las primeras palabras que se pronunciaron después de un largo silencio.

—Yo también lo siento —respondió Wabi con sencillez, a la vez que se quitaba la ropa mojada—, pero... —y se detuvo, encogiéndose de hombros.

—¿Qué?

—Es que damos por descontado que John Ball haya muerto. Si lo está, ¿por qué no hallamos el cadáver en la rebalsa?

—Yo creo que está en la rebalsa —declaró Roderick.

Wabi se volvió hacia él y repitió las palabras que media hora antes dirigió a Mukoki:

—¡Ve a verlo!

Después de los infructuosos buceos de los dos indios, Roderick no creyó necesario aceptar la invitación de Wabi. Mukoki había colgado, para que se secase, la mitad de su ropa junto al fuego y estaba fijando una de sus vasijas en un largo palo. Bien claro estaba que el indio tenía la intención de dragar la rebalsa para extraer el oro. Roderick ayudó al viejo. Cuando la vasija estuvo bien sujeta al palo, Wabi se separó del fuego y se reunió con sus amigos. Juntos volvieron a la rebalsa. Sumergiendo la draga improvisada, Mukoki sacó una buena cantidad de arena y grava, que vació sobre una de las rocas planas. Los jóvenes se apresuraron a limpiar de fango toda la piedrecilla que les parecía sospechosa.

—Lo más conveniente es hacer el lavado —dijo Roderick, cuando Mukoki echó otra carga de grava y arena encima de la roca—. Voy a buscar agua.

El joven corrió hacia el campamento para buscar las otras vasijas, y cuando regresó, vio que Wabi hacía grotescas piruetas sobre la roca, mientras Mukoki, sin dejar de trabajar, reía en silencio.

—¿Qué dices a esto? —gritó Wabi cuando Roderick se acercó corriendo—. ¿Qué dices a esto?

Y alargó la mano, en cuya palma brillaba una tercera pepita de oro de doble tamaño que la que descubriera Mukoki.

—La rebalsa debe de estar llena de ellas —pudo articular por fin Roderick.

Después llenó su vasija de arena y grava y corrió hacia la orilla del río. Allí comenzó a lavarla, y en su ansiedad vertió con el agua algo de grava, mas se propuso obrar con más tiento en los nuevos lavados. Sin embargo, notó que no lograba extraer toda la arena. Cuando vio que ésta permanecía entre las menudas piedras, dando así una idea de su mucho peso, la emoción anudó su garganta. Sumergió una vez más su vasija en el río y colocó el recipiente de modo que en él penetrara bien la luz. Vio entonces infinitas partículas brillantes, mientras en el centro de la vasija relucía una pepita de oro puro del tamaño de un guisante. ¡Por fin habían dado con el filón! Al contemplar el tesoro que ofrecíase a su mirada, consideró realizadas todas sus esperanzas, todas sus ambiciones. En aquellas relucientes partículas vio la solución económica de su hogar. Se había acabado la amarga lucha por la existencia, los sacrificios, los sinsabores para poder sostener la casita en que muriera su padre.

Cuando se volvió hacia Wabi, llevaba retratada en el rostro la emoción de su alma.

—¡Otra pepita! —exclamó Wabi, emocionado.

—No es otra pepita solamente. —Y movió la vasija, hasta que mil partículas de oro brillaron ante los ojos del joven indio—. ¡La arena está llena de polvo de oro!

Temblábale la voz, estaba intensamente pálido. Wabi miraba a su amigo sin decir nada.

Mukoki también miraba a Roderick.

El indio reanudó su tarea, y Roderick hizo lo propio. Media hora más tarde mostró nuevamente a Wabi el contenido del recipiente. Ya no había grava; todo era polvo de oro puro. En la vasija de Wabi tampoco había ninguna pepita, pero en el fondo fulgía una buena porción de la preciosa arena.

Mukoki había vaciado su recipiente y examinaba en silencio lo que extrajera del fondo del río, cuando Roderick se acercó a él para llenar por tercera vez su vasija. Las primeras sombras de la tarde invadían el precipicio, y Roderick, al terminar de hacer el cuarto lavado, advirtió que ya no podría distinguir las partículas amarillas. Fuera de aquella primera pepita, sólo había hallado oro en polvo. Tampoco Wabi había hallado entre la áurea arena más que tres pepitas.

Cuando dieron por terminada su labor, Mukoki se acercó al joven indio y le mostró, riendo entre dientes, lo que había en la palma de su mano. Wabi lanzó un grito de asombro, el cual hizo que Roderick acudiera rápidamente a su lado. ¡La mano de Mukoki estaba llena de pepitas!

Mukoki echó el oro en las manos de Wabi, quien, después de sopesarlo, lo entregó a Roderick. Cuando éste sintió en sus manos el peso del oro, no pudo

reprimir por más tiempo el grito de júbilo que su alma ansiaba proferir. Corrió hacia el campamento y regresó con las pequeñas balanzas que había traído de la factoría. Con ellas comprobaron que las pepitas de oro pesaban siete onzas y unas once el precioso polvo, deduciendo un tercio por la mezcla de arena que pudieran contener.

—¡Dieciocho onzas! —exclamó Roderick con voz trémula—. A veinte dólares onza... ¡trescientos sesenta dólares! —calculó rápidamente.

—En menos de medio día de trabajo —añadió Wabi—. En proporción sacamos más que John Ball y los dos franceses. A este paso serían dieciocho mil dólares al mes.

—Y en otoño... —empezó Roderick.

Le interrumpió la risita inmutable de Mukoki, cuyo rostro se cubrió de arrugas.

—En veinte lunas... ¿cuánto hacer entonces? —preguntó.

Jamás había oído Wabi hacer un chiste a Mukoki, y echándose a reír estruendosamente dio al viejo un empujón que le hizo rodar sobre la roca en que estaba sentado. Roderick rió también.

Mas pronto se dieron cuenta los muchachos de que la pregunta de Mukoki no era en realidad un chiste.

Durante varios días continuaron el trabajo sin interrupción. El contenido de la bolsa de piel de anta, oculta en la guarida de ramas de bálsamo, aumentaba constantemente de peso. El quinto día halló Roderick diecisiete pepitas entre el polvillo de oro, una de ellas tan grande como la falange superior de un dedo pulgar: El séptimo día fue el más productivo. Durante el noveno sucedieron cosas asombrosas. Aquel día Mukoki se vio obligado a trabajar incesantemente, con objeto de proveer a los dos jóvenes de arena y grava suficiente para lavar. La draga improvisada no sacaba el fango sino en pequeñas porciones. Entonces comprendieron la realidad.

La rebalsa estaba agotada. No quedaba ni polvo ni pepitas.

Con todo, tal descubrimiento no desanimó a los aventureros, pues dedujeron que el criadero del oro debía de hallarse muy cerca de la rebalsa y confiaban en hallarlo pronto. Además, habían acumulado ya una cantidad de oro que para ellos significaba una fortuna cuantiosa. Correspondía a cada uno dos mil dólares cuando menos.

Continuaron trabajando hasta que la draga de Mukoki subió vacía del fondo de la rebalsa, cosa que sucedió tres días después.

La última porción de arena se lavó por la mañana, y como ya comenzaba a corromperse la carne de reno que tenían cazada, Mukoki y Wabi salieron después de comer dispuestos a renovarla, mientras Roderick se quedaba en el campamento.

Las misteriosas sombras de la noche que invadían el abismo mucho antes de que el sol se pusiera en las llanuras, descendían ya sobre el campamento cuando Roderick se dispuso a preparar la cena, confiando en que sus compañeros no esperarían a que fuese completamente de noche para regresar. Tan abstraído estaba en su tarea, que no se dio cuenta de que una vaga sombra iba aproximándose cautelosamente desde las

rocas. No vio los destellos de dos ojos que, como carbones encendidos, le observaban fijamente desde la obscuridad.

No se dio cuenta hasta que oyó un suave sonido, débil como un lamento. Levantó entonces la vista. La impresión le hizo ponerse en pie de un salto. A pocos metros de él vio un rostro blanco, cuyos ojos penetrantes le miraban fijamente. Aquella faz ornada de espesa barba y enmarañada cabellera ¡era la del cazador loco!

Roderick dio gracias al Supremo Hacedor por haberle concedido el don de la valentía. El joven, iluminado por la luz de la hoguera, tendió otra vez las manos al misterioso ser y nuevamente pronunció con suavidad y tono de súplica el nombre de John Ball. Obtuvo una respuesta débil, apenas modulada. Esta respuesta se repitió una y otra vez en los labios del loco, y Roderick se emocionó al ver que el desventurado habitante de las selvas avanzaba temerosamente hacia él, ofreciéndole un pescado que llevaba en la mano.

El joven avanzó e hizo ademán de coger lo que el loco le ofrecía, mas éste abatió la cabeza como si temiera recibir un golpe.

—¡John Ball! ¡John Ball! —imploró Roderick.

No se le ocurrió decir otra cosa. Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, avanzó paso a paso, hasta que se halló tan cerca del loco que hubiera podido caer sobre él de un solo salto. Entonces se detuvo.

El loco dejó caer el pescado en el suelo y fue retirándose poco a poco, mientras murmuraba palabras incoherentes. Luego se irguió de súbito y, profiriendo un grito, corrió hacia la rebalsa. Roderick le siguió y pudo ver como el loco se arrojaba al agua. Oyó el ruido de su cuerpo al zambullirse. Después todo quedó en silencio.

Roderick permaneció largo tiempo inmóvil, contemplando el agua, mientras recibía en el rostro salpicaduras de la catarata. Esta vez la zambullida del loco no le llenó del sentimiento de horror que experimentara la primera vez que le viera arrojarse desde la roca.

Comprendió que el viejo tenía un refugio en alguna parte oculta de la rebalsa.

Mas ¿dónde se hallaría este refugio? Sus ojos escudriñaron la cortina de agua, cuya anchura no pasaba en aquella época de cuatro metros, y tras la cual se ocultaba la pared roqueña. ¿Qué había detrás de la cascada? ¿Sería posible que John Ball se escondiera allí?

Roderick regresó al campamento convencido de que por fin había dado con la solución del misterio. ¡John Ball vivía detrás de la catarata! Aún creía el joven estar oyendo los extraños gemidos del loco y se convencía cada vez más de que aquellos gemidos inarticulados podían traducirse por el nombre de John Ball. Si antes tuviera alguna duda sobre la identidad del viejo, ahora ya tenía la seguridad de que el loco era John Ball, y dominado por tal pensamiento se detuvo junto al pescado —que representaba una ofrenda de paz—, y volvió a dirigir la mirada hacia las negruras de la soledad en que se hallaba envuelta la rebalsa.

Sin darse cuenta, emitió Roderick un grito plañidero semejante al que lanzara el

viejo, y una y otra vez pronunció el nombre de John Ball, cada vez con mayor fuerza, hasta que el eco de su voz retumbó a lo lejos, en las oscuras profundidades del precipicio. No obtuvo, sin embargo, ninguna respuesta. Luego fijó su atención en el pescado. Roderick lo recogió y, a la luz de la hoguera, vio que era un pez extraño, de escama casi negra. Tenía el tamaño de una trucha, pero no lo era. Roderick examinó detenidamente la gruesa cabeza y dio un grito de asombro al ver que no tenía ojos.

Adivinó de pronto la verdad, la verdad acerca de lo que existía detrás de la cascada, donde se refugiaba John Ball.

Tenía en sus manos un pez sin ojos, un ser que pertenecía a un mundo desconocido que en forma de gruta debía de existir detrás de la cortina de agua y en el cual John Ball tendría comida y abrigo.

Capítulo XVII

Un mundo subterráneo

Cuando media hora más tarde Mukoki y Wabi regresaron al campamento, las galletas estaban aún sin cocer, y de la hoguera no quedaba sino un montón de ascuas rojizas. Junto a ella estaba sentado Roderick, con el extraño pescado a sus pies. Antes de que Mukoki pudiera tirar al suelo la carne que llevaba, el joven les mostró el pez, relatando en dos palabras lo que había sucedido. Luego habló también de lo que había pensado mientras descansaba junto al fuego, haciendo resaltar sobre Lodo el hecho de que detrás de la cortina de agua de la cascada debía existir una gran caverna, y que en la caverna no sólo se hallaría a John Ball, sino también el yacimiento de aquel tesoro, del que habían encontrado parte en la rebalsa.

En las horas sucesivas se habló más de John Ball que del tesoro. Una y otra vez describió Roderick la visita del loco, habló del trémulo y plañidero quejido, de la ofrenda de amistad, de la luz que se hizo en sus ojos cuando él lo llamó por su nombre. Hasta el estoico Mukoki se conmovió profundamente al oír el relato. Roderick dijo también que el loco ya no llevaba su fusil y que, por tanto, ya no pensaba en atacarles. En su pobre cerebro debió de originarse algún maravilloso cambio que le impelió hacia ellos. Buscaba y anhelaba la compañía de los aventureros, su amistad, lo que hizo pensar a Roderick qué la última chispa de inteligencia no se había apagado en el cerebro de John Ball.

Cuando los buscadores de oro se envolvieron por fin en sus mantas y se acostaron en su guarida, no fue la idea del tesoro lo que les robó el sueño. La busca del pobre demente reclamaba con apremio la atención de sus nobles espíritus.

Levantáronse a la hora del alba y cuando se hizo de día ya se hallaban dispuestos para realizar la exploración de la cascada. Wabi llevaba, envuelto en una lona, un rifle y media docena de antorchas de madera de pino; Mukoki, una buena cantidad de carne cocida. Cuando se hallaron junto a la cascada, dijo Roderick:

—La boca de la caverna ha de estar inmediatamente detrás de la cortina de agua.

—Yo lo veré —dijo Wabi—. Aguardad vosotros.

Y saltó al agua. Pasó un minuto, pasaron dos, y no se le vio salir a flote. Roderick comenzó a sentirse impotente para dominar sus nervios. Mukoki, en cambio, reía

entre dientes, muy confiado.

—¡Tener razón tú! —dijo, respondiendo a una mirada interrogante del joven.

Y en aquel mismo momento subió Wabi a la superficie, como si fuera un enorme pez. Roderick le ayudó a subir a las rocas.

—¡Qué listos somos tú y yo, Mukoki! —exclamó tan pronto como recobró el aliento—. Precisamente detrás de la cortina de agua tropecé con la pared roqueña que ya vimos cuando buscábamos a John Ball. Con el agua por los hombros me he hallado ante un boquete tan grande como una casa.

—¡Bucear con cuidado! —avisó el viejo indio, volviéndose a Roderick—. Golpe cabeza encima roca... ¡adiós!

—No tenemos que bucear —dijo Wabi—. Debajo de la cascada el agua no tiene más de un metro veinte centímetros de profundidad. Por la otra orilla podemos entrar vadeando.

El joven indio cogió el paquete de las antorchas y se metió en el agua por el lado de la pared roqueña. Roderick le siguió de cerca.

Hizo acopio de aire y cruzó por el furioso aluvión de la cascada. Aún podía permanecer sin respirar cuando se halló a la otra parte de la cortina de agua, por lo que dedujo que la operación no había durado sino un breve aunque emocionante momento. Al principio no distinguió nada. Luego vio la entrada de la tenebrosa caverna.

Agarróse al borde del suelo roqueño de la gruta y Subió a ella como Mukoki y Wabi habían hecho antes. Sintió bajo sus pies una blandura de arena. De pronto se sintió asido por el brazo y oyó un grito ahogado por el estruendo de la cascada.

—¡Mira!

Roderick se quitó el agua de los ojos y escudriñó las sombras. Al principio no vio nada. Luego percibió el débil destello de una luz, que de momento semejaba el distante resplandor de una estrella. Haciendo un esfuerzo lo distinguió más claramente y, asombrado, se dio cuenta de que la luz subía y bajaba misteriosamente.

Apretando el brazo de Wabi con una crispación nerviosa, advirtió que la luz iba descendiendo y que, de pronto, se desvaneció.

Mukoki desapareció en la obscuridad y los dos jóvenes le siguieron muy de cerca. A medida que avanzaban, el ruido de la cascada llegaba más débilmente a sus oídos. Se cogieron de la mano, pues las más densas tinieblas les envolvían. No obstante, seguían el camino que les trazaba alguna luz que Roderick no acertaba a ver. Y el portador de aquella luz era el loco de la caverna. ¿Adonde les llevaría John Ball?

Pronto observaron que no pisaban ya el liso suelo arenoso, sino que ascendían, como ascendiera antes la luz. Mukoki se detuvo y permaneció inmóvil un instante, escuchando. El tumulto de la cascada sólo se oía como un lejano murmullo, fuera del cual ningún ruido se escuchaba en aquel extraño y tenebroso mundo. Disponíanse los tres a continuar la marcha, cuando les detuvo un eco débil, semejante a un vago quejido, que conmovió profundamente a Roderick. Lentamente fue apagándose el eco

y tras él hubo un largo silencio. Poco después oyeron un grito sordo, un grito que era humano por el dolor que en él se revelaba, pero tan extraño, no obstante, que el mismo Wabi se echó a temblar. Hacía el joven inútiles esfuerzos por taladrar con la mirada las compactas tinieblas. Antes de que el eco del grito se perdiera en los últimos rincones de la caverna, Mukoki reanudó la marcha.

Paso a paso siguieron el camino de la misteriosa luz. Roderick advirtió que subían una pendiente arenosa y adivinó que al llegar a la cumbre verían la luz nuevamente; pero no se hallaba preparado para lo que presenció. De pronto, los aventureros se hallaron ante un espectáculo que les hizo detenerse. A unos cien pasos ardía, clavada en la arena, una gran antorcha de madera de pino, de un metro de alto, y, arrodillado junto a ella, con los brazos tendidos en mística actitud, estaba John Ball. Un poco más allá distinguieron un misterioso mar de negras aguas que reverberaban a la luz de la antorcha. Hacia él dirigía sus súplicas el loco de la caverna. Su voz elevábase dulcemente, y era tan suave su tono, que ni aun en el hondo silencio de la caverna lográbase apenas oír. A Roderick, aquel pobre ser le produjo el efecto de un niño transido de dolor que sollozara, y así se lo dijo al oído a Wabi. Luego, paso a paso, tan suavemente que sus pies no hicieron ruido alguno, avanzó hacia el loco.

A la mitad del camino se detuvo.

—¡John Ball! ¡John Ball! —llamó dulcemente.

La débil luz de la antorcha iluminó plenamente a Roderick cuando éste avanzó unos pasos más. Cesó el demente en sus extrañas oraciones, mas no se movió; permaneció rígido como antes, con los brazos tendidos hacia el negro mar de la caverna. Roderick se aproximó a él.

—¿Es usted John Ball?

El loco se volvió lentamente y de nuevo vio Roderick en sus ojos, que ahora brillaban a la luz de la antorcha, los destellos de la memoria y de la razón renaciente. El joven avanzó decidido, tendiendo los brazos y pronunciando el nombre de John Ball, y el loco, al verle acercarse, no retrocedió, sino que se acurrucó más, y de sus labios salieron otra vez los dulces e ininteligibles sonidos de antes. Ya se hallaba Roderick a doce pasos del loco, cuando éste se puso en pie con la agilidad del gato y, dando un grito, saltó al agua, la cual le llegaba a la cintura. Tendió nuevamente los brazos hacia el mundo misterioso de las tinieblas y luego se volvió hacia Roderick, como si quisiera explicarle algo.

—¿Qué, John Ball?

Y avanzó y penetró en el agua hasta que ésta le llegó a las rodillas.

—¿Qué, John Ball?

El loco correspondió con un gesto de desesperación. En seguida se llevó las manos a la boca y, formando bocina con ellas, como Roderick había visto hacer muchas veces a Wabi y Mukoki cuando atraían con gritos a las antas, emitió un alarido estentóreo. Roderick quedó petrificado por la sorpresa: lo que el loco pronunciaba era un nombre de mujer.

—¡Do... lo... reees...! ¡Do... lo... reees!

Cuando se extinguió el último eco del grito, Roderick pronunció también a voces el nombre que creyó haber entendido.

—¡Dolores! ¡Dolores! ¡Dolores!

Oyóse un repentino chapoteo en el agua y Roderick sintió de pronto que John Ball se abrazaba a sus rodillas, sin cesar de pronunciar entre sollozos el nombre femenino. El joven rodeó con sus brazos los hombros del pobre viejo y éste apoyó la cana cabeza contra él. Los sollozos fueron extinguiéndose. Roderick notó que el peso de la cabeza del anciano aumentaba y que su cuerpo quedaba en absoluta inmovilidad. Ello le hizo suponer que había sucedido algo al pobre demente y llamó a gritos a Mukoki y a Wabi. Éstos acudieron rápidamente y entre los tres llevaron el cuerpo del pobre John Ball adonde le alcanzara la luz de la antorcha. Tenía los ojos cerrados, las manos crispadas sobre el pecho. Hasta que Mukoki no puso una mano sobre el corazón del viejo, ninguno de los tres supo si quedaba vida en el cuerpo exánime.

—Ahora es el momento de llevarlo a nuestro campamento —dijo Wabi—. Coge tú la antorcha, Roderick, y ve delante para alumbrar el camino.

John Ball pesaba poco y Wabi y Mukoki lo transportaron con facilidad. Al llegar a la cascada, envolvieron la cabeza del viejo con la lona, y de este modo los aventureros se metieron con su carga debajo de la catarata. Alcanzaron felizmente el campamento. El viejo tardó una hora en volver a abrir los ojos. Cuando lo hizo, miró fijamente a Roderick, que estaba a su lado, y volvió a desvanecerse. Roderick, pálido, impresionado, se levantó y se dirigió a Mukoki y a Wabi.

—Temo que... esté muriéndose —dijo.

Sus dos compañeros nada contestaron. Durante largos minutos estuvieron los tres sentados en torno de John Ball, esperando que éste volviese en sí. Por fin se levantó Mukoki para sacar del fuego un recipiente con sopa caliente. El ruido despertó a John Ball, por lo que Roderick se colocó de nuevo a su lado y trató de darle de beber agua. Poco después ayudó al enfermo a incorporarse y le dio a cucharadas la sopa caliente.

Durante aquel primer día, John Ball tuvo breves treguas de lucidez. Wabi aprovechó la inconsciencia del viejo para cortarle el cabello y la barba, lo que permitió que los aventureros vieran en toda su extenuación el rostro del hombre que, medio siglo atrás, dibujara el plano por mediación del cual habían descubierto el oro. Durante la noche no se operó apenas cambio alguno en el enfermo. De cuando en cuando murmuraba palabras incoherentes, entre las que Roderick creyó discernir el nombre que oyera en la caverna. Tampoco en los dos días siguientes cambió el estado del enfermo. Mukoki, que había intentado todos los procedimientos curativos de su raza, se desesperó. John Ball no tenía fiebre y su postración era tan grande que parecía muerto. No pudieron obligarle más que a tomar sopa a cucharadas.

Durante el segundo día hizo Wabi una visita de exploración al mundo subterráneo que se hallaba detrás de la catarata. Cuando regresó, conocía ya el secreto del tesoro

de la rebalsa. El oro procedía de la caverna. La blanda arena que atravesaron al seguir a John Ball estaba mezclada con gran cantidad de oro en polvo y en pepitas. Durante las inundaciones de primavera penetraba de alguna parte agua en la caverna, la cual, al salir por la parte de la cascada, arrastraba el precioso metal hacia la rebalsa.

Sin embargo, ante el feliz descubrimiento no mostraron los aventureros gran alegría. El oro lo era todo para Roderick, porque significaba la realización de sus ambiciones y sabía que le proporcionaría una vida holgada, como la proporcionaría a las familias de Wabi y Mukoki; pero el oro podía esperar. Ya habían logrado acumular una pequeña fortuna y más tarde podrían regresar para continuar sus trabajos. Lo que en aquel momento se imponía era hacer algo para conservar la vida de John Ball, el hombre a quien debían el hallazgo del tesoro. El tercer día, Roderick expuso sus proyectos a Wabi y Mukoki.

—Es necesario que volvamos a John Ball a la factoría —dijo—. Es el único modo de salvarlo. Si partimos ahora, mientras el agua tiene aún profundidad para que en ella flote nuestra embarcación, podemos llegar a casa en el término de diez o quince días.

—La corriente es todavía demasiado rápida para que podamos remar contra ella —dijo Wabi.

—Pero podemos poner a John Ball en la canoa y remarlo así río arriba. El trabajo será duro, pero...

Miró en silencio a Wabi. Luego continuó:

—¿Qué es lo que deseamos, que viva o que muera John Ball?

—Si tuviese la seguridad de que así viviría, recorrería millas y millas tirando de la canoa —respondió el joven indio.

Si en la mente de los jóvenes quedaba un átomo de duda acerca de la decisión que habían de tomar, el propio John Ball puso aquella tarde fin a sus cavilaciones. Volvió en sí de su letargo, el cual esta vez había sido más duradero, y cuando Roderick se inclinó sobre él, le oyó decir con voz débil pero clara:

—Dolores... Dolores... ¿Dónde está Dolores?

—¿Quién es Dolores, John Ball? —preguntó entonces el joven, cuyo corazón latía violentamente—. ¿Quién es Dolores?

John Ball se llevó una de sus manos descarnadas a la cabeza y gimió débilmente. Después repitió la pregunta de Roderick:

—Dolores... Dolores... ¿Quién es Dolores?

Los dos indios se habían acercado, pero John Ball no volvió a despegar los labios. Tomó unas cuantas cucharadas de sopa y volvió a caer en el profundo sopor de antes.

—¿Quién es Dolores? —preguntó Wabi, palideciendo al mirar a Roderick—. ¿Habrá otra persona en la caverna?

—Probablemente habla de una persona que habrá conocido hace cuarenta o cincuenta años —contestó Roderick, que también estaba pálido de emoción y miraba fijamente a Wabi, y tras una breve pausa continuó—: ¡Es preciso salvar a John Ball!

Hemos de emprender la marcha ahora mismo.

—Ahora que está desvanecido podemos atarle una cuerda y subirlo a la parte superior del barranco —añadió rápidamente Wabi—. Mukoki, prepáralo todo, pues vamos a partir ahora mismo.

Aún faltaban dos horas para que se hiciera de noche, y tan pronto como determinaron volver a la factoría, se pusieron en camino. Wabi trepó por la cuerda que habían colgado en lugar del árbol, y desde lo alto de la roca subía la parte del equipo que juzgaron indispensable para el regreso. El resto lo guardó Mukoki en la vieja cabaña. Finalmente subieron a John Ball.

Aprovecharon la hora de luz que quedaba para arrastrar al enfermo en la canoa por el cauce, cuya agua era poco profunda. Durante la noche no cesaron, después de acampar, de vigilar al loco. Mukoki estuvo a su lado hasta las once, hora en que le sustituyó Wabi. Un poco después de media noche, Roderick se despertó sobresaltado en su lecho de ramas. Wabi le zarandeaba violentamente.

—¡Levántate! ¡Está hablando! Habla de Dolores y de un animal de dimensiones extraordinarias. Escucha.

—Ya lo he matado, Dolores... lo he matado... ¿Dónde está Dolores...? ¿Dónde está...?

Siguió un profundo suspiro. Tras él, John Ball permaneció silencioso.

—¿Qué habrá matado? —dijo Roderick, profundamente conmovido.

—Un animal, al parecer —murmuró Wabi—. Roderick, algo terrible debió de suceder en la caverna. No conocemos aún toda la historia. Los franceses que se mataron mutuamente por la posesión del mapa tienen un papel muy secundario en la tragedia. Los papeles principales correspondieron a John Ball y a Dolores.

Los jóvenes permanecieron atentos durante un buen rato, pero el pobre viejo no volvió a pronunciar palabra ni hacer el menor movimiento.

—Será mejor que te vuelvas a acostar —dijo por fin Wabi—. Te llamaré a las dos.

Sin embargo, Roderick no pudo conciliar el sueño. Pensó largamente en John Ball y en las palabras extrañas que pronunciaba durante su delirio. ¿Quién sería Dolores? ¿Qué terrible tragedia se habría desarrollado en aquel mundo que descubrieran en las entrañas de las rocas? Pese a su clara razón, el joven no pudo menos de hacer ciertas conjeturas sobre el nombre de mujer que siempre iba mezclado a los delirios del loco. Sin embargo, nada dijo de sus presentimientos a Wabi. Los días sucesivos fueron de angustia y de heroicos esfuerzos por los aventureros, que trataban de regresar a la factoría antes de que muriera John Ball.

Parecía que el fin de éste estaba muy próximo. Al cuarto día de camino, en las demacradas mejillas del enfermo floreció el color de la fiebre, y al quinto, un continuo delirio le agitaba. Los cazadores continuaban, infatigablemente su carrera, sin tomarse más que muy breves treguas de reposo. Durante aquellos días, el enfermo balbuceó constantemente el nombre de Dolores. Hablaba también de feroces animales y de la enorme caverna. A veces parecía que para el delirio del enfermo los animales

se convertían en extrañas personas de flamígera mirada que con sus manos peludas disparaban flechas. El octavo día, el loco volvió a caer en el marasmo, y cuatro después los aventureros llegaron, exhaustos, a la costa del lago Nipigon. A treinta millas en línea recta de la superficie partirían en busca de ayuda, mientras Wabi quedaba en la costa al cuidado de John Ball. Después de cenar y dormir un rato, Mukoki y Roderick emprendieron el camino. Sin descansar apenas, después de remar infatigablemente durante toda la noche, llegaron a la orilla, cerca de la cual estaba la factoría. Cuando Roderick saltó a tierra, vio en el lejano borde del bosque una figura, y reconoció inmediatamente a Minetaki. Dirigió una mirada a Mukoki y observó que éste también había reconocido a la muchacha.

—Mukoki, me voy por el bosque para darle una sorpresa —dijo Roderick—. ¿Quiere esperarme aquí?

Mukoki accedió, riendo entre dientes, y el joven corrió hacia el bosque. Apenas le quedaban alientos cuando estuvo oculto entre los árboles, a cien metros de la joven.

Dio el suave silbido que había aprendido de Minetaki cuando llegara por primera vez a la factoría. Esta señal sólo era conocida de él y de la joven. Minetaki volvió en seguida la cabeza. Roderick se ocultó más entre los árboles y silbó de nuevo, esta vez más fuerte. Aproximóse entonces la muchacha en actitud de duda al borde del bosque, y cuando Roderick silbó por tercera vez, contestó tímidamente. Reconocía los sonidos, pero dudaba de la verdad.

Aún silbó otra vez Roderick, y otra vez respondió Minetaki escudriñando el sombrío bosque. El joven vio el destello de duda que había en los ojos de su amiga y salió de su escondite, pronunciando el nombre querido. Lanzando un grito de júbilo, Minetaki corrió a su encuentro con las manos tendidas.

Capítulo XVIII

La historia de John Ball

Aquella misma mañana, dos grandes canoas cruzaron el lago Nipigon para recoger a John Ball y a Wabi. En una de ellas iba Mukoki. Roderick se había quedado en la factoría, respondiendo a las incesantes preguntas que llovían sobre él. Pese a lo emocionante que había sido el viaje, Roderick respondía con modestia y sencillez. Más que sus palabras, fue su aspecto el que dio fe de las experiencias por que habían pasado él y sus compañeros. Hasta muy entrada la tarde no se acostó, y durmió con profundo sueño hasta el mediodía siguiente.

Entre tanto habían regresado las canoas y John Ball se hallaba ya al cuidado del médico de la factoría.

A la hora de la comida, obligaron a Roderick y a Wabi a contar de nuevo sus hazañas. Ni Mukoki se libró esta vez de las incesantes preguntas de Minetaki, la madre de ésta y la de Roderick. El joven blanco se hallaba sentado entre su madre y Minetaki, y durante la comida sintió muchas veces que la mano de la muchacha rozaba su brazo. Cuando el factor habló de la nueva expedición que los tres aventureros harían a la caverna, Minetaki convirtió las caricias en un pellizco, que hizo lanzar una exclamación a Roderick. Mas no comprendió su significado hasta que, después de la comida, estuvo solo con Minetaki.

—¡Es una vergüenza, Roderick Drew! —dijo la joven. —Ni tú ni Wabi sois capaces de mantener una palabra dada. ¿Acaso has olvidado tus promesas? ¿No dijisteis que en el próximo viaje os acompañaría yo? Tentaciones me han dado de recordarlo yo misma.

—Pero... si... yo... No es posible —balbuceó Roderick.

—¡Pues iré! —exclamó Minetaki, decidida—. Iré con vosotros aunque tenga que escaparme de casa. Durante vuestra ausencia he hecho todos los preparativos. He conquistado a mi madre y a la tuya, y hemos convenido que Mabala, la india, me acompañará. No me falta más que la autorización de una persona.

—Y esa persona es nada menos que tu señor padre —dijo Roderick, riendo.

—Sí, él es.

—Bien; pues teniendo que luchar contra tantos, fácil será convencerle.

—Yo haré que mamá y Wabi hablen esta noche —dijo la joven—. Papá hará todo lo que mamá quiera. De Wabi tiene también tan buena opinión, que su influencia ha de sernos muy útil. Mamá dice que lo encerrará en un cuarto con llave y no le dejará salir hasta que dé su consentimiento. ¡Oh! ¡Qué hermosos días nos esperan!

—Tal vez él querrá venir con nosotros —sugirió Roderick.

—No, no puede dejar la factoría. Si él marchara, tendría que quedarse aquí Wabi. Roderick hacía cálculos.

—Esto quiere decir que seremos seis en la próxima expedición. Wabi, Mukoki, John Ball, tú, Mabala y yo. ¡Caramba, va a ser una bonita excursión!

Los ojos de Minetaki chispeaban de gozo.

—¿Sabes —reveló— que Mabala dice que Mukoki es el indio más guapo que existe? ¡Cuánto me gustaría que...!

Y sin terminar la frase, dejó que Roderick adivinara el resto.

—¡Yo también me alegraría! —exclamó el joven, añadiendo después—: Mukoki es el hombre más bueno del mundo.

—Y Mabala es tan buena como él —dijo la muchacha.

Roderick alargó la mano.

—¡Chócala, Minetaki! —Yo me encargo de Mukoki, si tú te encargas de Mabala. ¡Cómo nos vamos a divertir en la próxima expedición!

—Y correremos muchas aventuras, ¿verdad? —preguntó la joven ansiosamente.

—¡Muchas! —afirmó Roderick, poniéndose muy serio. Éste será nuestro más importante viaje, Minetaki. Es decir, si John Ball vive. No se lo he dicho a los demás, pero yo creo que aquella caverna, además del oro, nos va a dar una gran sorpresa.

La joven dejó de sonreír. Sus ojos brillaron suave y ávidamente.

—¿Acaso crees que... Dolores...?

—No sé lo que creo. Sin embargo... algo encontraremos en la caverna.

Minetaki y Roderick hablaron largamente de John Ball y de las cosas extrañas que éste dijera durante su delirio. Luego la joven volvió al lado de su madre y de la señora de Drew, mientras Roderick fue a reunirse con Wabi y Mukoki.

Aquella misma noche se realizó el fausto acontecimiento. Jorge Newsome, el factor, dio, aunque no de muy buen grado, el consentimiento para que Minetaki, acompañada de Mabala, tomase parte en la próxima expedición de los aventureros hacia las inexploradas soledades de las regiones de la Bahía de Hudson.

John Ball estuvo una semana entera entre la vida y la muerte. Después comenzó a experimentar una lenta pero segura mejoría. Al final de la segunda semana veíase a todas luces que poco a poco volvía la razón al cerebro del hombre de la caverna. Gradualmente fue conociendo a las personas que rodeaban su lecho. Cuando Roderick le visitaba, el demente apoderábase de su mano y la mantenía entre las suyas. La primera vez que vio a Minetaki, a la madre de ésta y a la señora de Drew, sufrió una gran emoción y en presencia de ellas pronunciaba constantemente el nombre que le obsesionara en la caverna Poco a poco fue comprendiendo lo que le

decían y trozo a trozo fueron conociendo su historia los que le cuidaban. Llegó la canícula sin que el enfermo lograra unir los diversos fragmentos que recordaba de su vida. Años enteros se esquivaban a la precisión de su memoria.

El médico de la factoría afirmaba que con el tiempo, John Ball lo recordaría todo, mientras que de momento en su mente sólo se había hecho la luz acerca del recuerdo de los hechos más salientes de la vida.

John Ball no podía recordar la fecha en que, muchacho aún, salió de la factoría de York, de la Bahía de Hudson, para encaminarse hacia las lejanas regiones civilizadas en compañía de los dos franceses que se dijeron muerte en la vieja cabaña. El trozo de papel que hallara Roderick llenó aquella laguna de la quebrantada memoria. John Ball era hijo del encargado de la factoría de York y había salido para el Sur a fin de pasar un año en un colegio de Montreal. Durante aquel viaje, el joven descubrió el oro de la caverna. Respecto a esto, John sólo recordaba que hicieron alto allí para recoger el tesoro y que él, por haberlo descubierto y por ser hijo de un alto empleado de la Compañía de Hudson Bay, había de percibir doble beneficio que los franceses, y que en el otoño habían de regresar a la factoría en lugar de ir a Montreal. Recordó el anciano claramente que hubo una discusión acerca del oro, tras lo cual se convino en firmar un documento. Una mañana, al despertar, vio a los dos franceses inclinados sobre él en actitud amenazadora. Ya no sabía más sino que en un nuevo despertar a la vida se halló entre gentes extrañas, que vestían pieles y llevaban lanzas. Aunque el enfermo dijo más acerca de aquellas gentes, los que le escuchaban comprendieron que John Ball, tras largos días de camino, había ido a las regiones norteñas que habitaban los esquimales. Éstos le recibieron bien y vivió mucho tiempo entre ellos.

El recuerdo de John Ball saltaba desde los esquimales a la gente blanca. No sabía cómo había vuelto a la factoría de York muchos años después, tantos, que su padre y su madre habían muerto ya y en la factoría no habitaba sino gente extraña. En aquella época, John Ball debió de recobrar toda la razón. Ahora recordaba débilmente que había hecho varias infructuosas expediciones en busca del oro que él y los franceses habían descubierto, y también que en una ocasión había ido a una gran ciudad, que debió ser Montreal, y que en ella estuvo mucho tiempo por encargo de la Compañía de la Bahía de Hudson y que conoció allí a una joven con la que se casó. Al hablar de la joven, los ojos del viejo relucían febrilmente, y al pronunciar su nombre su voz nunca dejaba de adquirir un matiz de sollozo.

En aquel punto interrumpíase de nuevo el relato de la vida de John Ball. Éste no recordaba cuánto tiempo había vivido en Montreal con su esposa, pero sabía que había regresado con ella al lejano Norte y que un día de verano marcharon los dos en una canoa hacia el precipicio en busca del oro. Lo hallaron, mas no recordaba cuándo ni cómo. Desde aquí la historia de John Ball estaba llena de extrañas visiones del gran mundo subterráneo, donde no había ni sol, ni luna, ni estrellas. En él hallaron oro, mas lo extrajeron a la luz de las hogueras. Un día la mujer se adentró en las penumbras de aquel mundo subterráneo y no volvió.

De nuevo le acometió la locura. En la busca de su mujer, John Ball, al parecer, no llegó nunca al final de la gran caverna. Según decía, vio allí gentes misteriosas, luchó con enormes animales y pasó entre impetuosos torrentes y atronadoras cataratas. Todo esto lo contaba como si, a pesar de no estar ya loco, creyera firmemente en aquellas cosas.

Jorge Newsome, el factor, no perdió el tiempo; escribió en seguida a la oficina central que tenía la Compañía en Montreal, preguntando qué sabían acerca de John Ball, y recibió, un mes más tarde, una carta de ella, en la que se le informaba que un hombre que se llamaba así había trabajado como inspector de la Compañía durante los años de 1877 y 1878, teniendo a su cargo la sección de pieles. Hacía, pues, treinta años que John Ball había salido para el Norte, época en que comenzaría a extraer el oro y desde la cual vivió en las vastas selvas.

Durante la convalecencia de John Ball, la madre de Roderick hizo una insinuación que todos acogieron con inmensa alegría. La señora de Drew rogó al factor que, acompañado de su familia, se fueran con ella y Roderick a Detroit para pasar allí una temporada. Con gran asombro de todos, especialmente de Minetaki y de su madre, al factor le pareció bien el proyecto y lo aceptó, mas a condición de que, también todos juntos, regresarían a la factoría a principios del otoño. Un agente de la Oficina Central que se hallaba a la sazón en la factoría accedió gustosamente a encargarse de la factoría durante la ausencia de ellos.

La felicidad de Roderick y de Wabi llegó al colmo cuando Mukoki se vio obligado a prometer que iría con ellos. No obstante, costó gran trabajo convencer al viejo cazador, pues no se rindió hasta que Minetaki le rodeó con sus brazos y apoyó su suave mejilla contra el curtido rostro de él, afirmando que no se movería hasta que obtuviera el anhelado consentimiento.

Una hermosa mañana de verano partieron de la costa del lago Nipigon, próximo a la factoría Wabinosh, tres grandes canoas, que se dirigieron al Sur. Entre todos los viajeros, Mukoki era el único en no sentir alegría al dejar atrás las espesas selvas. Mukoki iba hacia un mundo nuevo para él, un mundo maravilloso, pero distante del país donde nacieron y murieron sus antepasados.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazán, perro lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921),

El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.